

De Dioses Y Monstruos

Eloy Coca Vera



Capítulo 1

El crujir del trueno la sacó de su ensimismamiento y no pudo evitar soltar un pequeño grito de terror. Se recompuso en seguida y miró alrededor con disimulo, rezando para que nadie se hubiese percatado de semejante acto de cobardía proveniente de una joven de veintitantos largos. No le gustaban las tormentas y sabía que eso era algo que no solventaría ni en cuatro vidas más. Por suerte, la biblioteca estaba a punto de cerrar sus puertas y no quedaba ni un alma en toda la sala a excepción de la bibliotecaria. Sin embargo, estaba segura de que ella ni se había percatado de su presencia, ya que tenía la bonita costumbre de quedarse vegetativa ante un libro del tamaño de un furgón blindado durante horas, y solo levantaba la cabeza si veía alguna parejita escabulléndose entre las estanterías para darse amor.

Se estiró con gesto compungido y notó una punzada en el cachete que le recordó la cantidad de tiempo que llevaba sentada en esa maldita silla. Los apuntes se encontraban dispersos por toda la mesa de forma caótica, lo que en primera instancia podría dar a entender que había sido una intensa tarde de estudio, pero nada más lejos de la realidad. Lo cierto es que nada más llegar a la biblioteca esparcía los apuntes todo lo que podía para que nadie se plantease siquiera la idea de sentarse a su lado, ya que eso implicaría compartir su espacio vital y semejante acto de terrorismo la obligaría a tener que abandonar su sitio. Nadie quería eso.

Un nuevo crujido le hizo dar un pequeño salto en el asiento y sin más dilación se apresuró a recoger hasta el último papel que había sobre la basta madera. Comprobó no haber dejado nada en el que había sido su hogar durante las últimas diez horas y se apresuró hacia la salida.

Metió la mano en el enorme bolso que llevaba colgado al hombro en busca de un paraguas cuando un flashback le recordó que lo había sacado justo antes de salir de casa. El sol había brillado con tal fuerza desde primera hora de la mañana que había dado por hecho que no lo iba a necesitar.

- Pero serás gilipollas –se dijo a si misma cerrando el bolso con rabia y frustración.

No le dio tiempo ni a dar un paso más cuando una cabeza nevada surgió tras la mesa que presidía la sala y el sonido de un libro cerrándose resonó como si de parte de la tormenta se tratase.

- ¿Disculpe? -dos ojos saltones se clavaron en su sien y la miraban entrecerrados a través de unas enormes gafas de pasta rosa chicle, tratando de zafar las cataratas que habían hecho mella con el paso de los

años.

La voz sonaba acusatoria, y la joven notó como se le salía el estómago por la boca y la vista se le nublaba. Sonrió de forma nerviosa, se giró rápidamente y se acercó a la mesa intentando justificar sus palabras.

- Lo siento muchísimo, señorita Dalloway –las palabras se le acumulaban en la punta de la lengua y salían de forma atropellada–. Estaba hablando sola, porque verás, estaba buscando el paraguas en el bolso cuando he recordado que lo saqué esta mañana dando por hecho que no iba a llover, y bueno, a la vista está que no ha sido una buena idea, ¿sabe?

Las palabras salían entre risas nerviosas e iban acompañadas de gestos exagerados que trataban de quitar hierro al asunto. Sus ojos bailaban por la habitación tratando de evitar cualquier tipo de contacto visual con la aciaga señora. Sin embargo, el silencio empezaba a saturar sus sentidos y necesitaba saber si su explicación estaba sirviendo de algo. Hizo una pausa, tragó saliva de forma sonora y sacó valor de donde no lo tenía para encontrarse de lleno los ojos acusadores de la señora Dalloway. Pudo ver el odio y el rencor dibujado en sus grisáceas pupilas, y se dio cuenta de que nada de lo que había dicho había servido para nada.

- No piense ni por un segundo que semejante desfachatez iba dirigida hacia usted –dijo a modo de disculpa final–. Le juro que no ha sido así.

La señora Dalloway soltó una risotada, relajó las facciones y se levantó con cuidado. Cogió el gigantesco libro que tenía sobre la mesa, y con gran esfuerzo lo guardó en un cajón del escritorio. Cerró el cajón con llave y casi sin mirarla abrió la boca dispuesta a hablar.

- No pienses tú ni por un segundo que a mí me vas a engañar con esa carita de angelito que llevas puesta. Conozco a las niñas como tú, he tenido que tratar con muchas de vuestra calaña y sé perfectamente lo que hacéis en mi biblioteca –sus saltones ojos se clavaron en la chica y la escrutaron con desprecio–. Vienes aquí con esa máscara de maquillaje, tras siete horas peinándote frente al espejo, marcando todo... eso –se llevó las manos al pecho gesticulando de forma exagerada–. Te sientas en la mesa de siempre y haces como que lees los apuntes mientras esperas a la presa del día –levantó el dedo acusatorio ante la cara de la joven–. Pero aquí no hay moscas para lagartas como tú –las palabras salían disparadas de su afilada boca entre espumarajo lleno de veneno y odio–, así que vuelve a la selva de la que te has escapado y que no te vuelva a ver por aquí –concluyó de forma tajante.

La joven se quedó boquiabierta sin saber muy bien cómo reaccionar ante la situación que le estaba tocando vivir. Una parte de ella, intentaba

controlar el pronto que tanto la caracterizaba; a fin de cuentas, se trataba más que de una señora mayor y no quería ponerse a la altura de su ponzoña. Pero para desgracia de la señora Dalloway, era demasiado tarde y, casi sin darse cuenta, enarcó una ceja, se acercó a la vetusta mujer con mirada intimidante y sonrió con desdén.

- Definitivamente no conoce a las chicas como yo, señorita Dalloway –negó con superioridad-. En primer lugar, porque estoy segura de que esperaba que mi reacción fuese callarme y salir llorando por la puerta como el resto de chicas que reciben el veneno de su afilada lengua, pero no tiene ni la menor idea de a lo que se está enfrentando –hizo una pausa intentando tranquilizarse para no tener que arrepentirse de sus palabras, pero una vez que el volcán entraba en erupción, ya no había marcha atrás-. ¿Sabe qué? Que la entiendo. Si yo tuviera la mierda de vida que usted tiene y lo más excitante de mi día fuese perseguir a adolescentes cachondos entre roñosos libros de biblioteca llenos de ácaros y tachones, también estaría así de jodida –no pudo evitar sonreír ante el poder que la situación le estaba otorgando-. Pero no se preocupe, no le queda mucho tiempo de sufrimiento, así que dejará de dar por culo bien pronto –le guiñó un ojo y se dio la vuelta dispuesta a irse.

La señora Dalloway parecía aturdida ante las palabras de la joven, sin embargo salió de su escritorio y la siguió hasta la salida. Esperó a que la joven se encontrase fuera de su biblioteca, sujetó la puerta con fuerza y concluyó.

- ¿Sabes qué? –la joven se dio la vuelta esperando una disculpa de la anciana-. Que definitivamente, eres gilipollas –y tras escupir la sentencia a la joven, le pegó un portazo en las narices.

La chica se quedó mirando la puerta incrédula, sin saber si reír, llorar o liarse a patadas con el mobiliario para descargar toda la ira acumulada. Lo único que podía salir de ahí era una cita con la policía y una sanción económica a la que no podría hacer frente, así que se tragó el orgullo y se dirigió a la salida con paso firme. Si de algo estaba segura era de que no iba a volver a pisar aquel lugar, así que nada mejor que abandonarlo con dignidad y con la cabeza bien alta.

Cruzó el umbral de la puerta y el sonido de la lluvia la devolvió al mundo real. Había estado tan metida en la discusión que casi había olvidado el aparatoso destino que la esperaba fuera. A decir verdad, ahora no sabía si era más horrible estar dentro o fuera de aquel infierno, por lo que no se lo pensó dos veces y se lanzó de cabeza a navegar aquel torrente.

En cuestión de segundos tenía el pelo totalmente empapado, y apenas podía ver con la cortina de agua que caía sin piedad sobre la ciudad. Estaba casi segura de que nunca había visto una tormenta semejante en todos sus años de vida, y esperaba que esa fuese la última a la que

tuviera que hacer frente.

Los coches cruzaban a toda velocidad y el agua salpicaba en todas direcciones con su paso, pero eso era lo de menos pues estaba calada hasta los huesos. Recordó entonces su bolso lleno de apuntes y de aparatos electrónicos, cosas que por desgracia no tenían la misma resistencia que ella al agua. Pero ahora no era el momento de preocuparse por eso, primero tenía que llegar a casa sana y salva, una vez allí ya empezarían los llantos y tragedias por las pérdidas acontecidas.

Era innegable que con cada tronada, su paso aligeraba, hasta el punto de llegar a correr sin rumbo fijo, tratando de intuir las calles por las que girar para llegar a su destino. Estaba demasiado mojada y asustada como para pensar en ello, solo quería huir de aquella tormenta.

El agua estaba cada vez más alta, llegándole casi hasta la rodilla y miró alrededor nerviosa en busca de un lugar en el que poder refugiarse. Nada. Ya era demasiado tarde y estaba todo cerrado. No le quedaba otra alternativa que correr e intentar sobrevivir, aunque cada vez se hacía más latente que la situación no era para tomársela en broma. Las calles estaban vacías, los coches estaban dejando de circular y las tiendas selladas a cal y canto.

Se paró en seco, con el corazón latiendo a toda velocidad y la respiración entrecortada. Miró alrededor en busca de una salida, una solución, estaba empezando a bloquearse y ni siquiera sabía dónde estaba. Intentó ocultarse bajo techado de un portal cercano y buscó el móvil en su cartera con ansiedad. Si se había roto, estaba en serios problemas.

Tardó unos segundos en encontrarlo entre maldiciones, segundos que parecieron horas. Lo sacó con cuidado y trató de ocultarlo para que le cayera la menor cantidad de agua posible. Aún funcionaba. Un atisbo de esperanza se dibujó en sus ojos que entre lágrimas marcaron el único teléfono que se sabía de memoria.

Los pitidos dolían como punzadas, y por un momento temió que no cogiera el teléfono. Pero era imposible, él nunca le fallaba, siempre estaba al otro lado cuando ella lo necesitaba. Siempre estaban el uno para el otro.

El sonido de descolgar pareció lo más bonito que había escuchado en mucho tiempo, sobre todo cuando iba acompañado de su voz.

- ¿Pero tú has visto qué hora es, cabeza buque? –respondió la voz al otro lado del terminal entre bostezos.

La chica no pudo evitar soltar una risotada nerviosa y sin previo aviso comenzó a llorar. Su voz era un refugio, sí, pero también era la única capaz de romperla de aquella manera. Estaba demasiado ansiosa, no sabía qué hacer y el hecho de tenerle al otro lado había hecho que todo aquello brotase como agua en un manantial.

- Vale, no, no puedes hacerme esto. ¿Qué te pasa? ¿Y qué es ese ruido? –preguntó el joven desde el otro lado empezando a ponerse tenso–. Sam, ¿estás bien?

Las lágrimas de Sam se fundían con la lluvia, y sus ojos azules como el cristal se enrojecían por momentos.

- No lo sé –respondió entre sollozos–. No sé dónde estoy –hizo una pausa–. La lluvia cada vez es más fuerte, los truenos no paran de caer y creo que me he perdido... –pudo terminar apenas la frase antes de romper a llorar de nuevo.

El joven tardó unos segundos en responder, solo se podía escuchar el movimiento al otro lado. Sin lugar a dudas se estaba vistiendo para salir a buscarla, así era él; siempre estaba dispuesto a salvarle la vida.

- Vale, Sam. Acabo de rastrear la señal de tu móvil y estás a cinco minutos de mi casa. No sé cómo narices has llegado hasta aquí, pero estoy ahí en nada. ¿Me escuchas?

La joven asentía de forma imperceptible, como si su amigo pudiera ver su respuesta desde el otro lado del teléfono. Lo único que producía eran sollozos, no podía decir mucho más.

- No te muevas, Sam. Estoy aquí. Concéntrate en mi voz y todo irá bien –hizo una pausa–. ¿Sam? –su voz sonaba cada a cada segundo un poco más tensa.

- Estoy aquí –respondió en un susurro.

- Bien, pues quédate ahí. Ya estoy saliendo de casa. No me cuelgues, ¿vale? –la preocupación estaba latente en su tono. Sabía que Sam era una joven fuerte e independiente, y verla en aquella situación le preocupaba demasiado. No era algo a lo que estuviera acostumbrado.

El sonido de la lluvia al otro lado del teléfono indicaba que ya iban en su busca, que iban a salvarle. Estaba segura de que no estaba en los planes de nadie el tener que ir en su rescate, pero algún día le devolvería el favor, eso lo tenía claro.

El cielo se partió en dos, iluminando la ciudad como si del mismísimo sol se tratase, y la tierra tembló bajo sus pies. Sam no pudo evitar soltar un

quejido ahogado y se hizo un ovillo tratando de huir del cruel destino que la acechaba.

- ¿Sam? –el joven parecía desesperado y su voz sonaba ahogada entre los chasquidos de los charcos bajo sus pies–. ¿iSam!?

Las bombillas de las farolas empezaron a estallar en mil pedazos y el teléfono empezó a producir interferencias en las que se podía escuchar la voz de su amigo gritando su nombre de fondo. El teléfono dejó de funcionar de un momento a otro y de repente, como si todo aquello no hubiese sido más que una ilusión, la lluvia dejó de caer.

El silencio y la oscuridad reinaban. Los ojos de Sam parecían faros en la noche y miró alrededor en busca de una explicación a lo que estaba sucediendo.

Y la encontró.

Esa fue la primera vez que le vio; no era más que un rayo de luz en el cielo, una estela blanquecina cayendo sin tregua en un mundo que no era el suyo. Sam era incapaz de apartar la vista de semejante espectáculo de la naturaleza. En un principio no comprendía lo que estaba viendo, pero estaba segura de que no era de este mundo.

“Un ángel”, pensó.

El mundo se paralizó por un momento, como si el suceso fuese tan digno de ver que el universo quisiera que durase para siempre. Se sentía bendecida, afortunada por estar viviendo aquello. Los nervios y la ansiedad se habían marchado, el miedo ya no existía, ni siquiera recordaba lo que estaba haciendo empapada en mitad de aquella lúgubre calle. Algo la impulsaba a centrar toda su atención en no perderse ni un segundo de lo que parecía ser el comienzo de su nueva vida.

Un fogonazo la devolvió al mundo real, y la lluvia empezó a caer de nuevo, pero esta vez de forma moderada, digna del mundo en el que habitaba. Parpadeó con fuerza intentando ubicarse en el tiempo y el espacio, y de pronto recordó por qué estaba allí. Sin embargo, la tregua de realidad no duró demasiado, y de la nada la visión del ángel caído volvió ante sus ojos. Ya no había estelas, ni grandilocuencia; si no la figura de un joven cayendo en picado contra el suelo.

Sam levantó las manos intentando parar su caída con el poder de su mente, pero entonces recordó que estaba en el mundo real, ese en el que existen las leyes de la física y no hay forma de parar un cuerpo en caída con tan solo con desearlo.

Cerró los ojos con tanta fuerza que incluso dolía. No quería presenciar una escena tan desagradable, por lo que esperó con los ojos cerrados hasta escuchar el impacto contra el suelo, pero nunca llegó a suceder. Permaneció hierática unos segundos, vacilante por si no había calculado bien la velocidad a la que el cuerpo caía del cielo, pero nada. Quizás los nervios le estaban jugando una mala pasada y se había imaginado toda la situación en una especie de brote psicótico causado por los nervios, el estrés y la ansiedad. Lo cierto era que no estaba siendo su noche.

Se quitó las manos de la cara lentamente esperando no encontrarse nada, pero ahí estaba. En la carretera yacía inmóvil un joven desnudo, sin embargo, no había señales de sangre, vísceras, ni sesos como había imaginado que sería la escena.

Tardó unos segundos en reaccionar y se apresuró a ayudar al joven antes de que los coches volvieran a circular. Si había sobrevivido a una caída desde el cielo, no quería que arrollasen le sin piedad. No estaba muy segura de qué hacer ante la situación, pero tenía bastante claro cuál era el primer paso. Se quitó la chaqueta y la colocó con cuidado sobre su pelvis para cubrir su dignidad; mejor evitar una situación incómoda en caso de despertar. Tras esto, se arrodilló a su lado y colocó el dedo bajo su nariz para ver si aún respiraba, algo que sería bastante extraño teniendo en cuenta que acababa de caer del cielo. Sin embargo, y para su sorpresa, su respiración era constante.

Acercó la mano con cuidado a su frente y le apartó el cabello mojado de la cara. No pudo evitar soltar un suspiro al enfrentarse a la cruda realidad: su rostro estaba esculpido por los mismísimos dioses, así como el resto de su cuerpo. Muchos se atreverían a decir que se encontraba ante lo que se podría considerar como la perfección hecha persona. "O ángel", se respondió a sí misma.

- ¿S-Sam? ¿Estás bien? –la voz ahogada de su amigo se unió al sonido de sus pies chapoteando a toda velocidad hacia ella.

Sam se giró al escuchar a su amigo y se levantó de inmediato para lanzarse a sus brazos. Le necesitaba, y por un momento lo había olvidado, pero ahora que le tenía cerca había caído en la cuenta de nuevo; le necesitaba. El joven la abrazó con fuerza sin mediar palabra, pero no pudo evitar fijarse en el cuerpo desnudo que yacía en el suelo.

- ¿Qué narices ha pasado aquí? –preguntó sin estar muy seguro de querer saber la respuesta.

Sam se separó de él a toda velocidad y con los ojos como platos señaló dubitativa al cielo y se atrevió a pronunciar las palabras que la podían

sentenciar a una vida en un centro de salud mental.

- Ha caído del cielo, Jack –dijo sin más-. Ha caído del cielo.

Más en: <https://dediosesymonstruos.wordpress.com/>

Capítulo 2

El sonido del parabrisas marcaba el tempo de las gotas de lluvia al chocar contra el cristal, a lo que se unía algún que otro rugido proveniente del cielo cuyo único propósito aparentaba ser el de romper el incómodo silencio que se había creado en el coche de Jack.

- Parece que ha pasado un ángel –dijo Sam con tono jocosos tratando de ocultar lo violento de la situación. Quizás no era el mejor momento para hacer chistes sobre el individuo que dormía apacible en el asiento trasero del vehículo.

Jack, sin embargo, prefirió mantenerse firme ante la situación, a pesar de que en cualquier otra circunstancia se habría estado riendo durante horas con el chiste fácil de su amiga. No era el momento. No hasta que su amiga no empezase a decir la verdad sobre lo sucedido aquella noche. Llevaba horas dándole vueltas a la cabeza, tratando de encontrar un sentido lógico a todo lo que Sam le había contado, pero era misión imposible. Su mejor amiga le había llamado con un ataque de pánico alegando que se había desorientado por una tormenta y ahora él había secuestrado a un individuo “caído del cielo”.

- Sé que no me crees –susurró la joven algo apenada-. Pero estoy diciendo la verdad, Jack –hizo una pausa dramática para dar fuerza a su alegato-. Sabes que siempre digo la verdad.

Apartó los ojos de la carretera y la miró. Analizó su semblante serio, inquieto, perdido en algún lugar muy lejos de allí. No fueron más que unos segundos, pero en aquel momento era todo lo que necesitaba para darse cuenta de que su amiga le estaba diciendo la verdad. O al menos su verdad.

- Debes reconocer que nada de esto tiene sentido, pequeña –su tono sonaba cariñoso, fraternal. El único que sabía tener con ella-. Pero te creo –añadió-, y eso es lo que más me preocupa de todo.

La joven dejó caer su mano sobre la de su compañero de viaje y le acarició con cariño. Hacía ya casi cinco años desde que había conocido a Jack y se había convertido en una persona fundamental en su vida. A veces le costaba comprender cómo alguien podía haber calado tan hondo en ella en tan poco tiempo. Tenía amigos de toda la vida con los que podía pasar meses sin hablar y no recordaba ni su mera existencia, pero con Jack era diferente. Cada vez que tenía que volver a casa a visitar a su madre, le echaba de menos hasta el punto de sentir dolor. Más de una vez se había tenido que volver antes de tiempo para verle, abrazarle y hacer alguno de sus planes de domingo sin los que tanto le costaba vivir. Él era su todo, y la vez su nada. Aunque a mucha gente le sorprendiera, su

relación no había cruzado nunca el umbral de lo amistoso. Eran uno, sí, pero como dos hermanos siameses separados al nacer.

- ¿Estás segura de que quieres llevarle a casa? –preguntó Jack algo escéptico con el plan que había trazado su amiga.

Según Sam, nadie creería su historia sobre el hombre caído del cielo, por lo que no era siquiera una opción llevarle a un hospital o acudir a una comisaría para denunciar el suceso. En cierto modo tenía razón, pero tampoco terminaba de convencerle la idea de dejar a su mejor amiga en casa con un total desconocido.

- Desnudo –pensó en voz demasiado alta.

Sam no pudo evitar sonreír y mirar a su amigo enternecida por su gesto de preocupación. Sabía que su plan tenía ciertas lagunas, pero no quedaba otra alternativa. Jack aún vivía en casa de sus padres, y a pesar de que se pasaban el día trabajando, en algún momento terminarían por encontrar a su John Doe.

- John –dijo de pronto ignorando la pregunta de su amigo-. Así deberíamos llamarle hasta que pueda presentarse él mismo –entrecerró los ojos un tanto confusa-. Aunque no estoy muy segura de que hablen nuestro idioma allí arriba –concluyó.

Su amigo se encogió de hombros sin saber muy bien qué decir. La simple idea del joven caído del cielo le seguía pareciendo una locura, y por el momento prefería mantenerlo como la hipótesis menos probable.

- Creo que deberíamos esperar a que John levante para que nos aclare esa parte de la historia –dijo Jack con firmeza. Alguien necesitaba matar los pájaros de la cabeza de su amiga antes de que perdiera la cordura-. Tu misma lo dijiste. Cayó del cielo y es imposible que no se haya hecho ni un solo rasguño –se quedó absorto unos segundos y sin darse cuenta pensó de nuevo en voz alta-. Tiene que haber una explicación para todo esto.

Los cristalinos ojos de Sam se clavaron en su amigo y no pudieron evitar sentir una punzada de dolor producida por la reflexión de Jack. Por un lado entendía que no terminase de creer su historia, ya que se trataba de una auténtica locura; pero por otro lado era su palabra lo que se estaba cuestionando, y tenía claro que parte de él realmente dudaba de su juicio.

- Supongo que tienes razón –fue lo único que pudo decir. No quería que Jack se diese cuenta de lo doloroso de la situación; mucho estaba

haciendo ya por ella aquella noche.

El resto del viaje pasó en completo silencio, el cual solo era interrumpido por algún que otro pitido de los coches que intentaban llegar a casa a toda velocidad antes de que el cielo volviese a desplomarse. De vez en cuando el joven John respiraba un poco más fuerte de lo normal y ambos se giraban sobresaltados por si de pronto despertaba y les sorprendía por la espalda, pero nada; seguía en un profundo sueño.

- ¿Y si el golpe le ha dejado en coma? –se preguntó Sam de pronto.

Jack pensó su respuesta unos segundos, pero solo había una posible salida a esa conjetura.

- Entonces estaremos ayudando a matar a un pobre comatoso –la miró sonriendo con sarna y paró el motor del coche-. Hemos llegado.

Los cristales estaban algo empañados por la diferencia de temperatura, pero al otro lado de la carretera se dejaba entrever la puerta del edificio en el que vivía Sam. La joven se sintió algo más relajada al ver por fin algo que reconocía y respiró tranquila. Estaba a salvo.

- ¿Qué hacemos ahora? –preguntó Jack mirando fijamente a Sam.

- Llamamos al ascensor, lo metemos dentro y subimos a mi apartamento –respondió a toda velocidad, como si la respuesta fuese evidente.

Una mirada incrédula recayó sobre Sam y el joven no pudo evitar soltar una risotada.

- Muchas gracias por hacerme partícipe de una planificación tan elaborada, pero hasta ahí llegaba, cabeza buque –no pudo evitar pensar en lo surrealista que era toda la situación y la naturalidad con la que Sam la estaba llevando. Parecía estar hecha para secuestrar a jóvenes inconscientes con poca ropa-. En el mundo hay gente, Sam –recalcó la mayor de las obviedades que parecía no llegar a hacer mella en su amiga, que le miraba sin comprender muy bien qué se estaba perdiendo-. Vamos a meter a un chico desnudo e inconsciente en tu casa, Sam –la cara de su amiga seguía impasible-. ¡Venga ya, Sam! –levantó las manos incrédulo ante lo lenta que funcionaba la mente de su compañera de crímenes.

- Vale, lo tengo. Le enrollamos en un par de mantas y lo subimos a casa entre los dos –su tono sonaba firme, seguro, fuera de toda discusión o réplica-. Y si preguntan, es una alfombra que llevamos al tinte –el brillo de la satisfacción en la cara de Sam había cegado los sentidos de Jack, que la miraba fijamente deseoso de que todo aquello no fuese más que una broma de mal gusto. Sin embargo, Sam no tardó ni dos segundos en abrir

la puerta y ponerse en marcha.

- ¿Estás de puta coña? –fue todo lo que pudo decir; pero para cuando terminó la frase su amiga ya había salido del coche y se encontraba rebuscando en el maletero.

Jack agarró con fuerza el volante y empezó a darse pequeños cabezazos contra él hasta que uno de ellos dolió más de lo que estaba dispuesto a sufrir por su momento dramático del día y, tras soltar un pequeño quejido, salió del coche y se puso manos a la obra.

Aunque en un principio la idea le había parecido un tanto absurda, ahora que veía al joven John bien envuelto, no le parecía tan desorbitada. El envoltorio había quedado bastante creíble y Sam era muy consciente de ello.

- No te atrevas... -dijo Jack mirándola sobre el capó del coche.

Su amiga se encontraba apoyada al otro lado del capó, ambos con la puerta trasera entreabierta tras haber maniobrado a dos bandas para colocar con la mayor precisión posible las mantas.

- No tengo que decir nada que no sepas ya, mi querido amigo –dijo con tono resabido, tratando de hacerle burla ante la obviedad de su razón.

Una mueca de burla se escapó de la cara de Jack y ambos empezaron a reír sin remedio. La situación no invitaba a ese tipo de comportamientos, y lo sabían, pero la tensión había sido tal que ahora que el final estaba tan cerca se encontraban relajados y dispuestos a tomarse los últimos momentos de aquella fatídica noche con filosofía. Sin duda iba a ser una historia que contar a sus nietos y de la que reírse ante la chimenea con una buena taza de chocolate caliente. O no.

Contaron hasta tres y lo levantaron con cuidado. Sam cerró la puerta que quedaba abierta con el trasero, y Jack rezó para que nadie se percatase de que los seguros no estaban echados. Tenía las manos demasiado ocupadas como para siquiera plantearse el cerrar de forma adecuada.

Cruzaron la carretera con paso ligero. Hacía ya rato que la afluencia de coches había disminuido, y es que quedaban ya pocos minutos para que el cielo empezase a clarear. Una vez en el portal, dejaron al joven en el suelo con cuidado y Sam metió la mano en el bolso para buscar las llaves.

- ¿En serio, Sam? –la cara de incredulidad de Jack lo decía todo-. ¿De verdad no se te ha ocurrido sacar las llaves antes de plantarnos en la puerta del edificio con un cuerpo enrollado en mantas? –la retórica estaba presente, pero su amiga decidió continuar su búsqueda e ignorar al

incordio que tenía como amigo.

El tintineo de las llaves hizo que Jack se relajara un poco y dejase de mirar en todas direcciones como si le fuera la vida en ello. No tardó en apremiar a su amiga para que se diese prisa en abrir la puerta, la cual se giró con el ceño fruncido y cara de pocos amigos. Jack levantó las manos a modo de disculpa y puso los ojos en blanco cuando esta ya no miraba.

La puerta se abrió con facilidad, y a la cuenta de tres volvieron a levantar el cuerpo con cuidado de no darle ningún golpe. Fue esta la primera vez que Jack se percató de lo poco que pesaba para ser un peso muerto levantado entre dos personas de fuerza bastante cuestionable. Jack no destacaba precisamente por ser una persona atlética; su cuerpo no era más que un cúmulo de huesos y algún que otro músculo que se dejaba entrever ante su extrema delgadez. Todo el mundo disfrutaba recordándole lo delgado que estaba, pero nadie comprendía el verdadero drama que eso suponía para él. Nadie era realmente consciente, pero Jack se pasaba las horas comiendo para dar algo de volumen a su descarnado cuerpo.

Decidieron subir en el montacargas para que hubiera aún menos posibilidades de encontrarse con algún vecino por el camino. En un edificio de veintitrés plantas, a poca gente le gustaba utilizar semejante cacharro.

El tiempo se relativizó durante la subida, siendo incluso más larga de lo que cualquiera de los dos hubiese podido imaginar en sus peores pesadillas. El joven John se encontraba apoyado contra el cristal, sujeto con cuidado entre Jack y Sam, y seguía respirando plácidamente sin percatarse de todo lo que estaba sucediendo a su alrededor.

- Esa capacidad para dormir solo es digna del más grande de los superhéroes –dijo Jack a modo de reflexión.

Sam no pudo evitar reírse ante el comentario de su amigo, el cual tenía como pilar fundamental en su vida el dormir. Muchas veces había pensado en plantearle a Jack la cuestión de decidir entre su cama y ella, pero le daba tanto miedo la respuesta que prefería vivir en la ignorancia y pensar que sin lugar a dudas ella sería la elegida.

La puerta del ascensor se abrió dejando tras de sí un sonoro chirrido. Los jóvenes se miraron temiendo que el ascensor cayese bajo sus pies de un momento a otro. Si algo tenían claro es que este había sido su primer y último viaje en ese viejo trasto.

Sin decir una sola palabra, Sam salió del ascensor para abrir la puerta de su humilde morada. Dos vueltas de llave y un pequeño empujoncito fueron más que suficientes para que una sombra azabache se abalanzase

a los pies de la joven ante su sorpresa.

- Lo siento, Cactus –dijo agachándose a recoger con cuidado al parduco minino que se frotaba entre sus tobillos-. Soy consciente de que he tardado más de lo esperado, pero cuando te cuente todo lo que nos ha pasado esta noche... –le besó con cuidado y el animal la miró sin comprender muy bien lo que estaba sucediendo. Acto seguido, posó la pata sobre la mejilla de Sam y maulló con cariño.

La cabeza de Jack no tardó en asomarse en busca de una ayuda que nunca iba a llegar, y tras ver que su amiga estaba demasiado ocupada jugueteando con su gato, decidió cargar el cuerpo él solo y llevarlo hasta el sofá en un solo viaje. Teniendo en cuenta el peso del joven John, no tendría demasiado problema.

Lo cogió con firmeza entre sus brazos y salió del ascensor con paso ligero, pero no llegó demasiado lejos antes de que el crujir del parqué le sobresaltase, dejando caer el cuerpo contra el suelo. Sam trató de hacer un movimiento para coger el cuerpo en el aire, pero entre el gato y su nula velocidad de reacción no llegó demasiado lejos. Por suerte, no hubo ningún tipo de golpe o muestra de impacto, y John cayó como hoja en otoño.

- ¿Qué está pasando ahí? -la voz sonaba ronca, sin fuerza, como saliese de un cuerpo ya sin vida, de lo más profundo de una caverna.

Los ojos de Jack se salieron de sus órbitas mientras miraba fijamente a la fuente de sonido. Se trataba ni más ni menos que del señor Saltzman, un ser de unos ochenta años que vivía por y para mirar a través de la mirilla del portal y que, para desgracia de Sam, era su vecino de enfrente. No era un mal hombre, pero tenía la espantosa costumbre de meterse en los asuntos de toda persona que cruzaba su campo de visión.

Sam había hablado alguna que otra vez con él ya que se sentía apenada por la vida que llevaba, pero nunca le había visto la cara, ya que el señor Saltzman llevaba años sin salir de casa y lo único que le obligaba a tener contacto con el mundo exterior era el abrir la puerta para recibir la compra a domicilio con la que sobrevivía.

- Disculpe, señor Saltzman –dijo Sam quitando hierro al asunto y pegando un codazo en el costado a Jack, que soltó un pequeño grito de dolor y se retorció en el sitio-. ¿Le hemos despertado? No era nuestra intención –continuó sin dejar lugar a respuesta-. Esperemos no haberle causado demasiado inconveniente.

Su voz sonaba más amable que de costumbre, pero no se trataba de una interpretación para zafarse de la situación, si no que Sam realmente sentía lástima por la vida que llevaba su vecino, y en más de una ocasión

le había invitado a pasar por casa para tomar té con pastas, pero nunca había recibido la tan esperada visita.

- No, no –respondió el anciano cambiando el tono a uno algo más vívido y agradable-. Es solo que pasaba por el pasillo y he escuchado ese maldito cacharro abrirse a estas horas, y me he asustado un poco.

Jack soltó una carcajada ante la historia que se acababa de inventar el acosador oficial de su mejor amiga, y no tardó en recibir otro codazo entre las costillas.

-Métele en casa –dijo entre dientes Sam, acuchillándole con la mirada.

Soltó a Cactus en el suelo, rodeó a su amigo con cuidado de no pisar el bulto y se acercó a la puerta para tapar el campo de visión de la mirilla mientras Jack terminaba el trabajo sucio.

- ¿Sabe qué, señor Saltzman? –se plantó frente a la puerta y miró al objetivo por el que la observaban desde el otro lado-. Creo que debería volver a la cama. Nosotros hemos tenido que pasarnos la noche estudiando y no hemos tenido la posibilidad de dormir todavía, pero usted que puede –una sonrisa torcida se dibujó en su rostro-, descanse un poco.

Jack agarró un lado de la manta y la arrastró hasta el interior de la casa. Una vez hecha su parte del plan, carraspeó para avisar a Sam de que podía cortar ya la conversación y desapareció en la oscuridad del apartamento.

Sam escuchó la señal de Jack, y sin más miramientos se puso de puntillas, dio un beso sobre la mirilla y se dirigió a casa. Cactus la siguió en cuanto pasó por su lado, y juntas entraron en casa ante la atenta mirada del señor Saltzman.

Ella quizás nunca lo sabría, pero aquella noche, con aquel beso etéreo, había sacado una sonrisa en la cara del anciano, y había ayudado a que una pobre alma sin consuelo fuese por un momento un poquito menos desgraciada.

Sam cerró la puerta tras de sí con cuidado, encendió la luz del salón y suspiró. Apoyó la espalda en la puerta y notó como cada músculo de su cuerpo se relajaba por primera vez desde que tuviera la discusión con la infernal bibliotecaria hacía apenas unas horas. Si aquella radiante mañana le hubiesen dicho a lo que tendría que hacer frente aquel fatídico día, no hubiera osado cruzar el umbral de la puerta ni en un millón de años.

Dejó la vista vagar por la habitación y se dio cuenta de que la luz comenzaba a surgir al otro lado de las cristaleras. Dejó el bolso junto al

recibidor y cuando fue a dejar las llaves se topó de frente con el paraguas; aquel paraguas que había ocasionado todo. "De no ser por ti", pensó mientras la furia crecía en lo más profundo de su ser. En algún momento se daría cuenta de que la culpa no podía ser de un paraguas, puesto que no era más que un objeto inanimado, pero no era el momento para ser racionales. Lo cogió de un manotazo, se dirigió con paso firme a la ventana, la abrió con fuerza y lo lanzó al vacío con toda la furia y la ira que llevaba acumulando durante horas. Quizás era una tontería, pero se sentía mucho mejor ahora que se había vengado de ese trozo de alambre y plástico inútil.

Se quedó parada frente a la ventana, notando la fría brisa recorriendo sus mejillas. Se estremeció, pero no de frío, si no al notar su calidez. Los brazos de Jack se estaban entrelazando desde su espalda, agarrando sus manos con cuidado, con una suavidad sobrecogedora.

La joven se dejó llevar y se fundió con él durante unos instantes. Una gota rodó por sus mejillas, seguida de otra, y otra más. Por fin estaba en casa, por fin estaba a salvo. Jack se había encargado de ello.

- Gracias –fue lo único que pudo decir aún entre sus brazos.

- ¿Gracias por qué? –respondió él sin comprender-. No he hecho nada que no hubieses podido hacer tú sola, Sam –apoyó la cabeza contra la suya con cariño-. No me necesitas más de lo que yo te necesito a ti.

- Pues yo te necesito como al respirar –dejó escapar en un susurro.

Jack la apretó con fuerza, como si no quisiera dejarla escapar, como si tuviera miedo de que el mundo pudiera arrebatársela en cualquier momento.

- Parece que ha dejado de llover –las lágrimas habían dejado de brotar.

- Que conveniente ahora que estamos a salvo en casa –dijo Jack algo jocoso.

- ¿Dónde has dejado a nuestro John? –por un momento Sam había olvidado lo que estaban haciendo allí, lo que habían estado haciendo escasos momentos antes.

- Está en el sofá –miró de reojo en busca de la figura que yacía con cuidado tras ellos-, aunque creo que no tenemos que preocuparnos por él, está bien vigilado.

Sam no comprendió muy bien a qué se refería Jack, por lo que se soltó de sus brazos y miró en busca de respuestas. Lo que se encontró fue incluso mejor de lo que esperaba; Cactus estaba plácidamente tumbada sobre

alguna parte del cuerpo de John, durmiendo como si de la más cómoda de las camas se tratase. Intentaron contener la risa, pero fue en vano y ambos empezaron a desternillarse sobre sí mismos sin dar crédito a la situación.

Tardaron varios minutos en recomponerse. Desenrollaron a John con cuidado de no volver a tirarle al suelo y utilizaron las mantas para taparle lo que durase su sueño.

Una vez acomodado, Cactus no dudó en volver a saltar sobre lo que se había convertido en su juguete favorito de la noche, y los amigos se volvieron a sonreír.

- Si a Cactus le cae bien, no creo que corra ningún peligro –alegó ella para intentar despreocupar a su amigo.

- Supongo que tienes razón –dijo él sin estar muy seguro de sus palabras-. Aunque me estoy poniendo un poco celoso, porque a mí tardó meses en acercarse y ha llegado el señor John y sin siquiera estar consciente se ha ganado su afecto –miró al gato negando con rencor-. Me siento dolido, Cactus.

Sam no pudo evitar sonreír complacida, y a base de empujoncitos dirigió a su amigo hasta la puerta.

- Tienes que irte –su tono sonaba a historia para no dormir, pero en cierto modo era comprensible que quisiera estar sola después de todo lo que había pasado-, o tus padres se levantarán, verán que no estás en casa y culparán a la pobre de Sam por hacerte salir de la cama a horas intempestivas.

En cierto modo tenía razón. Sus padres habían tomado años atrás la decisión de culpar a Sam de todas las cosas que no le gustaban de su hijo, quizás para no tener que asumir que Jack era en sí mismo un joven intrépido, con unos gustos diferentes a los del resto de chicos de su edad.

- Está bien –dijo Jack sin querer mostrar su preocupación-, pero si necesitas cualquier cosa, no dudes en llamarme –su mirada era digna de un padre dando la chapa a su hija con temas de chicos-. Sabes que siempre estoy ahí para ti, cabeza buque –sonrió y le rozó la mejilla con cariño.

Sam miró al infinito pensativa.

- Si no lo recuerdo mal –su tono era cómico, bromista, y Jack sabía perfectamente lo que estaba a punto de decir-, es la tercera vez en menos de cinco horas que me llamas eso –hizo un parón, le miró con el ceño fruncido y le apuntó con el dedo desafiante-. La próxima vez te arranco

las pelotas –llevó la mano a toda velocidad hasta su entrepierna y la sujetó con firmeza pero sin apretar.

Jack se estremeció y se rindió ante el ocurrente movimiento de su amiga. Levantó los brazos en son de paz y asintió de manera convincente.

- Está bien –dijo apartándose lentamente con miedo a que a su amiga se le fuera la mano y apretase más de la cuenta-. Usted gana, pero solo por esta vez.

Se lanzó sobre ella para pillarla desprevenida y la abrazó con fuerza. Tras un par de zarandeos en el aire, la dejó de nuevo en el suelo y tras darle un beso en la frente salió por la puerta entre risas.

Sam cerró la puerta con cuidado de no alertar de nuevo a su topacio vecino, aún con una sonrisa en la cara. La respiración proveniente del sofá le recordó que no estaba sola, aún tenía algo con lo que lidiar y no sabía muy bien cómo hacerlo.

Se quedó observando al joven embelesada por su belleza. Tenía la mandíbula marcada, acompañada de una barba de tres días que le daba un aspecto bastante interesante; su pelo cobrizo se encontraba alborotado, solo dejando caer un par de mechones sobre su frente; y sus labios eran carnosos y rosados, dignos del mejor de los besos.

Suspiró como si del amor de su vida se tratase. Podría haberse pasado las horas contemplando aquello que el cielo le había regalado, de no ser porque la inocente mirada del juicio se había clavado en su sien y empezaba a sentirse incómoda. Cactus la observaba desconfiada desde el torso de John sin comprender muy bien por qué Sam llevaba tanto tiempo observando su nuevo juguete.

Sam se recompuso rápidamente sintiéndose ridícula por la situación, pero por suerte nunca nadie lo sabría. Era su palabra contra los maullidos de un gato, Cactus no tenía nada que hacer.

- Esto queda entre nosotras –dijo la joven en un susurro.

Cactus maulló a modo de afirmación, empezó a dar vueltas sobre sí misma y se acomodó hecha un ovillo sobre la firme superficie sobre la que se encontraba.

Los primeros rayos de sol empezaban a colarse por las ventanas, iluminando la estancia con un tono anaranjado que inspiraba paz y tranquilidad. “Después de la tormenta, siempre llega la calma”, pensó mirando como las nubes comenzaban a retirarse dejando que la luz se colase entre ellas. Un nuevo día estaba comenzando, pero ella tenía la necesidad imperiosa de terminar aún el que había comenzado hacía ya

casi veinticuatro horas.

Se metió en el baño, se desvistió y se deslizó hasta la bañera en un grácil movimiento de felicidad. Necesitaba sentir el agua caliente caer sobre su cuerpo para variar un poco y quitarse de encima el recuerdo de una tormenta que, de un modo u otro, le había cambiado la vida.

El agua recorría cada rincón de su cuerpo, purificando hasta el último milímetro de su ser. Era justo lo que necesitaba. Aspiró con fuerza el olor a menta que dejaba tras de sí la espuma del jabón y una parte de ella entró en un clímax del que no quería salir. Pero no todos nuestros deseos están para ser cumplidos, y el sonido de un maullido junto a la bañera deshizo la magia del momento.

Sam sacó la cabeza por la cortina y se encontró con la inquieta mirada de Cactus que maullaba tratando de decirle algo. Por desgracia, no tardó mucho en imaginar lo que su fiel compañera trataba de advertirle.

Arrancó la toalla de la pared con brusquedad, se la enrolló alrededor del cuerpo lo mejor que pudo y salió corriendo hacia el salón a toda velocidad.

No necesitó llegar hasta el sofá para descubrir que John ya no estaba ahí, que su invitado ya no estaba durmiendo.

La esbelta figura de un joven desnudo se encontraba parada frente a la ventana mirando fijamente el amanecer sobre la ciudad.

La joven se acercó temerosa. Cactus saltó sobre el respaldo del sofá y Sam se colocó tras ella para sentirse algo más protegida. Su corazón se aceleraba por momentos, no sabía qué decir; pero no tuvo que decir nada.

- ¿Dónde estoy? -preguntó John perdido en algún lugar del horizonte.

Más en: <https://dediosesymonstruos.wordpress.com/>

Capítulo 3

Su tono sonaba apacible, sosegado, como si no acabase de despertar en casa de una total desconocida con tan solo una manta cubriendo su cuerpo. Aunque visto lo visto, no parecía ser lo que más le preocupase.

Los primeros rayos de sol enmarcaban una figura de proporciones áureas, permitiendo a Sam disfrutar de unas vistas sin precedentes protagonizadas por los tostados músculos de su nuevo huésped.

- No tienes de qué preocuparte –dijo la joven con cautela. John acababa de despertar en un lugar desconocido y prefería no darle demasiada información por el momento.

El joven apoyó la mano sobre el helado cristal y dejó que el frío inundara sus sentidos. Los músculos de su cuerpo se tensaron de golpe, y notó como el cristal comenzaba a temblar entre sus dedos. Separó la mano rápidamente y se giró sin mediar palabra para mirar a Sam.

Cactus dio un salto desde el sofá y huyó despavorido hacia la habitación, pues no se esperaba un movimiento tan brusco por parte del que había sido su juguete favorito.

- Menuda estás hecha –se dijo a sí misma mirando al felino desaparecer en la oscuridad bajo su cama.

John torció la cabeza sin comprender muy bien lo que estaba pasando. Se acababa de despertar en un lugar que no era capaz de ubicar en el tiempo y el espacio, y ahora la persona que le tenía en cautiverio se dedicaba a hablar con esa bestia. Nada parecía tener sentido.

- Lo siento, John –el nombre salió de entre sus labios con total naturalidad, como si llegados a este punto ese fuese el nombre del desconocido que tenía parado frente a ella.

- ¿John? ¿Es ese acaso mi nombre? –el joven dio un paso en falso, y fue entonces cuando Sam se percató de que a John se le veía mucho más de lo que le gustaría.

- Oh –fue lo único que pudo decir tratando de mantener la mirada en los ojos de John, pero era incapaz de mantener la vista fija teniendo tanto que ver-. No –afirmó-. B-bueno, realmente no lo sé –no pudo evitar tartamudear.

La situación estaba empezando a superarle; se encontraba de pie, semidesnuda, hablando con un joven caído del cielo, desnudo, que no parecía saber nada sobre sí mismo. La intención de llevar a John hasta su

casa había sido la de salvar su vida de un modo u otro, eso estaba claro, pero era innegable que tenía un atisbo de esperanza de encontrarse con la maravillosa historia de un ángel caído del cielo castigado por su amor prohibido hacia una mortal.

- Esperaba que tú me lo dijeras –la decepción acompañaba sus palabras. Soltó un suspiro ahogado y lentamente se dejó caer sobre el reposabrazos.

El joven se acercó agachándose un poco hasta estar a la altura de la joven y trató de leer su semblante. Intuyó que algo no iba bien. No estaba muy seguro de qué, pero algo estaba haciendo mal para entristecerla de ese modo.

- ¿He hecho algo inapropiado?

Sam le miró sorprendida por lo cerca que le tenía. Por un momento se dejó llevar por la profundidad de sus ojos, que parecían albergar el mismísimo océano. Sentía que podía navegar en ellos, perderse en un insondable mar de ideas en el que encontraría verdaderos tesoros hundidos. Pero tendría que dejar esa travesía para otro momento; ahora tocaba enfrentarse a la dura realidad.

- No, para nada –negó dejando escapar una dulce sonrisa para quitar hierro al asunto-. Es solo que esperaba que pudieras ayudarme a comprender... –el recuerdo del rayo de luz cruzó ante sus ojos, terminando en un fogonazo que le recordó que estaba en mitad de una frase inacabada-. Bueno, no es nada –se levantó de un salto del sofá ante la atónita mirada del joven y se dispuso a ir a su habitación-. Será mejor que continuemos esta conversación con algo más de ropa y una buena taza de té.

El chico se irguió algo inseguro tras las palabras de la joven, y echó un vistazo hacia abajo en busca de algo de lo que avergonzarse. No lo encontró.

- ¿Te desagrada verme desnudo? –no comprendía por qué tenía esa necesidad tan incipiente de que ambos se vistiesen para continuar una conversación tan circunstancial.

Sam no pudo evitar sobresaltarse ante la pregunta y se giró con el dedo en alto, pensando en cuál sería la respuesta adecuada para semejante cuestión.

- Creo que esta me la voy a saltar –respondió convencida de que era lo mejor para ambos y para su recién comenzada relación-. Ahora vuelvo –y

sin más, desapareció cerrando la puerta tras de sí.

El temeroso maullido de Cactus llamaba su atención bajo la cama. Se agachó para rescatar a la minina, pero era arduo encontrarla pues se fundía con el parduzco fondo. Lo único que la delató en aquel escondrijo eran dos grandes ojos grises que brillaban ocultos en la más profunda oscuridad.

La sacó con cuidado y se la quedó en brazos, meciéndola para terminar de calmar su agitado corazón.

- Eres una cobardica, ¿lo sabías? –le dio un golpecito amistoso en la punta de la nariz y el animal le agarró el dedo con las patas con cierto aire juguetón.

La mirada de Cactus era digna de enmarcar. Sus pupilas estaban completamente dilatadas, apenas dejando ver su plumizo iris. Sus mullidas patas sujetaban su dedo mientras ella intentaba llevárselo a la boca para castigar a Sam por no haberla defendido del intruso. Sam no pudo evitar reírse y tras hacerle un par de carantoñas, la dejó sobre la cama.

Abrió el armario y un fresco aroma a pino se escapó de entre las prendas que se encontraban colgadas en un riguroso esquema de tipos, colores y telas. Sin embargo no era momento para andarse con tonterías, así que cogió lo primero que pilló sin prestar demasiada atención.

Una vez vestida, se puso a rebuscar algún resquicio de ropa de Jack para darle a John. Lo mejor que pudo encontrar fue una camiseta de manga corta algo desgastada y unos pantalones de chándal que no harían justicia ni a semejante obra de la naturaleza, pero era mejor que nada. Le resultaba imposible concentrarse en la conversación teniendo todo el rato eso ahí colgando.

Abrió la puerta pensando en sus cosas, y salió lo suficientemente abstraída como para no percatarse de que el joven se había plantado frente a su habitación esperando su regreso. Para cuando quiso darse cuenta, se encontraba abalanzándose sobre él, que en un ágil movimiento la sujetó con firmeza entre sus brazos. Pudo sentir como cada parte de su cuerpo la rozaba, y dos pronunciados coloretos se instalaron en sus mejillas. Se separó rápidamente y trató de recomponerse, pero era imposible. Sin decir una sola palabra, alargó los brazos y le tendió la ropa al muchacho.

- ¿Es completamente necesario? –preguntó pareciendo no haberse dado cuenta de lo incómodo de la situación recién acontecida.

- Sí –sentenció Sam con la mirada perdida en el infinito. Aún notaba cómo le ardían las mejillas, y decidió que lo mejor sería ir a refrescarse mientras que John se adecentaba.

El agua se evaporaba al contacto con su cara. Podía notar como algo ardía en su interior, algo que hacía mucho tiempo que no sentía; estaba realmente excitada.

Nadie podía culparla.

Llevaba horas ante el hombre más guapo que había visto en toda su vida, el cual había tomado la descarada decisión de moverse con un aire demasiado natural para lo que ella estaba acostumbrada. Nadie podía recriminarle sentirse tan agitada tras el contacto físico que acababa de vivir.

Salió respirando hondo, tratando de calmar su libido y de comportarse como una persona decente. Todavía cabía la posibilidad de que aquella persona hubiese caído del cielo, y si era su primer contacto con la raza humana, tenía que dejar el listón bien alto.

- ¿Mejor? –su voz sonaba como música para sus oídos. Nunca había escuchado una voz tan armoniosamente grave.

Levantó la mirada y se encontró con un joven vestido de forma casual, con el cabello algo alborotado y una sonrisa digna de los más diestros escultores. Si realmente era un ángel, esperaba que fuese el rey de todos ellos, pues semejante belleza no se merecía menos.

- Mucho mejor –dijo dirigiéndose a la cocina.

Llenó la tetera de agua templada y encendió la hornilla para calentarla. John se sentó al otro lado de la barra que separaba la cocina del resto del salón, y observó con detenimiento cada movimiento de Sam.

- ¿Debería ayudarte?

Se giró rápidamente y se acercó a él un tanto amenazadora.

- ¿Eres consciente de que desde que te has despertado no has hecho más que preguntas? –le miró fijamente tratando de intimidarle, pero su rostro no mostraba el más mínimo atisbo de miedo.

Los ojos de John se dedicaban a analizar cada uno de sus movimientos, a leer cada cosa que hacía con el fin de archivarla en lo más profundo de su ser. Estaba aprendiendo de ella.

- Es irritante –concluyó Sam.

- Lo siento, no pretendía irritarte –su mirada seguía analizando a la chica mientras esta continuaba sacando cosas para preparar el té-. Supongo que ahora mismo toda mi vida es una gran pregunta.

Sam sacó una bandeja y colocó dos tazas de té con estampado floral y bordes dorados que le había regalado su abuela antes de irse de casa. “Toda anfitriona que se precie sabe que hay que recibir siempre a los invitados con una buena taza de té”, le había dicho ella entregándole con delicadeza una caja de madera tallada que guardaba entre algodones un antiquísimo juego de té inglés que había comprado en uno de sus viajes.

- Yo también tengo preguntas –la voz de Sam sonaba algo quebrada, pero tras un par de carraspeos se recompuso y colocó la bandeja con todo listo entre los dos-. Y creo que ha llegado el momento de que me las resuelvas.

El joven la observaba intrigado, y con un gesto de cabeza la invitó a que comenzase con su interrogatorio. Sam no titubeó ni un segundo, pues tenía bastante clara cuál era su primera pregunta.

- ¿De dónde eres, John?

- No lo sé, dímelo tú –la respuesta llegó rápida, fugaz, como un latigazo-. Estoy en tu casa, a fin de cuentas –continuó-. Probablemente sepas más de mí que yo mismo –sus ojos la miraban fijamente, escrutándola sin piedad.

Sam apenas era capaz de sostenerle la mirada, no obstante se mantuvo firme tratando de descubrir lo que aquellos ojos verdes intentaban decirle. Cada vez le resultaba más complicado, pero no estaba dispuesta a perder ese duelo de titanes.

- Te vi caer del cielo

- Supongo que no es muy común que la gente caiga del cielo por aquí –Sam negó con semblante serio y el joven bajó la mirada aún más confuso-. Entiendo.

Se levantó y se dirigió hacia la ventana ante la atenta mirada de Sam. Sus ojos oteaban el cielo en busca de una respuesta, de algo que le ayudase a comprender quién era y por qué estaba allí. Sin embargo, todo lo que pudo ver fue alguna que otra nube hecha de algodón que navegaba sin rumbo fijo capitaneada por el viento.

La joven se acercó con cuidado de no alarmar al joven y acarició su hombro con cariño. John la miró de medio lado y pudo ver como esta le

tendía la taza de té tratando de no derramar todo el contenido por el suelo. Nada más cogerla pudo notar el olor a menta y miel que emergía del agua.

- Cuidado, que quema –advirtió la joven.

El muchacho respondió con una sonrisa de agradecimiento. Por mucho que la chica trataba de hacerse la dura con él, la había calado desde el primer momento. Estaba claro que se encontraba en un mundo guiado por la desconfianza y los prejuicios, y solo alguien con un corazón puro como el cristal habría abierto las puertas de su casa a un completo desconocido.

- ¿En qué piensas? –dijo Sam acomodándose en el sofá. Le observaba con curiosidad, tratando de leer sus movimientos, sus reacciones, sus más profundos pensamientos. Más tarde o más temprano tenía que empezar a recordar cosas acerca de su vida, y esperaba estar presente llegado el momento.

Se encogió de hombros aún con la mirada fija más allá de aquel lugar y dio un pequeño trago al brebaje que la chica le había preparado. Estaba delicioso.

Suspiró y se acercó hasta el sofá, sentándose junto a ella. Fue entonces cuando se percató por primera vez de que su belleza era digna de mención. Su piel lucía suave y brillante, con más vida de la que cualquier persona debiera transmitir; sus ojos eran azules como el cielo del que él provenía; de su cabeza brotaban tirabuzones de oro que se acomodaban a los lados sobre sus hombros y se dejaban caer por su espalda; vestía una sudadera gris que dejaba entrever una capucha bajo su voluminoso cabello, y unos pantalones vaqueros se ajustaban marcando cada curva de su cuerpo. Su perfección era excepcional, y le parecía impropio haberse dado cuenta a estas alturas. Quizás por eso la joven se había negado a mantener la desnudez durante su conversación, y es que ahora no se sentía digno de admirar tal belleza.

- Tierra llamando a John. ¿Estás bien? –Sam le miraba entre asustada y jocosa, pues el joven llevaba ya un rato observándola sin mediar palabra y no sabía muy bien cómo tomárselo.

- Sí –carraspeó y desvió la mirada por la habitación-. Estaba pensando en por qué estoy aquí –hizo una pausa y trató de buscar dentro de él la respuesta a aquella pregunta, pero nada-. Sé que he venido a hacer algo, a buscar algo... puedo sentirlo –por alguna razón, Sam sabía que le estaba diciendo la verdad. Su voz denotaba impotencia y pesar-. Pero no puedo recordar el qué.

Sam sentía lástima solo de pensar lo que debía estar pasando, y le acarició el brazo para darle a entender que tenía todo su apoyo.

- Todo va a salir bien, ya verás –dibujó una sonrisa en su cara intentando transmitir toda la positividad que parecía faltarle en aquel momento-. Nosotros te ayudaremos.

- ¿Nosotros? –preguntó él.

- Sí, bueno –se removió en el sofá pensando en Jack y no pudo evitar sonreír -. Jack y yo, somos una especie de... equipo. Sí, esa sería la palabra –sonaba convencida.

El joven no pudo evitar fijarse en su sonrisa y se contagió de la magia que transmitía.

- Es un chico con suerte –fue todo lo que dijo.

Sam abrió los ojos de par en par tras semejante acusación y no pudo evitar ponerse nerviosa. Una vez más alguien malinterpretaba su relación con Jack. Era consciente de que no tenían la clásica relación de amistad, pero aún le sorprendía que la gente insinuase que eran algo más. Le hacía sentirse sucia.

- No, no, no –dijo a toda velocidad negando con manos y cabeza al mismo tiempo-. Somos como hermanos –una risita nerviosa se escapó.

- Está bien –John no pudo evitar soltar una risotada-. Si tú lo dices... -no sonaba demasiado convencido, pero a fin de cuentas no era más que un desconocido y no merecía la pena darle más vueltas al asunto.

El silencio inundó la sala por un momento, y Sam empezó a sentirse incómoda. Para fortuna de la joven, una sombra saltó sobre el respaldo del sofá y maulló de forma sonora. Cactus se había colocado entre ambos y bailaba de un lado a otro en busca de alguien que le ofreciese un poco de cariño.

- Creo que ha llegado el momento de que te presente a Cactus –dijo Sam cogiendo con cariño al animal.

El joven la miró aún sorprendido por la relación tan íntima que había entre la bestia y la joven. Parte de él parecía no estar acostumbrado a ver un vínculo tan cercano entre dos seres de especies tan distintas. Pero lo que en un principio le había parecido poco racional, ahora le parecía incluso bonito.

- Es un placer, Cactus –respondió el joven acercando la mano con cuidado ante la atenta mirada del animal, que le olió desconfiado antes de dejarse

acariciar-. Te diría de buena gana el mío, pero realmente no lo sé.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de ambos jóvenes, que acariciaron a Cactus con cariño. La cara de placer del minino dejaba bastante claro el éxtasis al que estaba siendo sometido de buena gana.

- Aún no me has dicho tu nombre –señaló el joven sin dejar de tocar al animal. Por alguna razón que no llegaba a entender, le encantaba la sensación de hacer feliz a aquella bestia.

Sam le miró con gesto juguetón.

- No pienso decirte cómo me llamo hasta que tú me digas cómo te llamas –sentenció la joven-. Creo que es lo justo.

El joven se rio de forma sonora, sin dejar de mirar al animal.

- En cierto modo lo entiendo –respondió entre risas-. Pero eso no será ningún problema, puesto que me llamo Eleos.

El rostro de Sam se contrajo en un rápido movimiento y dejó de acariciar a Cactus por un segundo, que no dudó en quejarse del vil acto de crueldad de su dueña.

- ¿Qué has dicho? –su tono sonaba temeroso, necesitaba escucharlo una vez más para estar segura de que no se lo había imaginado.

- Pues eso, que mi nombre es... –el joven aún seguía riendo ante la situación, pero entonces se dio cuenta de las palabras que acababan de salir de su boca.

Lo había dicho casi sin pensar, dejándose llevar por la situación; no obstante, sabía que había dicho la verdad. Por fin había recordado algo. La risa dio paso a la estupefacción de ambos, que se miraron a los ojos con semblante serio.

- Me llamo Eleos –repitió una vez más, y no pudo evitar que un rayo de esperanza iluminase su rostro.

Más en: <https://dediosesymonstruos.wordpress.com/>

Capítulo 4

El sonido del timbre retumbó en toda la casa, y por un momento Eleos temió que pudiera despertar a Sam. La joven se había quedado irremediablemente dormida hacía un rato en el sofá y este la había llevado a la cama para que pudiera descansar plácidamente. Sin embargo, no contó con que el amigo de Sam estaba de camino a casa, y mucho menos con que semejante estruendo daría el aviso de su llegada.

Se asomó al interior de la habitación y respiró tranquilo al comprobar que la joven de dorados cabellos seguía perdida en algún lugar muy lejos de allí. El sonido de la puerta le alertó una vez más y se apresuró a abrir antes de que aquel infernal ruido la sacase de su letargo.

Abrió la puerta en un rápido movimiento y se echó a un lado para dejar pasar al invitado, pero nada. En la puerta no había nadie, lo cual no terminaba de encajar en la mente del joven, pues ya había escuchado el estruendo proveniente de aquel lugar en varias ocasiones.

Un nuevo pitido sonó justo junto a él, y no pudo evitar sobresaltarse ante lo que parecía venir de un aparato plateado que mostraba la imagen de un joven en una pantalla cuya ubicación desconocía. Se acercó con cautela y se quedó observando unos segundos la pantalla. El joven Jack le miraba desde el otro lado con gesto iracundo, y abría los brazos en busca de una explicación ante la tardanza.

El instrumento que se encontraba colgado de la pared, tenía una parte muy parecida a algo que Sam había utilizado para contactar con Jack unas horas antes. "Teléfono" lo había llamado. Imitó a Sam y cogió el teléfono, situándolo en su oreja con cuidado.

- ¿Jack? –fue todo lo que dijo.

La figura de Jack dio un respingo en el sitio, pues no esperaba que semejante voz dijera su nombre y pasó de la furia al desconcierto en un abrir y cerrar de ojos.

- H-hola, ¿está Sam? –se arrepintió al instante de realizar aquella pregunta, pues el hecho de que John le hubiese cogido el teléfono en lugar de Sam ya le parecía una mala señal.

- Está dormida.

- Oh –se separó un segundo del portero ante la atenta mirada de Eleos, que analizaba cada gesto del joven-. Y, ¿me puedes abrir?

- Lo haría de buena gana, pero no sé muy bien cómo funciona este... teléfono.

Jack sonrió jocosamente sin saber muy bien si le estaba tomando el pelo, pero entonces recordó que Sam había hecho hincapié en la pérdida de memoria que había sufrido el joven. Se acercó a la cámara intentando recordar dónde estaba el botón para así poder indicarle mediante gestos.

- Tienes que pulsar este botón de aquí.

Señaló con el dedo en la dirección en la que se encontraba el botón y Eleos torció el gesto sin comprender muy bien el mecanismo. No obstante, obedeció sin rechistar y tras pulsar el botón que le habían indicado, la puerta frente a la que estaba Jack se abrió.

- Deja la puerta entreabierta, que subo en seguida –y sin más desapareció de la pantalla.

Nada parecía tener sentido, pero era consciente de que las cosas allí funcionaban de forma muy distinta a lo que él estaba acostumbrado y aún trataba de comprender su existencia como para pararse a entender aquella a la que había sido arrastrado. Sin embargo, desde que había recordado su nombre, su mente había empezado a recapitular momentos de su vida, y poco a poco empezaban a encajar las piezas del rompecabezas.

Se adentró en la cocina y se puso a buscar en los distintos muebles los utensilios necesarios para preparar té para el invitado que estaba a punto de llegar. Si algo había comprendido en su corta estancia con Sam, era que todo se llevaba mejor con una buena taza de té; y por lo que había visto a través del teléfono de la pared, Jack iba a necesitar una.

Llenó de agua el recipiente que Sam había utilizado para calentar el brebaje y la puso sobre la superficie negra que de un modo u otro debía desprender calor. Sacó dos recipientes y los colocó sobre la mesa justo a tiempo para la entrada de Jack en el piso.

- ¿Una taza de té? –fue lo primero que se le ocurrió decir.

Jack se quedó parado unos segundos en el umbral de la puerta sin estar muy seguro de si aquellas palabras iban dirigidas hacia él. Cuando se percató de que estaban solo ellos dos en la habitación, asintió algo escéptico y se despojó de la bufanda y la chaqueta, que quedaron colgados en una percha situada junto a la puerta.

Caminó en silencio hasta la barra de la cocina, observando como el muchacho trataba de desenvolverse en un hábitat que estaba claro no era el suyo. El muchacho intentaba adivinar el mecanismo con el cual Sam

había conseguido hacer fuego para calentar el agua, pero no había manera.

- ¿Necesitas ayuda? –se ofreció Jack aún jocosamente ante lo ridícula que le empezaba a parecer la situación.

- Lo cierto es que no sé muy bien cómo funciona nada de esto –se llevó la mano a la barbilla pensativo y se paró a observar la hornilla en busca de una respuesta, pero nada.

Jack se compadeció del joven que parecía tener la mejor de las intenciones a pesar de no tener ni la menor idea de lo que se estaba haciendo, así que se levantó y se adentró de la cocina en su ayuda.

- No te preocupes, yo me encargo de esto –le invitó con un gesto a que saliese de la cocina, ya que el espacio era demasiado pequeño para que los dos anduvieran por ahí dando vueltas-. Tu siéntate y empieza a contarme todo lo que recuerdes.

Su tono de voz sonaba fraternal, amistoso. Ahora que tenía delante al joven, entendía lo que Sam le había dicho poco antes al teléfono. No era más que un niño grande perdido en un mundo frío y despiadado. Su inocencia era tal, que había conseguido enternecerle; aunque Jack seguía sin descartar la idea de que pudiera tratarse de un sádico asesino que les utilizaba en alguna clase de juego macabro.

Eleos salió de la cocina sin mediar palabra y se sentó en el mismo lugar en el que se había sentado a observar a Sam. No le gustaba sentirse inútil, pero comprendía que todo era muy nuevo para él y quizás era mejor dedicarse a observar cómo funcionaba este nuevo mundo antes de aventurarse a formar parte de él.

- Bueno, creo que no nos hemos presentado –Jack seguía dando vueltas por la cocina recolectando ingredientes y utensilios-. Me llamo Jack –tendió la mano a modo de saludo-, y básicamente soy el que ayudó a Sam a secuestrarte y traerte hasta aquí.

Eleos no tardó en comprender lo jocosamente de la situación, y sonrió estrechando la mano de Jack con fuerza.

- Eleos.

- Y bueno, Eleos –remarcó el nombre, pues le sonaba demasiado grandilocuente como para no hacerlo-, ¿has recordado algo nuevo? ¿Algo que pueda ayudarnos a comprender qué estás haciendo aquí? –hizo una breve pausa, pero no lo suficientemente larga como para dejarle responder-. Porque he de decir que aquí algunos seguimos un poco perdidos con todo esto del joven caído del cielo y toda esa parafernalia

que ambos conocemos tan bien –le miró fijamente ya sí en busca de una respuesta a su discurso.

Eleos le miró sin comprender muy bien en qué momento la broma se había tornado hostilidad en las palabras de Jack. Parecía no terminar de creer nada de lo que Sam le había contado, lo que en cierto modo le resultaba irritante, pues se notaba que su amiga nunca hubiese dudado de su palabra.

- Lo cierto es que sí –respondió cortante-, pero teniendo en cuenta que pareces dudar hasta de la palabra de Sam, no creo que seas la persona más adecuada con la que discutir nada de esto. ¿No crees?

Jack le miró con la boca entreabierta sin saber muy bien qué responder a semejante acusación. En cierto modo, porque tenía razón en lo que estaba diciendo y seguía sin terminar de creerse la historia de Sam, pero por otro lado, no esperaba una reacción tan defensiva por su parte. Tragó saliva de forma sonora y relajó el semblante tratando de quitar hierro al asunto, pues no quería generar más tensión innecesaria.

- Solo me preocupo por ella –dijo en un tono apenas audible-. Anoche, cuando me llamó... –recordó la voz rota de Sam al otro lado del teléfono, llorando sin consuelo bajo la lluvia y no pudo evitar notar un pellizco en el estómago-. Nunca la había visto así. Y nada más llegar, toda la historia del ángel caído.

Trataba de justificar sus palabras, pero no estaba diciendo más que la verdad. Estaba preocupado por su amiga, y en cierto modo le daba pánico el pensar que todo aquello no fuera más que una terrible coincidencia. Que Eleos no fuese más que un loco que andaba desnudo por la calle y que Sam hubiese imaginado todo lo demás para dar consistencia a su psicosis.

- Solo quiero que esté bien, ¿vale? –le apuntó con el dedo amenazador-. Y espero que todo esto no sea ningún juego porque de ser así te las tendrás que ver conmigo.

Eleos se perdió por un momento en la miel de sus ojos y comprendió que estaba realmente preocupado por su amiga. Que todo aquello no era más que su forma de protegerla, aunque eso significase cuestionarla por su propia seguridad. No le parecía la forma más adecuada de ayudar a alguien, pero era tan loable como cualquier otra.

Se sostuvieron la mirada durante unos segundos y finalmente Eleos asintió, comprendiendo al joven y dando un voto de confianza a su palabra. Se acababan de conocer, sí, pero por lo poco que la chica le había contado de él y lo que acababa de escuchar, se veía a la legua que

su amor por Sam era incondicional.

- Recuerdo estar cayendo del cielo, pero no en el mal sentido; estoy casi seguro de que lo tenía todo controlado, sabía lo que estaba haciendo. Fue entonces cuando un haz de luz me cegó y todo se volvió negro –trató de no cortar el contacto visual para dar mayor credibilidad a su historia, pues no quería dar más razones a Jack para dudar de su palabra-. Lo siguiente que recuerdo fue despertarme aquí y encontrarme con Sam.

- ¿Sabes por qué estás aquí? –preguntó Jack algo más nervioso, pues las respuestas parecían ir brotando y eso significaba estar un paso más cerca de la verdad-. ¿Sabes de dónde vienes?

Eleos negó con tristeza, pues seguía sin recordar de dónde provenía exactamente. Había visto imágenes en su cabeza de un lugar muy parecido a este en el que se encontraba, pero que a la vez era completamente distinto.

- Creo que tiene algo que ver con mi hermana –fue todo lo que pudo decir.

- ¿Tu hermana está aquí?

- No lo sé, supongo que sí. ¿Por qué iba a venir hasta aquí si no?

- En eso tienes razón –Jack se quedó pensativo un segundo-. Pero, de ser así, ¿qué estaría haciendo tu hermana en este mundo?

Eleos le miró con gesto torcido tratando de comprender su pregunta.

- Quiero decir –carraspeó y se apoyó sobre la mesa para acercarse un poco más a su interlocutor-. Si tú no eres de este mundo, tu hermana tampoco debe serlo, ¿no? –hizo una pausa y Eleos asintió empezando a comprender lo que quería decir-. En ese caso, ¿qué está haciendo tu hermana aquí?

El sonido de la tetera les sacó de la conversación por un momento, y Jack se apresuró a apartarla del fuego. El aroma a canela inundaba toda la estancia, dando un toque dulce al cálido ambiente que generaba la luz del sol al colarse entre las montañas.

- Supongo que eso es lo que tenemos que averiguar –concluyó Eleos.

Jack vertió el contenido de la tetera en las tazas con cuidado y le tendió una al joven, que cerró los ojos al sentir el aroma brotar de entre sus manos.

- Té negro con canela –dijo Jack sonriendo con autosuficiencia, pues estaba seguro de haber acertado con la mezcla de sabores-. Cuidado, que quema –dijo antes de soplar.

Eleos le miró sorprendido, pues ya había escuchado esa frase anteriormente y le chocaba lo mucho que podían parecerse Sam y Jack en algunas cosas. Ahora entendía todo aquello que ella le había contado cuando hablaron sobre su extraña relación; ahora comprendía aquello de que eran uno, pero como dos hermanos separados al nacer.

Imitó el movimiento de Jack, sopló con cuidado sobre la taza y dio un pequeño sorbo. La mezcla de sabores alienó sus sentidos y le transportó a un lugar lejano; como si de un recuerdo se tratase. Aquello le evocaba a un tiempo pasado, a un momento de felicidad en el que ya había probado aquella mezcla de sabores tan exótica y característica. Y fue entonces cuando recordó que no era la primera vez que probaba aquel brebaje, y eso solo podía significar una cosa.

- Creo que no es la primera vez que vengo a este mundo, Jack. He estado aquí antes.

Jack se atragantó con el sorbo que estaba dando en ese preciso instante y soltó la taza antes de comenzar a toser como si le fuese la vida en ello.

- ¿Qué quieres decir con que no es la primera vez? –aún se estaba recomponiendo y su voz sonaba frágil y vulnerable, como si estuviera a punto de romperse en mil pedazos.

- Creo que he estado aquí antes, pero las cosas eran... diferentes –cerró los ojos tratando de ahondar en su ser, de buscar alguna pista más que terminase de componer aquel puzle que les estaba quebrando la cabeza.

Jack se quedó pensativo unos segundos, pero no tardó en dar un pequeño grito y salir corriendo por el salón. Eleos se sobresaltó ante la brusquedad del movimiento y le siguió con la mirada.

Se sentó frente a un piano colocado en una de las esquinas del salón que Sam utilizaba a su vez a modo de escritorio para el ordenador. Generalmente hacía la función de mesa, pero alguna que otra vez Sam tenía problemas de insomnio y Jack se sentaba a tocarle melodías hasta que cayese rendida. Le gustaba sentir que su amiga le necesitaba. Era lo único que le hacía sentirse valioso en el mundo.

Comenzó a agitar el ratón ante la atenta mirada de Eleos, que se acercaba sin saber muy bien lo que estaba pasando o lo que Jack estaba intentando hacer moviendo aquel objeto tan extraño en círculos.

La pantalla se encendió de golpe y ambos se cegaron por la potencia lumínica que tenía.

- Mierda, tiene contraseña –dijo Jack comenzando a introducir todas las combinaciones numéricas que se le ocurrían. Comenzó por los cumpleaños que se le vinieron a la cabeza, siguiendo con las fechas importantes en la vida de Sam, y terminando con las combinaciones más típicas utilizadas por la raza humana; pero nada.

- ¿Has probado con Jack? –dijo Eleos rezando para que su idea tuviese sentido ante la situación que estaba aconteciendo.

Jack sonrió socarrón y tecleó.

- No creo que mi nombre... –pulsó la tecla de entrada y el ordenador se desbloqueó ante la atenta mirada de Eleos y el desconcierto de Jack-. Bueno, o sí.

Eleos le apretó el hombro con cariño y una leve sonrisa se le escapó al ver que su idea había servido para algo. Por primera vez desde que había llegado estaba siendo útil, aunque ni siquiera supiera para qué.

- ¿Qué estamos haciendo? –preguntó sin terminar de comprender la situación-. ¿Esta caja de luz nos va a ayudar a saber quién soy?

- Bueno, esta caja de luz se llama ordenador, mi querido amigo –dijo Jack sin apartar la mirada de la pantalla-. Y con él se puede acceder a la fuente de información más grande de este mundo.

- ¿Un oráculo?

- Internet, Eleos. Internet.

- Oh –pausa-. ¿Y es Internet el nombre de un oráculo?

Jack se giró y le miró atónito, pero vio que el muchacho le preguntaba con total seriedad y se dio cuenta de que se encontraba ante una batalla que no estaba dispuesto a librar.

- Exacto, es un oráculo –asintió sin dar crédito a lo que estaba diciendo y sin más dilación se puso manos a la obra, rezando para que la búsqueda les otorgase alguna respuesta.

El ordenador empezó a cargar toda la información referente a 'personas caídas del cielo' mientras que Jack se crujía los dedos y el cuello con aire de autosuficiencia.

- Verás, si alguna vez has estado en este mundo y has tenido la maravillosa idea de caer del cielo; Internet nos lo dirá.

- Entonces, ¿Internet me conoce?

- Esperemos que sí, porque si no lo vamos a tener complicado.

La información empezó a aparecer en la pantalla y Jack leía toda aquella noticia que tenía relación con personas que aseguraban haber visto caer a alguien del cielo o incluso algunos que alegaban que eran ángeles caídos; pero ninguna historia se sostenía por sí sola. También aparecieron varios vídeos virales que alguien con mucho tiempo libre se había dedicado a editar para subir a las redes y así tener su minuto de gloria.

Si lo que buscaban eran chiflados que aseguraban ser hijos de Dios o vídeos editados sobre ángeles en llamas cayendo del cielo, tenían ante sus ojos una mina de oro; pero si buscaban una respuesta real al problema que les ocupaba, esa no iba a ser la forma de conseguirla.

Sin embargo, todavía les quedaba una posibilidad más. Un último cartucho que quemar antes de perder la esperanza. Jack tecleó el nombre de Eleos en la base de datos y en cuestión de segundos aparecieron cientos de páginas que respondían a dicho nombre. Descartó todas aquellas pertenecientes a empresas o marcas comerciales con aquel nombre y cuando quiso darse cuenta solo le quedaba una opción viable.

Leyó con atención el artículo y, a medida que avanzaba, empezó a dar por hecho que Internet no les iba a proporcionar las respuestas a sus preguntas, pues la humanidad solo había conocido un Eleos a lo largo de su historia y dudaba mucho que fuese el joven que se erguía a su lado.

- Pues a no ser que seas hijo de la Noche y que tu hermana se llame Elpis, creo que estamos en un callejón sin salida.

Jack suspiró desesperado y se dejó caer con desgana en el respaldo. Se quedó mirando a través de la pantalla unos segundos, pensando en qué opciones reales tenían si querían conocer la verdad.

- Elpis es mi hermana –dijo Eleos en apenas un susurro.

- Repite eso.

- He venido a buscar a mi hermana. ¡He venido a buscar a Elpis! –el joven no pudo evitar sentirse pletórico ante el descubrimiento que Jack acababa de hacer, gracias al cual había recordado cuál era su propósito.

Jack le miró en busca de un atisbo de broma en sus palabras, pero nada más lejos de la realidad. Eleos estaba realmente feliz de haber recordado

algo sobre su vida, y su felicidad parecía sincera, honesta. Se volvió al ordenador a leer una vez más la información que había encontrado sobre el joven y notó cómo un escalofrío le recorría la espina dorsal.

- Eleos, ¿estás seguro de lo que estás diciendo?

- Completamente, no me cabe ninguna duda –el muchacho se apoyó en el hombro de Jack y miró sonriente la pantalla que tanto le había ayudado-. ¿Y sabe ese tal Internet dónde encontrar a mi hermana?

- No, Eleos... -la voz de Jack sonaba seria, sombría.

- ¿Y cómo es que conoce su nombre? –Eleos seguía mirando la pantalla, pero no comprendía ninguno de los caracteres que salían ahí plasmados, por lo que no entendía a qué venía el semblante de Jack-. ¿Qué pasa, Jack? –la felicidad estaba dejando lugar a la preocupación, y su semblante se afiló de pronto.

- Creo que será mejor que te sientes –dijo Jack levantándose del asiento y cediéndoselo a él-. Parece que ya sabemos quién eres.

Más en: <https://dediosesymonstruos.wordpress.com/>

Capítulo 5

El maullido de Cactus trató de sacar a Sam de su ensimismamiento, pero estaba demasiado impactada como para reparar en la presencia del animal.

- Un momento, ¿me estáis queriendo decir que Eleos es un Dios?

Sam estaba recostada, con los ojos como platos observando a los jóvenes que se encontraban parados a los pies de su cama con aire taciturno.

- Sí, eso es exactamente lo que acabo de decir –respondió Jack dando por hecho que seguía aún dormida y que le estaba costando asimilar la información-. Quiero decir, si lo piensas bien tiene hasta sentido.

Eleos negó de forma contundente.

- No, lo cierto es que no tiene ningún sentido –se giró hacia Jack, como si la conversación solo fuese con él-. Los dioses no existen, Jack. Hasta yo soy consciente de eso.

- No soy precisamente creyente –dijo girándose hacia Eleos para responder a su puyita-; pero a estas alturas de la película, no creo que tengamos que descartar nada.

- Pues yo creo que sí. Los humanos sois tan... crédulos –por primera vez su tono dejaba entrever cierta irritación y despotismo.

- ¿Disculpa? –la cara de Jack se transformó.

- Quedas disculpado.

- ¿Me estás vacilando? –dijo apuntando amenazante con el dedo-. Vengo hasta aquí, tratando de quitarme todo prejuicio de encima. Escucho tu maldita historia y hago un grandioso esfuerzo para creer que estás siendo sincero con nosotros –resopló con impotencia-. ¿Y ahora humillas la única teoría válida que alguien ha aportado desde que caíste del maldito cielo?

Eleos soltó una risotada incrédulo por las palabras de Jack.

- Te lo dije antes de entrar a despertar a Sam, Jack –señaló hacia la puerta en un rápido movimiento que denotaba que su furia iba en aumento-. Olvida el tema de los dioses. No me parece tan complicado de entender.

- ¿De verdad? Porque entonces será lo único que no te parece complicado

de entender.

- Vale, no piensas lo que dices, así que no voy a tomarme nada de esto como algo personal –respondió Eleos restando importancia al argumento de Jack.

- ¿Te das cuenta? Solo un Dios se creería en posesión de una verdad que no tiene –el tono de Jack sonaba asqueado.

- Entonces, ¿eres un Dios, Jack?

Sam miraba incrédula desde la cama cómo la situación iba derivando hacia algo realmente peligroso. Tenía miedo de abrir la boca por si sus palabras provocaban que alguno de los dos perdiese los papeles. Aún más.

- ¿Por qué los humanos tenéis la imperiosa necesidad de creer en algo superior? ¿Por qué no sois capaces de aceptar que la mierda de vida que lleváis es solo culpa vuestra? ¿Por qué no aprendéis a vivir con la muerte y con el hecho de que nada, ni nadie puede ayudaros? –Eleos respiró profundamente antes de sentenciar-. ¿Por qué siempre necesitáis más?

- Chicos... -el tono conciliador de Sam era apenas audible entre las voces de ambos.

Jack miraba incrédulo a Eleos, sin comprender qué cabida tenía todo ese discurso en la conversación que estaban teniendo.

- ¿De qué cojones estás hablando ahora?

- Del hecho de que por vuestra culpa tuviéramos que abandonar nuestro mundo; del hecho de que vuestro complejo de inferioridad nos haya hecho vivir encerrados y llevar una vida que no es vida; y del hecho de que por mucho tiempo que pase, seguís siendo la misma mierda.

La respiración de Eleos sonaba entrecortada pues apenas había respirado durante la discusión con Jack. Sam seguía sin saber qué decir para no salir mal parada en aquella situación; y una vena en la sien de Jack palpitaba llena de rabia y frustración.

- Chicos, yo creo... -Sam seguía tratando de introducirse en la conversación, pero le resultaba imposible.

- Estás cruzando la línea, Eleos –dijo Jack tratando de controlarse-. Si vas a seguir por ese camino, ya puedes salir por la puerta en busca de otra mierda a la que pedir ayuda.

Sam se levantó de la cama de un salto y a empujones se interpuso entre los dos.

- Vale, ¡ya está bien! –gritó Sam fuera de sí-. Ahora me vais a escuchar a mí –apuntó a ambos lados mientras los miraba alternativamente de forma desafiante. Sería la más pequeña de la habitación, pero eso no le iba a impedir ser la que más respeto impusiese-. Lo primero es que esta es mi casa –remarcó-, y no pienso permitir ni faltas de respeto –miró a Eleos-, ni invitaciones a abandonarla –miró a Jack-. Una vez aclarado esto, creo que ha llegado el momento de que todos nos calmemos un poquito y tratemos de dialogar como adultos.

Asintió convencida de sus palabras, y se dejó caer en el borde de la cama. Los chicos tragaron saliva avergonzados por la situación recién acontecida.

- Lo siento, se me ha ido de las manos –dijo Eleos sin llegar a mirar a Jack a la cara.

- Sí y a mí –respondió Jack entre carraspeos.

Sam les miró complacida y asintió orgullosa de haber cumplido con su propósito.

- Y ahora, Eleos y yo iremos a buscarle algo de ropa que ponerse –aunque la conversación iba para todos, miraba a Jack en busca de consentimiento al plan que estaba formulando-. Y tú deberías ir a buscar información a la biblioteca, que seguro que ahí podremos encontrar algo más fiable que una página web escrita por a saber quién.

- Y, ¿por qué no vas tú a la biblioteca a buscar información? –su tono sonó peor de lo que pretendía, y no tardó en reformular la respuesta ante la penetrante mirada de Sam-. Quiero decir, a ti se te da mucho mejor buscar que a mí. La biblioteca es como tu medio desde que llegaste.

Sam se quedó pensativa sin saber muy bien qué responder, pues ella conocía muy bien el por qué no podía volver a la biblioteca, pero no consideraba que fuese el momento idóneo para contar aquella historia.

- Básicamente, porque no quiero dejaros solos por lo que pueda pasar. Hemos tenido suficiente drama hasta próximo aviso –sentenció dirigiéndose al cuarto de baño-. Aunque también puede que tenga vetada la entrada a la biblioteca de por vida –lo dejó caer como si fuese algo sin importancia.

- Perdona, ¿qué acabas de...?

Y sin dejarle terminar de formular la pregunta, cerró la puerta del baño con un pequeño portazo y sonrió sin remedio.

Jack se quedó unos segundos en el sitio, ocultando la media sonrisa que le había producido la reacción de Sam. No quería restar importancia a la situación que acababa de vivir con Eleos, y que realmente no terminaba de explicarse.

- Creo que –la frase salía a trompicones mientras se dirigía hacia la puerta rodeando a Eleos- mejor me voy yendo.

Eleos asintió de forma casi imperceptible y se quedó en el sitio hasta que escuchó la puerta cerrarse tras Jack. Aún estaba nervioso por la discusión tan absurda que se había creado de la nada, y de la que se consideraba el responsable.

- Sabes que la has cagado, ¿no? –la voz de la conciencia se materializó a su espalda, pues no podía tener más razón.

- En eso estamos de acuerdo –respondió.

- Eh, no pasa nada –se acercó y le dio una palmadita en el hombro- se le pasará.

Sam le miraba con ternura, tratando de quitar hierro a todo aquello y no podía estar más agradecido. Pero no era ella la que tenía que decirle que todo estaba bien; esa era una conversación que tenía que mantener con Jack. Ahora se daba cuenta de lo desagradecido que había sido al tratarle de ese modo, pues tanto Sam como él se habían comportado demasiado bien sin apenas conocerle.

- ¿Nos vamos o qué? –la joven le apremiaba sonriente desde la puerta sujetando entre sus manos un objeto de forma rectangular- Esta tarjeta no va a gastarse sola.

El resto de la tarde fue todo un descubrimiento para Eleos, pues no paraba de encontrar cosas curiosas con las que jamás en su vida había interactuado. Sam tuvo que explicarle en repetidas ocasiones cómo funcionaba el mecanismo del ascensor, pues él tenía bastante claro que todo debía ser obra de un hechicero o “algo por el estilo”, había alegado durante su explicación. Pero eso no fue todo. Aún le costaba entender que los carros de este nuevo mundo no fuesen arrastrados por bestias, si no que tenían “los caballos dentro”, dijo Sam entre risas, siendo muy consciente de que Eleos se lo tomaría de forma literal. El muchacho no pudo evitar fijarse también en el hecho de que nadie mantenía conversaciones por la calle, sino que todos iban absortos mirando sus teléfonos como si la vida no fuese con ellos, como si no tuviesen cosas

que apreciar.

- Bueno, digamos que hoy día la gente vive por y para las tecnologías –fue todo lo que pudo decir Sam-. Es triste, sí, pero sería una hipócrita si no dijera que yo soy parte de la era de la impersonalidad.

- ¿Es esa la era en la que nos encontramos?

- Sí, lo cierto es que no creo que haya mejor forma de describir los tiempos en los que vivimos.

Eleos miró alrededor intentando encontrar una sola persona que no fuese pendiente de aquellos pequeños dispositivos lumínicos.

- ¿Y qué hacen todos esos teléfonos? ¿Cuál es su utilidad? Además de la de hablar con Jack, claro –remarcó dando por hecho que ese era uno de los pilares básicos del funcionamiento del teléfono, pues era todo lo que había visto a Sam hacer con él.

Sam le miró con ternura y no pudo evitar reírse. En cierto modo sentía cierta presión al ser la responsable de descubrirle a Eleos todo un mundo nuevo lleno de posibilidades.

- Básicamente sirve para comunicarse con otras personas, en cualquier momento y en cualquier lugar –se encogió de hombros, pues realmente no se le ocurría otra razón.

- ¿Y no tendría más sentido comunicarse con la persona que tienes al lado? –Eleos miraba con atención a un grupo de amigos que se encontraban apostados unos al lado de otros mirando fijamente sus teléfonos sin percatarse siquiera de la presencia del resto.

- Supongo que así el mundo sería un lugar mucho mejor, pero las cosas ya no funcionan así.

Sam no pudo evitar sentirse apenada, pues su nuevo amigo le estaba haciendo ver la realidad del desastroso mundo en el que vivía. En cierto modo todo el mundo era consciente de esa realidad, pero solo un juicio tan frágil e inocente como el de Eleos suponía una dosis de realidad que incluso dolía.

- Bueno, nosotros estamos hablando –Eleos la miró sonriente-. Supongo que las cosas pueden seguir funcionando así.

Y fue entonces cuando Sam se dio cuenta de que llevaba prácticamente dos días sin hacer caso alguno a su teléfono, y todo porque había encontrado algo que llenaba su vida. Ya no necesitaba una realidad virtual

en la que apoyar su existencia; había encontrado una mucho mejor.

- Hemos llegado -dijo Sam deteniéndose ante unas pequeñas escaleras que ascendían hasta una puertecita negra enmarcada entre dos grandes ventanas, que dejaban entrever una tenue luz anaranjada al otro lado.

- ¿Qué es este lugar?

- Esta, querido amigo, es la mejor cafetería que hay en el mundo entero.

- Nunca he estado en una cafetería.

- Oh, cariño...

Y sin decir una sola palabra más, le agarró de la mano y cruzaron la puerta. Nada más entrar, el murmullo de la gente relleno el ambiente, que se enmarcaba con una suave música alternativa que salía de los altavoces ocultos en algún lugar del local. Las paredes azabache estaban decoradas con carteles de clásicos del cine de terror, los cuales se intercalaban con trocitos de espejo que reflejaban en distintas direcciones, creando una extraña sensación de continuo movimiento; las luces colgaban sobre las mesas creando un ambiente íntimo en cada uno de los espacios del lugar; al fondo se encontraba la garganta, un pasillo cubierto con una sábana negra que no dejaba ver lo que había más allá; a los lados de la garganta, se encontraban dos barras de tosca madera, cada una de ellas con un camarero atendiendo a los clientes.

Sam se acercó hasta una de las barras aún con Eleos sujeto de la mano. Al otro lado se encontraba un muchacho de apenas veinte años, colocando botellas en una estantería.

- Hola, Kai -Eleos se percató de que el tono de su voz había cambiado hacia uno más sensual, parecía como si tratase de seducir al chico que se encontraba al otro lado de la barra.

- ¡Sam, cuánto tiempo! - el joven de cabello oscuro y ojos negros se acercó sonriente hasta la barra y se apoyó para quedar lo más cerca posible de ella.

- No tanto como me gustaría.

- Oh, Sam, Sam... nunca cambiarás -Kai se mordió el labio de forma casi imperceptible y miró de reojo la mano de Sam sujetando a Eleos- Veo que tienes un nuevo amiguito. ¿Dónde te has dejado a Jack? -remarcó el nombre con cierto asco y se dio la vuelta para seguir con su labor.

- Sabes perfectamente que está aquí.

- ¿Ah, sí? –se rascó la cabeza para simular que pensaba sobre el paradero de Jack-. Ni idea, tiene una cara tan normal que no me fijaría en él ni en un millón de años –miró a Eleos de arriba abajo-. Esto es otra cosa, sin embargo. De ti sí que me acordaría.

Kai guiñó un ojo a Eleos, que miró a Sam sin comprender muy bien lo que estaba sucediendo. Ella le soltó de la mano y se acercó a la barra hasta quedar apoyada sobre ella, dejando sus pechos reposar sobre la madera de forma insinuante.

- ¿Sabes qué, Kai? No tengo todo el día –su tono sonaba juguetón e insinuante, y Eleos no pudo evitar sentirse incómodo por presenciar dicha situación.

- Podría decirte si he visto a Jack, pero si prometes llamarme para tomar algo algún día –Kai se acercó hasta quedar a escasos centímetros de la boca de Sam- Quiero decir, la última vez lo pasamos bien, ¿no?

Sam se acercó un poco más, hasta rozar la nariz de Kai con la suya, y sin previo aviso le agarró del pelo y le tiró hacia atrás con fuerza.

- He intentado ser simpática Kai, pero no me lo estás poniendo nada fácil –Kai abrió la boca en un inequívoco gesto de dolor, y Sam cada vez tiraba un poco más fuerte- Así que, ¿dónde está Jack?

- Ah... ah... vale, vale –Kai apenas podía moverse, ya que el mínimo movimiento le producía un dolor bastante desagradable- Al final de la garganta, primera mesa a la izquierda –dijo todo de carrerilla para terminar lo antes posible, y con la última palabra llegó su libertad capilar.

- ¿Ves? No ha sido tan complicado –una sonrisa autosuficiente se dibujó en la cara de Sam-. Por cierto, la última vez que te tiré del pelo, no te quejabas tanto.

Y mientras Kai se rascaba la cabeza aún dolorido ante las risas de su compañero de barra, Sam y Eleos se introdujeron en lo más profundo de la garganta en busca de Jack.

Aquello más que un pasillo, parecía un túnel hacia ningún sitio. En el techo se encontraban apostadas luces negras que pretendían guiar el camino a los que se adentraban en aquel lugar. A los lados se abrían salas en las que grupos de personas se sentaban alrededor de grandes mesas con portátiles y cantidad de papeles y libros; en otras se dedicaban a jugar a juegos de mesa de contenido bastante cuestionable; mientras que algunos simplemente iban para poder hablar de cualquier cosa y reír de

forma desorbitada sin miradas indiscretas.

Si había un lugar en el que poder ser tú mismo sin miedo a ser juzgado, sin lugar a dudas era ese. Allí nunca se hacían preguntas y cada mesa parecía un paraíso terrenal en el que poder actuar sin tapujos, y eso era lo que tanto gustaba a Sam y Jack de aquel lugar, que podían ser ellos mismos y hablar de cualquier cosa sin sentirse cohibidos o tener que dar explicaciones.

Tal y como Kai les había indicado, al final del pasillo a la izquierda se abría una lúgubre sala con tenue luz anaranjada en la que se encontraba Jack. La mesa estaba llena de libros de todos los tamaños, pero con la antigüedad como factor común.

- Por lo que veo la búsqueda ha dado sus frutos –Sam se tiró en un sillón junto a Jack, el cual se sobresaltó al escuchar a su amiga.

- Oh, hola –dijo mirando a Eleos apostado aún junto a la puerta- Estaba tan metido en esto, que no os he escuchado llegar.

- Si, nos hemos dado cuenta –soltó entre risas invitando con un gesto de cabeza a Eleos a sentarse junto a Jack- Y, cuéntanos. ¿Has encontrado algo?

- Bueno, por el momento solo he conseguido completar lo que ya sabíamos, pero no estoy muy seguro de si queremos seguir por ese camino...

- Sí, sí que queremos –dijo Eleos cogiendo un libro de la mesa- Creo que tenías razón, Jack. Creo que en alguno de estos libros podríamos encontrar las piezas que faltan para completar el rompecabezas que es mi vida.

- Pero...

- Sé lo que dije, Jack –agachó la cabeza avergonzado-. Y lo siento. Lo siento de veras.

Jack tragó saliva de forma sonora y hundió la cabeza en el libro con los colores algo subidos por la situación. Se había pasado la tarde dándole vueltas a la situación y se sentía relajado ahora que por fin se había resuelto del algún modo. Pero no había podido evitar ruborizarse ante sus palabras.

- Iba a decir que el libro está en griego antiguo –dijo Jack en un tono apenas audible- Pero está todo bien.

- Pues ahora que somos todos amigos de nuevo, voy a pedir unos cafés, porque parece que la noche de lectura va para largo –dijo Sam levantándose del sillón.

- Un momento, Sam –Eleos levantó el dedo con la intención de pararla antes de que dejase la habitación- creo que las piezas están encajando.

Jack miró con atención el libro que Eleos tenía entre las manos, y se sintió contrariado al verle pasar las páginas como si pudiese leer con facilidad el contenido.

- Eleos, ese libro es de la Grecia clásica, ¿cómo es siquiera posible que...?

- Creo que esa es precisamente la respuesta a todo –el tono de Eleos sonaba serio, pero esperanzador-. Creo que por fin he encontrado la respuesta a nuestras plegarias –Eleos levantó la cabeza del libro y les miró con el brillo de la esperanza en sus ojos- ¿Estáis preparados para escuchar mi historia?

Más en: <https://dediosesymonstruos.wordpress.com/>

Capítulo 6

El caer del libro sobre la mesa resonó en toda la estancia. Sam y Jack se pusieron más tensos, si es que era siquiera posible, pues no podían esperar más para escuchar la historia de Eleos.

- Todo comenzó hace mucho, mucho tiempo –la voz de Eleos tomó forma de narrador omnisciente en sus mentes, y los jóvenes se dejaron llevar para así poder materializar las palabras que estaban a punto de escuchar. La raza humana estaba empezando a comprender su existencia como tal, intentando entender la naturaleza y el funcionamiento del mundo. Comenzaron a construir aldeas a lo largo y ancho del planeta, e incluso ya se planteaba la idea de surcar los mares en busca de iguales.

“Fue entonces cuando el primero de nosotros llegó. Del vientre de una humana nació el primer ser de una nueva especie; quizás no demasiado distinta en apariencia, pero totalmente distinta en esencia.”

“Durante años mi especie pudo vivir en paz entre vosotros, siendo considerados chamanes, brujos, hechiceros, sacerdotes... Cualquier concepto era válido con tal de despojarnos del don de la humanidad, y concedernos una superioridad que no merecíamos.”

“Pero nadie conoce mejor a vuestra especie que vosotros mismos, y era cuestión de tiempo que una facción de humanos se alzase en contra del poder que la naturaleza nos había concedido. Nunca hicimos daño a nadie, pues en nuestra esencia estaba la bondad que la naturaleza había olvidado colocar en vosotros; pero nada de eso importa cuando la envidia toca un corazón humano.”

“Empezamos a ser cazados, masacrados, sacrificados en pos de un Dios que les concediese bienes a cambio de nuestras almas impuras. No teníamos más remedio que huir, que escondernos. Y eso fue lo que hicimos.”

“Gracias al poder de nuestro hermano Jano, conseguimos abrir una puerta a un mundo nuevo. Un mundo muy similar al que estábamos acostumbrados; pero mustio y sin vida. Sin embargo, no quedaba otra opción y no tuvimos más remedio que empezar a moldear aquel paraje hasta convertirlo en un lugar digno en el que vivir. Con esfuerzo y dedicación, y con la incuestionable ayuda de nuestros dones, conseguimos dar luz y color a nuestro nuevo hogar. Llenamos mares, hicimos crecer bosques y alzamos montañas. Incluso llegamos a tener el día y la noche como antaño habíamos tenido. Creamos un paraíso con la nada que se nos había entregado; y decidimos llamar a nuestro nuevo hogar Edén.”

“Pero a fin de cuentas, no éramos más que el siguiente paso en la raza humana. Pensamos que esta vez todo sería diferente; que los terrestres habrían comprendido que nuestra presencia solo trataba de dar equilibrio a un mundo completamente trastornado. Además, nuestra humanidad nos impulsaba a volver una y otra vez al mundo que nos había visto nacer. Y regresamos. Y las cosas habían cambiado; ellos habían cambiado.”

- Vale, espera un momento –Jack levantó las manos con cara de incredulidad-. ¿Estás diciendo que después de ser cazados como animales, volvisteis aquí para ayudarnos?

- Sí, Jack, eso es exactamente lo que acaba de decir –dijo Sam dando un manotazo en el hombro de Jack para que dejase de interrumpir la historia de Eleos-. Y ahora deja que termine de contarnos la historia, si no es demasiado pedir.

Jack se rascó el hombro con gesto ofuscado, pero se volvió rápidamente hacia Eleos.

- Y si estás diciendo que la raza humana había cambiado... -se encogió de hombros-. ¿Qué salió mal esta vez?

- ¿Por qué das por hecho que algo salió mal? –respondió Eleos.

- Porque tuvisteis que volver a Edén, y eso solo puede significar que todo se fue a la mierda una vez más.

- En eso tienes razón –se encogió de hombros y continuó relatando la historia-. Lo cierto es que volvimos al que había sido nuestro hogar durante tanto tiempo y todo parecía haber cambiado, pero para mejor. Los grandes imperios comenzaban a surgir, y muchos de nosotros estábamos ahí para ayudarles a avanzar, a seguir la senda adecuada para la evolución de la raza. Levantamos pirámides y ciudades, les dimos educación y filosofía, impulsamos las artes, les dimos razones para creer en un mundo mejor guiado por la democracia y la igualdad.

Eleos bajó la mirada con semblante serio, como si recordar aquella parte de la historia fuese algo realmente doloroso para él. Se notaba que estaba haciendo un esfuerzo muy grande reviviendo todo aquello, pero era algo necesario si querían comprender lo que estaba pasando, y sobretodo si querían tener alguna posibilidad de encontrar a Elpis.

- Y entonces, ¿qué pasó? –Sam sonaba temerosa de preguntar eso, pues no quería ejercer demasiada presión en su amigo, pero la curiosidad era demasiado fuerte.

- Nosotros pasamos –hizo una pausa y tragó saliva de forma sonora-. Se empezaron a escuchar historias de pueblos antiguos que habían creado

religiones en torno a dioses todopoderosos que les ayudaban realizando increíbles hazañas; y muchos de los nuestros pensaron que debía tratarse de otros de nuestra especie que habían nacido tras nuestra marcha.

“Parece ser que la naturaleza no nos otorgó solo el don de la bondad, pues el ansia de poder empezó a llenar los corazones de unos cuantos. Los humanos empezaron a construir templos para venerarnos y colmarnos de regalos por nuestra ayuda; y los que antaño habían sido hermanos, ahora trataban de demostrar que eran los más poderosos.”

“El Edén se dividió en dos bandos: los que querían mantener su humanidad y vivir en igualdad de condiciones, y aquellos que querían vivir una vida de superioridad y ser considerados dioses. Y de este modo se desató una gran guerra civil que duraría años.”

“Por suerte, Atenea estaba de nuestra parte en todo esto, y no consideraba que la Tierra fuese el escenario de batalla adecuado para solventar las rencillas internas de nuestra raza. De este modo, convenció a todos los involucrados en librar una batalla en Edén que decidiría el destino de nuestra especie.”

“La guerra se llevó muchas vidas consigo, pero terminó con la victoria del mando que apoyaba mantener la humanidad. Sin embargo, se declaró un toque de queda que impedía que ninguno de nosotros cruzase al otro lado sin un consentimiento previo del Gran Consejo.”

- ¿Así que te han concedido permiso para venir a buscar a tu hermana?

Jack parecía buscar una conexión entre todo aquello y el momento en el que se encontraban, pero Eleos negó rotundamente.

- Ojalá ese fuese el final de nuestra historia, Jack. Pero todavía queda lo peor –tomó aire, tratando de recuperar un poco la compostura antes de entrar en la recta final de su historia-. Como he dicho, se declaró un estricto toque de queda, y visitar este planeta era algo técnicamente imposible. Pero no podemos olvidar que uno de nosotros tenía el don de viajar entre mundos, y para él aquella restricción no era más que un juego de niños.

“Nadie lo sabía por aquel entonces, pero Jano había quedado prendado de una joven terrestre, y cada vez que podía se escapaba para verla. Lo que ninguno previó fue que ella quedase embarazada de él, ya que la mujer estaba casada y aquello podía suponer su misma muerte.”

- Oh, Dios –los ojos de Sam se abrieron de par en par mientras escuchaba la historia avanzar-. Algo me dice que ya hemos escuchado esta historia,

Jack.

Jack la miró sin comprender a lo que se estaba refiriendo, y Eleos asintió comprendiéndola a la perfección.

- Apuesto a que sí, Sam. Y es que aquella bella dama, decidió inventarse una historia para contar a su marido con el fin de salvarse del peor de los destinos.

- Y le dijo a su marido que un ángel le había concedido el honor de ser la madre del hijo de Dios –susurró Jack empezando a comprender a lo que se estaban refiriendo.

- Exactamente –señaló Eleos-. Ella contó que se había convertido en la portadora del hijo de Dios, y en parte no era una mentira, pues ella estaba convencida de que solo un Dios sería capaz de viajar entre mundos del modo que Jano lo hacía.

“Y llegó el día de su nacimiento. Ese día que marcó un antes y un después en la historia de vuestra especie, pues nació entre bestias el hijo de Dios. Pero como ya sabemos, la raza humana no lleva bien que se amenace su poder; y esta vez no iba a ser diferente. Un despiadado rey de la época mandó matar a todos los niños que habían nacido en aquellos tiempos, más el hijo de Jano se salvó de aquella masacre y terminó por convertirse en todo un hombre.”

“Aquella historia no terminó bien para nuestro hermano, pues el Consejo se enteró de que había estado viajando sin consentimiento hasta el mundo de los mortales y fue castigado a la eternidad en una oscura prisión.”

“Pero una vez más, se había subestimado el poder de Jano, y es que incluso desde aquella prisión fue capaz de comunicarse con su hijo para hacerle saber que le veía desde algún lugar muy lejos de allí y que siempre estaría a su lado.”

“Sin embargo, esto no hizo más que alimentar la fantasía que su madre llevaba contándole desde que no era más que un niño; y eso, unido a los dones naturales con los que había nacido, pues a fin de cuentas era uno de los nuestros; le hicieron creer que realmente era el hijo de un único y verdadero Dios. Y el resto, es historia.”

- Le crucificaron –la voz de Sam sonaba perturbada.

La historia de Eleos era lo más increíblemente horrible que habían escuchado en toda su vida. Todo aquello desacreditaba cualquier creencia religiosa habida y por haber, y lo único que demostraba es que todo el odio y el miedo que aquellas religiones habían traído al mundo no eran

más que fundamentos y creencias humanas creadas con el único objetivo de destruir cualquier atisbo de esperanza.

- Pero la historia cuenta que resucitó al tercer día –apuntó Jack-. ¿Le mataron realmente o alguien hizo algo para impedirlo?

- Nadie pudo hacer nada, porque nadie sabía lo que estaba pasando realmente aquí abajo –la voz de Eleos denotaba tristeza-. Pero cuando se supo, hubo una pequeña revuelta por parte de los hermanos más cercanos a Jano, y obligaron al Consejo a traer de vuelta el cuerpo sin vida de su hijo para poder enterrarlo entre los nuestros.

- ¿Y qué pasó después? –preguntó Jack sin tregua.

- Después de eso, a Jano se le autorizó a asistir al rito de enterramiento de su hijo y no pudo soportarlo. Así que selló el Edén con todos dentro y se quitó la vida para arrebatarnos la única llave que nos permitía volver.

Sam y Jack se quedaron sin palabras y no pudieron más que mirarse el uno al otro con los ojos abiertos de par en par. Se sentían como dos niños a los que les estaban contando el mejor de los cuentos jamás contados; pero con el aliciente de que ya no eran unos niños, y ese cuento no era más que la historia de un mundo que creían conocer.

- Por eso todo el mundo pensó que había resucitado –comenzó Jack.

- Porque su cuerpo desapareció de la nada, porque ellos se lo llevaron al Edén –completó Sam.

- Oh, eso es otra pregunta que tengo que hacerte. ¿Cómo es posible que una de las historias que narran la palabra de Dios hable del Edén?

- Supongo que Jano le hablaría a su hijo de nuestro hogar durante sus charlas, y él debió de contárselo a la persona que escribió su historia –Eleos pareció intrigado al escuchar la pregunta de Jack-. Me gustaría echarle un vistazo a ese libro, si tenéis acceso a algún manuscrito.

Los chicos se echaron a reír ante las palabras de Eleos, que parecía no comprender qué les resultaba tan gracioso. Sam simuló pensar sobre la posibilidad de encontrar un ejemplar.

- Sí, estoy segura de que alguno podremos encontrar.

Se levantó de un salto y comenzó a amontonar los libros con el fin de recogerlos para salir de vuelta a casa, pero Jack seguía apoltronado en el sillón con semblante serio y mirada perdida.

- ¿En qué piensas, Jack?

El joven salió por un momento de su letargo al escuchar su nombre y miró a su amiga sin terminar de comprender la pregunta, pero no tardó en recapacitar y volver al mundo real.

- Estaba tratando de resolver la ecuación, pero aún me falta una parte de la historia para terminar de comprender todo esto –miró a Eleos con intensidad, tratando de escrutar lo más profundo de su ser en busca de la respuesta a la pregunta que estaba a punto de formular-. Si Jano selló vuestro mundo y era la única llave de paso, ¿cómo es posible que Elpis y tú hayáis llegado hasta aquí?

Sam pareció interesarse por saber la respuesta a aquella pregunta, y se sentó de nuevo en su sitio dispuesta a escuchar el resto de la historia de Eleos.

- Es usted un chico muy curioso, señor Jack –su tono sonaba jocoso ante el aluvión de preguntas que estaba recibiendo del muchacho-. Me gusta.

Una sonrisa perfecta se dibujó en su rostro y Jack no pudo evitar bajar la mirada algo avergonzado. Sam estaba disfrutando de la situación y una sonrisa pícaro se dibujó en su rostro.

- Nada es para siempre, y el poder de Jano no iba a ser menos –se encogió de hombros como dando por hecho aquella afirmación-. Con el paso del tiempo, empezaron a abrirse brechas en algunas zonas de nuestro mundo y algunos de nosotros tuvimos la posibilidad de cruzarlas.

“En mi caso, Elpis y yo llevábamos meses planeando nuestra huida de Edén, pero en el último momento fuimos descubiertos y tuve que quedarme para cubrir las espaldas de mi hermana y así hacer posible que al menos uno de los dos cruzase al otro lado y tuviese la posibilidad de llevar una vida digna.”

- ¿Y por qué volver al lugar que tanto daño hizo a vuestro pueblo?
–prosiguió Jack.

- Queríamos venir a vuestro planeta para reencontrarnos con nuestra madre, Nyx –el semblante de Eleos se endureció una vez más. Se notaba que era un tema complicado.

- No tienes que hablar de ello si no quieres, Eleos –dijo rápidamente Sam, viendo que Jack estaba preparado para lanzar otra pregunta.

Jack miró a su amiga y se percató entonces de que Eleos no estaba cómodo hablando del tema, así que asintió dando la razón a su amiga y se

tragó sus palabras.

- No, está bien –Eleos se recompuso un poco y continuó-. Mi madre decidió quedarse aquí cuando empezó la guerra entre los de nuestra especie, ya que mi padre quería pasar el resto de su vida reinando como si de un ser superior se tratase. Ella no pudo soportar la situación. Así que, cuando todos volvimos a Edén para librar la batalla definitiva, ella desapareció y no volvimos a saber nada.

“Son muchos los que la han buscado, pues desde que desapareció no ha vuelto a haber noche en el Edén, y la gente echa de menos el frescor de las estrellas. Pero nadie ha sido capaz de encontrarla.”

- Lo siento mucho, Eleos –dijo Sam levantándose del sofá para ir a mostrarle su apoyo.

- Lo siento, tío –Jack le dio un par de golpecitos en la rodilla, pero no tardó mucho en lanzar una nueva pregunta-. Pero, tengo una última pregunta antes de zanjar todo este asunto.

- ¡Jack!

- ¿Qué?

Sam saltó del asiento indignada con la indiscreción de su amigo y Jack la miró sin comprender lo que estaba haciendo mal. Eleos solo pudo reír ante la situación y miró a Jack con ternura, pues comprendía que no había mala intención en sus palabras.

- No pasa nada, Sam –trató de quitar hierro al asunto-. Soy todo oídos.

- Bien –remarcó mirando a Sam para demostrar que no estaba haciendo nada malo-. Entonces, si todos los tuyos tienen una especie de don natural que les acompaña y les hace especiales. ¿Cuál es el tuyo?

Jack no pudo evitar sonreír al formular la respuesta. Sam, por su lado, parecía contrariada pues le parecía una pregunta imprudente pero al mismo tiempo estaba deseosa de conocer la respuesta.

Eleos les miró intermitentemente, tratando de hacerse el interesante y creando algo de tensión antes de dar la respuesta que sabía ambos ansiaban.

- Yo tengo el don de la empatía y la misericordia –y sin lugar a replica, añadió-. Que sé que no parecen demasiada cosa, pero son más importantes de lo que pensáis. Es más, vosotros disponéis de estas

habilidades naturales porque yo os las enseñé en su día.

Sam parecía extasiada ante los poderes que Eleos poseía, pues le parecían dignos de su persona y le hacían comprender muchas cosas sobre su comportamiento. Miró a Jack en busca de una reacción y se percató de que su cara no inspiraba la misma clase de convicción, lo que le produjo un nudo en el estómago por miedo a lo que su amigo estuviera a punto de soltar.

- Pues no quiero ser grosero, pero no sé hasta qué punto llegaste a cumplir con tu propósito –Jack se encogió de hombros-. Creo que son dos de las características más ausentes en nuestra esencia.

La boca de la joven se abrió de par en par ante el comentario de Jack y le lanzó el primer libro que tuvo a mano. Por suerte para este, la puntería de su amiga dejaba mucho que desear y el libro pasó rozándole la oreja. Jack la miró sin terminar de comprender a qué había venido aquella agresión tan gratuita; mientras que Eleos no pudo evitar reírse al ver las distintas reacciones de sus nuevos amigos.

- Eso te lo concedo, Jack –respondió entre risas-. Pero te aseguro que es muy difícil plantar algo en un suelo que ya está podrido.

- Estamos de acuerdo –respondió el muchacho con una sonrisa torcida en el rostro.

- Sí, todos estamos de acuerdo en todo, pero yo creo que va siendo hora de que movamos el culo y nos vayamos a casa a dormir, que no recuerdo la última vez que estuve más de tres horas seguidas en una cama –dijo Sam empezando a recoger los libros que tenía más a mano.

- Creo que es la mejor idea que has tenido en toda tu vida, cabeza buque.

- Querrás decir la segunda, ¿o he de recordarte cómo metimos a Eleos en casa sin que nadie nos viera?

La sonrisa de Eleos se deshizo en confusión en apenas un abrir y cerrar de ojos.

- Un momento, ¿cómo metisteis a Eleos en casa sin que nadie os viera? –preguntó el joven suponiendo que no se podía tratar de nada bueno.

Jack y Sam se miraron un segundo y empezaron a reírse a carcajadas, mientras que Eleos les miraba alternativamente en busca de una respuesta que no iba a llegar.

- Yo tengo una pregunta mejor –dijo Jack aún entre risas-. ¿Qué hacemos ahora?

- Supongo que ahora toca encontrar a tu hermana, ¿no? –Sam miró a Eleos, el cual asintió de forma casi imperceptible.

- Pues manos a la obra –dijo Jack poniéndose en pie-. Ha llegado el momento de encontrar a Elpis.

Más en: <https://dediosesymonstruos.wordpress.com/>

Capítulo 7

Dos semanas después

La pantalla del ordenador se encendió acompañada de una música que ella bien conocía. Su madre la estaba llamando tras mucho tiempo sin verse, y estaba segura de que no podía salir nada bueno de aquella conversación. Pero lo cierto era que la echaba demasiado de menos, y con bronca o sin ella, tenía muchas ganas de hablar con su familia.

Sam respiró hondo y se acicaló un poco mientras notaba como se le aceleraban las pulsaciones. Las últimas dos semanas había estado demasiado ocupada buscando a la hermana de Eleos como para pararse a mantener una de sus rutinarias charlas nocturnas, y estaba segura de que eso les había pasado factura. A estas alturas no recordaba cómo mantener una conversación decente con su madre, y mucho menos teniendo en cuenta todas las mentiras que había estado contando para evadir aquel momento.

Se grapó una sonrisa en la cara y sin pensarlo dos veces, aceptó la llamada de su madre. Su cara se materializó al otro lado, con gesto compungido.

- Estaba empezando a pensar que no me lo ibas a coger –miró fijamente a la pantalla y no pudo evitar sonreír al ver el rostro de su hija después de tanto tiempo-. Mírate, estás preciosa –añadió.

- Mamá... -Sam apartó la mirada algo avergonzada y un leve rubor se posó en sus mejillas-. ¿Cómo va todo?

- Ya sabes cómo funciona esto, aquí las cosas no cambian por mucho tiempo que pase –modificó la voz hasta ubicarse en el melodrama y se puso a interpretar de forma exagerada-. Estamos tan bien como se puede esperar de dos viejas abandonadas por su más joven descendencia.

- ¿Viejas? –preguntó una voz proveniente de algún lugar cercano a la madre de Sam-. Habla por ti, querida. Yo estoy estupenda.

La figura de una dulce señora se materializó junto a su madre, y miró a la pantalla con ternura.

- ¡Abuela! –exclamó Sam con los ojos inundados en lágrimas-. ¡Qué alegría verte!

- Gracias por la parte que me toca –su madre parecía molesta por la reacción de Sam al ver a su abuela, pues con ella no había sido siquiera parecida-. Si queréis os dejo solas para que os pongáis al día y yo me quito de en medio.

- Mamá, por mucho que llevemos sin vernos, recibo un mensaje tuyo prácticamente cada hora del día; no me da tiempo a echarme de menos.

Su madre se puso a hacerle burla al otro lado ante la atónita mirada de su abuela, mientras que Sam no pudo más que sonreír. Echaba de menos aquellos momentos con su familia, pues no le quedaba nadie más en el mundo y le resultaba doloroso pensar en perder a alguno de los dos pilares que sostenían su vida.

Siempre habían sido ellas tres contra el mundo, luchando juntas contra las adversidades. No habían necesitado nunca a nadie y ellas mismas se habían bastado y sobrado para salir adelante.

Su madre, Elena, había entrado recientemente en los cuarenta, pero a pesar de ello tenía una jovialidad que muchos de su edad desearían. Su cabello cobrizo se arremolinaba sobre su cabeza y caía a los lados formando una espesa capa de pelo que a veces dificultaba ver la belleza que escondía; sus ojos eran azules como el mismísimo cielo; y su aspecto era frágil y delicado, como si de una muñeca de porcelana se tratase. Muchas veces tenía miedo de que pudiese romperse en mil pedazos, pero nada más lejos de la realidad, pues había conocido a pocas personas más fuertes que ella. Es más, quizás solo se le ocurría una persona con más agallas que su madre, y esa no era otra que su abuela, Nova. La anciana estaba cada vez más cerca de cumplir ochenta años, y sin embargo tenía más energía que ella misma. Siempre tenía una sonrisa que ofrecer al mundo, y estaba dispuesta a ayudar a todo aquel que la necesitase. En el vecindario se había convertido en una persona realmente querida, y es que sus tardes de té con pastas no pasaban desapercibidas para nadie; todo el mundo estaba siempre dispuesto a asistir a una de sus características meriendas de media tarde. Sus ojos eran fríos como el acero, pero su sonrisa era tan cálida como un abrazo. Su cabello hacía mucho que estaba nevado y el paso del tiempo había hecho mella en su piel, pero aún y con eso se podía apreciar que antaño había sido tan bella como el mismísimo firmamento.

- ¿Y tú qué tal llevas todo, cariño? ¿Algo nuevo que contar? –el tono de voz de su madre sonaba jocoso, como si la respuesta a aquella pregunta fuese evidente.

Sam sintió cómo se le subía la sangre a las orejas y se le calentaban en cuestión de segundos a causa de los nervios. No sabía mentir, y mucho menos a su madre, y mucho menos en vivo y en directo. Estaba casi segura de que le iban a pillar en la mentira, y no podía contarles nada

sobre Eleos si no quería que la tomaran por loca. Jack ya dudó en su día de ella, y si a su mejor amigo le había costado comprender todo aquello, no quería imaginarse lo que sucedería si se lo contaba a ellas.

- ¿Qué? –no tenía apenas voz-. No –carraspeó-. ¿Por qué lo dices?

- Bueno, mi niña –la voz de su abuela sonaba dulcemente acusatoria-. Llevas dos semanas desaparecida y por lo que estoy viendo, estás radiante. Eso quiere decir que podemos descartar los problemas con las drogas o con bandas callejeras, y tenemos que poner sobre la mesa la posibilidad de que haya por ahí alguien especial.

Ambas se miraron y sonrieron con picardía, pues por mucho que Sam dijera, estaban convencidas de que había conocido a alguien y esa era la razón por la cual había estado tan ausente las últimas semanas.

- Un momento, un momento –puntualizó Sam levantando el dedo para acallar las teorías que se maquinaban al otro lado del aparato-. ¿Drogas y bandas callejeras? ¿Pero qué? –su cara se contrajo en un gesto de incompreensión condimentado con algo de indignación-. ¿Por qué clase de delincuente me habéis tomado?

Elena miró a Nova con reproche por haber soltado semejante comentario ante Sam, y pasó a un semblante más dulce para quitar hierro al asunto.

- Cariño, ya sabes que a veces me preocupa que la vida en la ciudad pueda ser demasiado. Además, no sabemos realmente con qué clase de gente te relacionas además de Jack, y tenemos miedo de que puedas ser influenciada por...

- Mamá –le cortó antes de que continuase con aquel ridículo discurso-. Jack es mi único amigo –se encogió de hombros-. Triste, sí, pero cierto. Así que no tienes de qué preocuparte, de verdad.

Sam pudo notar como ambas se relajaban ante sus palabras, pero no tenía pinta de que aquel alegato les fuese a hacer olvidar el tema que realmente habían sacado a relucir.

- Entonces, ¿has conocido a alguien? –apremió Nova acercándose a la pantalla para tratar de leer el rostro de su nieta en busca de la verdad.

- No –trató de mantenerse firme y de no reírse.

- Bueno, si tú lo dices...

- ...tendremos que hacer como que nos lo creemos –su madre miró a Nova

y ambas asintieron.

- Vaya par de brujas estáis hechas –dijo Sam entre risas al ver lo compinchadas que podían llegar a estar madre e hija-. Oh, por cierto. ¿Llegó hasta casa la tormenta de hace un par de semanas? –trató de dejar caer la pregunta como si de una conversación casual se tratase, pero tenía pensado preguntarles eso desde hacía tiempo, y hasta ese momento no había tenido ocasión de hacerlo.

Nova y Elena se miraron sin comprender muy bien a qué se refería la joven, y comprobaron en el ordenador la fecha a la que se estaba refiriendo Sam.

- No, no me suena que hubiese ninguna tormenta –respondió Elena.

- ¿Por qué, cielo?

- Nada de lo que preocuparse –respondió Sam agitando la mano para restar importancia al asunto-. Pero me sorprende que no haya salido siquiera en las noticias, con el espectáculo de luces que hubo en el cielo.

Sintió la mirada del juicio al otro lado de la pantalla, y entonces comprendió lo raro que podía quedar toda aquella conversación sin haber presenciado el acontecimiento en sí mismo.

- Rayos. Muchos rayos –aclaró.

Las tres se quedaron en silencio mirándose sin saber muy bien qué decir, pero el sonido de las llaves encajando en la cerradura significó la salvación de Sam, que rápidamente comenzó a despedirse con la mano de ellas.

- Llega Jack con la comida, hablamos pronto, ¿vale? –Elena y Nova trataban de impedir que colgase alegando que querían saludar a Jack, pero el problema venía con él y no tenía intención alguna de presentar a su familia al joven caído del cielo-. Os quiero mucho. Muack, muack, muack –y lanzando besos a la pantalla, sin tregua alguna, colgó la llamada.

La puerta de casa se abrió de golpe y los chicos entraron entre carcajadas y cargados de bolsas. Eleos llevaba el pelo enfundado en un gorro de lana que le daba un aspecto incluso más atractivo de lo que estaba acostumbrada; una gabardina gris cubría el resto de la ropa, llegando hasta prácticamente los tobillos, y dejando únicamente ver unas deportivas blancas que daban un aire fresco al conjunto. Jack sonreía como hacía mucho que no le veía sonreír, dejando así ver su perfecta y blanquecina dentadura; llevaba el pelo despeinado, como de costumbre. Su amigo vestía algo más informal, llevando unos pantalones ajustados negros y una sudadera ancha que le tapaba hasta los cachetes. Verlos

juntos era toda una escena, pues se trataban del agua y el aceite, sin embargo parecía lo más natural del mundo; como si hubiesen nacido para ser amigos.

- ¿Qué me he perdido?

Sam los miraba desde el piano sonriente pero algo irritada, pues no le terminaba de convencer el perderse aquellos momentos con sus amigos. Le encantaba ver a Jack y Eleos afianzando su amistad, pero no podía evitar sentirse desplazada en toda aquella historia.

- Tenías que haber visto su cara cuando el Señor Saltzman ha empezado a hablar desde el otro lado de la puerta –ambos rompieron a carcajadas de nuevo ante el intento de risa de Sam-. En serio, ha sido genial. Sé que no es lo mismo contarlo que vivirlo, pero... -otra carcajada siguió, impidiendo a los chicos apenas pronunciar palabra.

- Menudo cabronazo estás hecho –soltó Eleos aún con la respiración entrecortada.

Sam y Jack le miraron boquiabiertos sin saber muy bien cómo reaccionar.

- Definitivamente estás pasando demasiado tiempo con nosotros –Sam se levantó del piano y se sentó en mitad del sofá, dejando el hueco exacto para tener a cada uno de los chicos a los lados.

Se acercaron con las bolsas hasta la mesa y comenzaron a vaciarlas. Habían comprado comida casera para llevar, pues con todo el tema de la investigación habían olvidado salir a comprar. Además, así se ahorran el tiempo perdido que suponía cocinar y recoger la cocina cuando tenían aún tanto por hacer.

- Oye Sam, ¿te importa echarte a un lado para que nos pongamos Eleos y yo juntos? –la joven sintió como si le patearan el pecho dejándola apenas sin respiración, y a regañadientes se echó a un lado-. No es por nada, pero hemos comprado un par de cosas para compartir y así nos pilla todo más a mano.

Sam sonrió sin ganas, evitando cualquier tipo de contacto visual para que su amigo no se diese cuenta de que la situación estaba dejando de parecerle graciosa.

Durante aquellas dos semanas, Sam había quedado irremediabilmente cautivada por Eleos, pues con el paso de los días se había dado cuenta de que su personalidad era incluso más increíble que su aspecto; lo cual era mucho pedir incluso para aquel ser celestial. Había intentado quedarse con él a solas en varias ocasiones, pero Jack no parecía muy dispuesto a abandonarles lo que durase aquella misión. Además, Eleos había tomado

la costumbre de acompañar a Jack a todos sitios para así poder conocerle mejor, ya que era con el que más problemas había tenido en un primer momento. A Sam aquello le había parecido una grandiosa idea cuando él se la planteó hacía ya dos semanas, pero ahora se sentía desubicada en algún lugar entre aquel chico y su mejor amigo.

La sensación de calidez fue la primera pista que la joven recibió de que algo no iba bien. Salió de sus más profundos pensamientos por un momento, y comenzó a notar como su camiseta se empapaba más a cada segundo que pasaba. Eleos cogió una servilleta lo más rápido que pudo e intentó secar la camiseta de Sam, que sin mediar palabra se levantó del sofá de un salto y desapareció camino al cuarto de baño.

Los muchachos se miraron sin comprender lo que acababa de pasar, y Jack frunció el ceño con la mosca detrás de la oreja, pues sabía que aquel comportamiento no era para nada usual en ella. Jack vio cómo la cara de Eleos empezaba a descomponerse y empezó a sentirse terriblemente mal, ya que todo había sido culpa suya.

- Vale, voy a hablar con ella porque esto ha estado completamente fuera de lugar –Jack se levantó de un salto del asiento y se disponía a seguir a su amiga cuando Eleos le agarró del brazo.

- Siéntate y come –su tono sonaba calmado, cauto. Se notaba que intentaba mantener la paz pues sabía que si los dos amigos se encontraban a solas en el cuarto de baño se podía desencadenar una catástrofe de dimensiones épicas-. Yo me ocupo de esto.

La vena del cuello de Jack seguía bombeando sangre por la mezcla de sentimientos que tenía en aquel momento, pero sabía que Eleos era el más indicado para llevar aquella situación, así que asintió y volvió a su sitio sin mediar palabra.

El agua corría sin cesar mientras Sam restregaba la mancha de la camiseta con jabón. Tenía los ojos empañados en lágrimas por segunda vez aquel día y ni siquiera sabía a qué se debía. Se sentía rara, confusa, con ganas de reír y llorar al mismo tiempo, con la necesidad de gritar durante un tierno gesto de cariño.

Una cálida mano se posó sobre su hombro y no pudo evitar sentir un escalofrío recorriéndole la espina dorsal. Se giró de golpe y se abrazó a Eleos, que se había situado silenciosamente a su espalda. Se quedaron unos segundos abrazados y sintió un ápice de alivio por primera vez en varios días.

- Lo siento –susurró-. Sé que he sacado la situación de quicio, pero no era

mi intención.

- Lo sé –la apretó con fuerza para suavizar su pesar.

Sam levantó la cabeza y le miró con dulzura. Aún tenía los ojos empañados en lágrimas, lo que había hecho que el azul de sus ojos se tornara grisáceo, dándole un aspecto algo más añorado. Miraba alternativamente sus ojos y sus labios, mordiendo inevitablemente los suyos propios, deseosa de probar aquello que tanto tiempo llevaba esperando.

- Tengo que probar algo –fue todo lo que dijo.

Se puso de puntillas y en un movimiento fugaz le besó. Fue un beso dulce como el néctar en primavera, cálido como una tarde de verano, suave como la espuma en invierno y efímero como el verdor en otoño. Para ella aquel beso podría haber durado toda la vida, pero Eleos se separó lentamente y dio un par de pasos atrás.

- Sam... -y ahí estaba, a punto de llegar.

- No –dijo Sam alejándose de él avergonzada.

- Sam... -repitió.

La muchacha se echó las manos a la cabeza incapaz de mirarle a la cara. Eleos había lanzado contra ella la losa de la condescendencia y no sabía si sería capaz de soportar aquella carga. No ahí, no ahora.

- Lo siento mucho –fue todo lo que pudo decir aún con la cabeza hundida entre sus puños-. No sé lo que me está pasando, Eleos. No duermo por las noches, me paso el día en una montaña rusa de sentimientos, apenas soy capaz de reconocermme cuando me miro al espejo... -un quejido fue seguido de un mar de lágrimas que ni ella misma comprendía.

Eleos se acercó y le quitó las manos de la cara lentamente; le levantó la cabeza con cariño, y trató de secar las lágrimas acariciando su mejilla con el pulgar.

- ¿Me estoy volviendo loca? –preguntó tratando de esquivar su mirada, pues no sabía si sería capaz de superar la pena en sus ojos.

- Sam, no te estás volviendo loca –soltó una risita forzada ya que él sabía exactamente lo que estaba pasando, y no podía soportar ver a Sam en aquella situación por su culpa. Había llegado el momento de contarle la verdad; se la merecía-. Todo esto que te está pasando, es culpa mía –hizo una pausa mientras Sam negaba apesadumbrada, pues seguía pensando que sus palabras venían con el vago intento de hacerla sentir mejor-.

Estás sintiendo lo que yo estoy sintiendo, Sam. Todo lo que está pasando en tu cabeza, es lo que está pasando en la mía; y todo es culpa de mi don.

Levantó la cabeza poco a poco sin terminar de comprender lo que intentaba decirle. Se encontró con su mirada, y se dio cuenta de que no transmitían pena o condescendencia, sino miedo.

- ¿Qué quieres decir? –su voz era apenas un susurro que quedaba ahogado por el sonido del agua que brotaba tras ella.

- Quiero decir que, desde que llegué, no he sido capaz de controlar mi don como me gustaría –tragó saliva de forma sonora-. Y por lo que veo, has sido la nueva víctima de mi incompetencia.

- ¿Quieres decir que ya te ha pasado antes?

Eleos asintió de forma casi imperceptible.

- Fue justo en esa habitación de ahí –señaló al dormitorio de Sam-, el día que Jack encontró toda aquella información. ¿Recuerdas aquella pelea sin sentido que tuvimos? Bueno, pues fue culpa de mi don –se separó de Sam y empezó a mover las manos enérgicamente tratando de justificarse-. Empezó a venirme la información de golpe, y entonces recordé todo lo que había sucedido la última vez que alguien decidió considerarnos dioses; y Jack estaba ahí, insistiendo en ello y exploté –pausa-. Y Jack explotó conmigo.

Se notaba que era algo que Eleos llevaba tiempo guardando y que no terminaba de perdonarse, a pesar de que para Sam no era más que una tontería que había sucedido por obra y arte del destino, y de la que nadie tenía que ser culpado.

El silencio se había hecho entre ellos, solo roto por el caer del agua que fluía sin descanso.

- Nadie te culpa por ello, Eleos –se acercó hasta acariciar su brazo con ternura-. No entendemos cómo funciona tu don, y no podemos pretender que tú sepas controlarlo dada la situación –hizo una pausa y se quedó pensativa, pues aún faltaba una cuestión por resolver-. Pero, ¿cómo has sido capaz de estar bien todo este tiempo si por dentro estabas tan jodido como yo?

- Porque, de un modo u otro, he bebido de tus emociones para contrarrestar las mías –se alarmó por cómo había quedado aquella afirmación-. Pero sin darme cuenta, todo esto lo estoy comprendiendo

ahora, contigo.

Miró alrededor pensativa y tragó saliva de forma sonora ya que tenía que realizar la pregunta del millón, y no estaba muy segura de cómo hacerlo para que no quedase demasiado mal.

- Entonces, ¿yo creía que sentía algo por ti porque tú crees que sientes algo por mí? –notó cómo se sonrojaba ante aquella pregunta, deseosa de que la respuesta fuese negativa para poder olvidar todo aquel asunto y no tener que continuar con aquella situación tan incómoda.

Eleos se quedó pensativo unos segundos, elaborando muy bien la respuesta. No quería tener que arrepentirse de sus palabras.

- No exactamente.

- ¿Qué quiere decir no exacta...? –y fue entonces cuando se dio cuenta de lo que estaba sucediendo en la cabeza de su amigo; lo que le estaba taladrando de aquella forma y le hacía sentirse irascible; lo que estaba haciendo que no pudiera dormir por las noches, y que cada dos por tres sintiese un irremediable ataque de celos-. Oh.

- Lo sé.

- ¿Y cuándo te diste cuenta de que...?

- No lo sé –respondió Eleos sin dejar tiempo a que terminase la pregunta-. Supongo que no me he querido dar cuenta hasta ahora.

- ¿Él lo sabe?

- No.

- ¿Tienes la intención de decirle algo?

- No.

- ¿Por qué no? –Sam no terminaba de comprender la situación, ya que ahora que estaban hablando de ello, ni siquiera le sorprendía.

- ¿Qué? ¿Cómo que por qué no?

Sam se paró a pensar en los acontecimientos de las últimas dos semanas; en cómo su amigo había cambiado hacia un perfil mucho más feliz y risueño; en cómo se habían compenetrado como si estuvieran destinados a estar juntos desde el comienzo de los tiempos; en cómo no había querido abandonar su casa desde que todo comenzó. Y fue entonces

cuando aquella historia cobró sentido.

- Tienes que hacerlo –espetó Sam-. Creo que él está en la misma situación que tú, y me parece absurdo.

- No lo creo –negó tajante tratando de autoconvencerse-. De verdad que no.

- Eleos, le conozco mejor que a mí misma –le cogió por los brazos y le acarició tratando de tranquilizarle, pues se le notaba algo tenso con toda aquella conversación-. Le he visto fracasar una y otra vez en relaciones con chicas que nunca fueron capaces de llenarle porque no eran lo que él necesitaba para ser feliz –hizo una pausa y se encogió de hombros-. Y desde que te conoció, todo eso ha cambiado.

- ¿De verdad? –un brillo color esperanza pareció centellear en sus pupilas-. Quiero decir, no me gustaría meter la pata.

- No lo harás –sonrió llena de felicidad, pues toda aquella presión en su cabeza se había disuelto. Ya no se sentía confusa, ni irascible y por supuesto, tenía claro que todo el tema de Eleos no había sido más que una jugarreta de la empatía.

- Bueno –se revolvió recolocándose la camiseta y carraspeando para no parecer demasiado emocionado ante las palabras de Sam, pero lo cierto es que se acababa de abrir ante él un nuevo mundo de posibilidades-. Ahora mismo no creo que sea el momento de hacer nada al respecto. Estamos en el punto álgido de nuestra búsqueda, y no me parece justo someterle a una situación tan incómoda estando tú presente.

Sam se quedó pensativa unos segundos y una pequeña bombillita se encendió sobre su cabeza, iluminando la opción que iba a beneficiar a todo el mundo en aquella situación.

- Eso no será ningún problema –respondió pícaro-. Porque creo que nos hemos ganado un merecido descanso después de dos semanas sin parar de leer artículos y de rebuscar en bibliotecas; y resulta que yo tengo una cita pendiente.

- ¿Una cita? ¿Con quién?

- Eso es lo de menos; lo importante es preparar la cita que vas a tener tú.

- ¿iYo!? –su voz sonó más fuerte de lo que le hubiese gustado y rebajó el tono para reiterar su pregunta-. ¿Yo? No sé en qué momento la conversación ha derivado en todo esto, pero creo que tenemos que hacer un pequeño borrado de todo lo sucedido y seguir con nuestras vidas como

si nada hubiese pasado.

- Oh, de eso ni hablar –frunció el ceño y levantó el índice de forma automática, como haría una madre para castigar las fechorías de su hijo-. Dilo.

- ¿Que diga el qué?

- Que te gusta.

- No.

- Dilo o no saldremos de aquí hasta que venga él mismo a buscarnos –Sam sonreía autosuficiente, pues se encontraba en poder en aquella situación y no pensaba permitir que Eleos volviese a aquella espiral de autodestrucción que ella tan bien conocía.

- Eres maquiavélica –no pudo evitar dejar escapar una sonrisa. La situación le daba algo de vergüenza, pero también era de agradecer que Sam le estuviese ayudando a tomarse las cosas con otra filosofía-. ¿Qué tengo que decir?

- Reconoce que te gusta y todo ese quebradero de cabeza habrá terminado –se llevó las manos a la cabeza y cerró los ojos para simular placer-. Serás libre.

- El caso es que no creo que me guste.

- Vale, ahora la que está perdida soy yo.

Eleos respiró hondo y se adentró en lo más profundo de su ser para leer aquel pequeño espacio que tenía reservado para sentir, y no tardó mucho en encontrar la respuesta que estaba buscando, pues algo dentro de sí lo gritaba a pleno pulmón. Ahora solo quedaba reconocerlo, decirlo en voz alta y liberarse de aquello que llevaba reconcomiéndole desde la primera vez que le vio.

- Creo que estoy enamorado de Jack.

Más en: <https://dediosesymonstruos.wordpress.com/>

Capítulo 8

Un hilo musical acompañaba el canturreo de Sam, que se movía de un lado a otro de la habitación, bailando sin descanso a la par que se preparaba para la cita que tenía aquella misma noche.

Tras su conversación con Eleos estaba pletórica, y es que sentía que se había quitado un gran peso de encima. En cierto modo, gracias a todo aquello volvía a ser ella misma. Había estado dos semanas en un bucle de autodestrucción que ni siquiera le pertenecía y ahora era inevitable que se sintiese renacida.

Se miró al espejo exultante, absoluta en aquella lencería de encaje aguamarina. Se había pasado horas arreglándose para estar lo más explosiva posible, y algo le decía que lo había conseguido. Su pelo lucía voluminoso, cayendo sugerente sobre sus hombros desnudos; sus ojos estaban delineados en color negro, resaltando así el azul de su iris; mientras que sus labios parecían aún más gruesos gracias a algún que otro truco que había encontrado en una página de maquillaje. Estaba lista.

Se acercó dando saltos hacia el armario bajo la atenta mirada de Cactus, que movía la cola de un lado a otro compartiendo de buena gana la felicidad que le transmitía su dueña. Abrió el armario y lo miró dubitativa unos segundos, preguntándose qué ropa sería la más adecuada para la situación.

- Si fuera tú probaría con el top y los pitillos negros de tiro alto –Sam dio un salto en el sitio al escuchar una voz detrás de sí, y se tapó con las manos de manera casi automática. Jack no pudo evitar soltar una risotada-. Como si fuera la primera vez que te veo en ropa interior, cabeza buque.

Se movió alrededor ofuscada por el susto que le acababa de pegar, ya que con la música puesta no había percibido su presencia hasta que había sido demasiado tarde. Cogió la toalla mojada que yacía sobre la cama y se la lanzó a la cara.

- Me has asustado, imbécil –gruñó-. Aunque creo que tienes razón.

- ¿En cuál de las dos?

- En las dos –asintió convencida, se giró en un rápido movimiento y rebuscó en el armario en busca de las prendas que Jack le había sugerido.

El joven la miraba atentamente desde la puerta, admirando la belleza que su amiga poseía. Para él Sam siempre había sido el vivo ejemplo de la perfección, ya que se trataba de una chica despampanante que difícilmente pasaba desapercibida. Allí donde fuesen, Sam siempre se convertía en el centro de atención, y aquello le había costado más de una pelea con algún que otro baboso incapaz de comprender que su amiga no estaba allí para soportar sus enfermizos comentarios. En más de una ocasión se había intentado poner en su situación y sin lugar a dudas no era un buen momento para ser una chica en aquel putrefacto mundo de hombres, pero ahí estaba ella, imponiendo su libertad por encima de todo.

- Sabes que te quiero, ¿verdad?

- Claro que lo sé –arqueó una ceja sin terminar de comprender a qué venía aquella muestra de cariño tan gratuita mientras aún se encontraba a medio vestir.

- Y que estoy muy orgulloso de ti –Jack seguía apoyado en la puerta, con los brazos cruzados ante el pecho, observando a su amiga con semblante serio.

- Vale –terminó de subirse los pantalones a duras penas y se plantó frente a su amigo aún sin camiseta-. ¿Qué está pasando aquí?

- Nada, simplemente quería que quedase claro que...

- No –levantó el dedo para callar a su amigo-. No me vengas con esas, Jack, que nos conocemos desde hace mucho tiempo.

Jack sonrió de forma algo forzada, pues estaba realmente preocupado por su amiga y no había visto el momento de hablar con ella a solas. Se sentía mal por la posibilidad de no haber estado ahí para ella, pero se sentía aún peor por tener que sacar a relucir el tema ya que en cualquier otra situación no hubiese hecho falta siquiera preguntar y ella misma habría acudido a él sin dudarle tan solo un instante.

- Sé que sucede algo, Sam –alargó la mano y le acarició la cara con dulzura-. Y lo que más me duele es no saber el qué.

- Eh –le sujetó la mano que tenía en la cara con fuerza y la estrujó contra ella-. Estoy bien, ¿de acuerdo? Sé que he estado un poco rara últimamente, pero si no he acudido a ti ha sido porque ni yo misma entendía lo que me estaba pasando.

- Pero, ¿está todo bien ahora?

- Mejor que bien.

- ¿Seguro?

- Segurísimo –le miró algo avergonzada, ya que no se le daba bien pedir disculpas a Jack porque había una gran probabilidad de que acabase llorando a moco tendido-. Es más, quería pedirte disculpas por haber estado...

Jack sonrió de oreja a oreja y sin dejarle terminar la frase la abrazó sin remedio. Se quedaron así unos segundos, sintiendo cómo sus cuerpos se fundían en aquel abrazo, como si lo necesitasen, como si las ganas de ser uno fuesen más grandes que el mismísimo universo.

- Solo dime que Kai no ha tenido nada que ver –dijo aún abrazado a ella, elevando el tono de voz conforme la frase iba avanzando-, o te juro que cuando le vea le cojo y le...

- Kai no ha tenido nada que ver –se separó de él con una sonrisa juguetona en la cara y se enfundó el top-. Es más, mi cita de esta noche es con él.

La sonrisa desapareció de la cara del joven en un abrir y cerrar de ojos, y la cara se le contrajo hasta hibridar el asco con la incredulidad.

- ¿Estás de coña? –las palabras salían escupidas de su boca-. P-p-pero, ¿por qué?

- La pregunta sería por qué no –se colocó bien la ropa frente al espejo y se aventuró a coger la chaqueta y el bolso-. Y ahora me voy, que llego tarde.

Le dio un beso en la mejilla y salió al salón, donde Eleos se encontraba cocinando algo que olía realmente delicioso.

- Esta conversación no ha terminado, señorita –la voz de Jack provenía de algún lugar detrás de ella, pero decidió que lo mejor sería ignorarle o podría pasarse así toda la noche.

Eleos la miraba desde el otro lado de la barra, con una sonrisa jocosa en la cara por las frases paternas que Jack seguía formulando. Se le veía algo nervioso ahora que se acercaba el gran momento, aunque Sam seguía sin estar completamente convencida de que fuese a sacar el valor para decirle a Jack toda la verdad.

- Pasadlo bien esta noche –le guiñó un ojo y éste se encendió de golpe; y

sin más dilaciones salió de casa con un sonoro golpe de puerta.

Al otro lado se seguían escuchando los rezos de Jack, que probablemente taladraría a Eleos durante un buen rato con todos los argumentos que no había tenido la posibilidad de decirle a ella. Negó divertida y llamó al ascensor, y fue entonces cuando notó una presencia observándola entre las sombras.

- Que pase buena noche, señor Saltzman –dijo mirando hacia la mirilla desde la cual el anciano la observaba como de costumbre-. Y no se vaya a dormir muy tarde, que nos conocemos.

- Buenas noches, buenas noches –refunfuñó desde el otro lado de la puerta, sintiéndose algo ridículo al ser pillado por la joven.

Se montó en el ascensor aún sonriente. Estaba muy feliz. Ya no solo por el hecho de haber vuelto a la normalidad, sino por cómo se estaba desarrollando el día. Por fin había hablado con Jack que era uno de los principales puntos de su lista de cosas que hacer tras aquellas dos semanas tan espantosas. La segunda era conseguir que Eleos tuviese el tiempo que necesitaba para sincerarse y así poder comprobar hacia dónde se dirigía toda aquella historia; la cual le hacía bastante feliz, ya que algo le decía que aquello era lo que su amigo llevaba toda la vida esperando, y que por fin había llegado su momento. La última tarea pendiente estaba a punto de suceder; la cita con Kai, aquel joven alocado que para su desgracia tanto le llamaba la atención. Estaba segura de que era el tipo de persona que su madre jamás aprobaría para ella, pero eso era lo de menos, ya que sabía que detrás de toda aquella fachada de chico perturbado y extremadamente libertino, había alguien digno de conocer.

Se recolocó el pelo y se mordió los labios para acentuar su grosor unos segundos antes de que el ascensor abriese sus puertas, y ahí estaba él. Parecía una quinceañera llegando a su primera cita con gesto socarrón y los colores algo subidos.

- Estás estupenda –le cogió la mano con dulzura y la besó como si del más apuesto de los caballeros se tratase.

- Oh –cada parte de su cuerpo se erizó cuando sus labios rozaron su piel-. Gracias –fue todo lo que se atrevió a decir.

- ¿No piensas decir nada de mí?

Kai dio unos pasos atrás y dio media vuelta simulando un pase de modelos. El joven había cambiado las camisetas de tirantes y los pantalones rajados por un refinado traje de costura negro, el cual iba

acompañado de una camisa blanca y una corbata negra.

- Tu tampoco estás mal –dijo mordiéndose el labio.

- Me lo tomaré como un cumplido –le tendió la mano y salieron del portal entre risas.

Justo en la puerta se encontraba aparcado el coche de Kai, un Corvette descapotable de los años sesenta de un llamativo color carmesí. Según le había contado alguna vez, aquel coche había pertenecido a su abuelo y se lo había legado poco antes de morir, lo que había causado que se convirtiese en toda una reliquia y derivaba en que lo tratase como a su propio hijo.

- ¿Juliette estaba invitada a la cita y yo sin saberlo? –bromeó Sam montándose en el asiento del copiloto.

- Ya sabes que mi vida siempre es cosa de tres.

- Que te den Kai, eso solo ha pasado una vez y estaba muy borracha y me parece fatal que sigas recordándome aquella fatídica noche porque...

Kai observaba como Sam desvariaba ella sola, gesticulando de forma exagerada mientras le reprendía; y sin dejar que terminase de relatar aquella infructuosa historia, la calló con un beso.

Sintió como el mundo desaparecía ante sus ojos y todo trató de aquel beso. Un beso que realmente deseaba y que ahí estaba, justo en el momento adecuado. No sabía muy bien cómo lo hacía, pero Kai parecía tener siempre la forma de hacer que todo se desvaneciera, que nada importase más allá del instante en que sus labios se rozaban. Le odiaba por ello. Odiaba la idea de sentirse vulnerable ante cualquier hombre que no fuera Jack, porque eso es lo que le producían sus besos, vulnerabilidad.

- Odio que hagas eso –dijo a escasos centímetros de sus labios aún con la respiración entrecortada.

- Es lo único que se me ha ocurrido para conseguir que te calles y poder explicarte que cuando hablaba de cosa de tres, me refería a Janette y a ti –la besó con dulzura-, idiota.

Kai se acomodó en el asiento y arrancó el coche.

- ¿A dónde vamos? –se removi6 inc6moda y trat6 de evitar contacto visual con 6l, pues no quer6a que se percatase de que sus palabras le hab6an

pillado de improvisto y estaba al borde del colapso.

- Es una sorpresa –respondió sonriente tendiéndole un antifaz y apremiando para que lo pusiera.

Miró el antifaz reticente. No estaba muy segura de si debía fiarse del Kai que había conocido hasta el momento, pero parecía tan distinto ahora que no se lo pensó dos veces. Y colocándose el antifaz con entusiasmo, decidió dejarse llevar.

- Me encantan las sorpresas.

- Lo sé –y aún con una sonrisa en la cara, encendió la radio, pisó el acelerador y pusieron rumbo hacia el que sería el comienzo de su historia.

La música sonaba y la brisa azotaba su rostro, agitándole el cabello y haciéndola sentir libre. Había pocas cosas que le gustasen más que recorrer las carreteras dejando al viento desenvolverse con naturalidad sobre su persona. El viaje pasó en silencio, ambos disfrutando de la situación, del trayecto, de su compañía. De vez en cuando, Kai había dejado caer su mano sobre la suya y la había acariciado con ternura, lo que había producido más de un escalofrío en la joven.

Sam había perdido la noción del tiempo y no estaba muy segura de la distancia que habían recorrido desde que habían partido de casa. Sin embargo no tuvo que esperar mucho más hasta que Janette se apagase y notase como las manos de Kai le ayudaban a recuperar la vista.

Tardó unos segundos en ubicarse en el tiempo y el espacio, pero una vez que lo hizo notó cómo la mandíbula se desencajaba de su sitio, en una mueca que dejaba bastante claro que el joven había acertado llevándola a aquel lugar. Se encontraban bajo un sauce negro, en una especie de mirador natural que entremezclaba las luces de la ciudad con las estrellas, resultando casi imposible definir dónde comenzaban unas y terminaban las otras.

- Bienvenida a mi sitio de pensar.

Sam le miró aún estupefacta por las vistas ante las que se encontraba. Nunca hubiese pensado que un lugar tan maravilloso pudiese encontrarse tan cerca de aquella gran ciudad a la que llamaba hogar. Pero ahora que se encontraba allí arriba su vida empezó a cobrar un nuevo sentido y se sintió bendecida como jamás antes lo había hecho.

- Es increíble, Kai.

- Pensé que por una vez te gustaría poder mirar las cosas desde otra perspectiva –dijo el joven rascándose la cabeza en busca de las palabras adecuadas para expresar sus intenciones-. Quiero decir –carraspeó-, que quizás este sea el lugar indicado para descubrir que no todo es lo que parece –tragó saliva de forma sonora y continuó con su discurso-. Siempre has dicho que vivimos en una ciudad fría y sin sentimientos, que está guiada por la codicia y la lujuria; que todo eso no era más que un laberinto de cemento que contenía las ganas de vivir de todas las personas que la habitaban, ajenas a que realmente están encerradas en una prisión de la que ni siquiera son conscientes –señaló de forma exagerada hacia la ciudad-. Pero míralo desde este punto de vista. Desde aquí la ciudad es tan bella que es capaz de fundirse con la luz de las estrellas, formando un éter sin precedentes.

- Eh –dijo posando su mano sobre la suya-. Lo veo, ¿vale? Me doy cuenta de que las cosas no siempre son lo que parecen –se encogió de hombros-. Y tengo muchas ganas de ver la vida desde otro punto de vista.

Se miraron unos segundos, bebiendo el uno del otro como si fuera la primera y última vez que la vida les fuese a permitir semejante lujo. Se acercaron lentamente, hipnotizados por el brillo de sus ojos y se besaron. Fue un beso sosegado, exquisito, apacible; uno de esos besos de película que esperas que nunca termine porque temes que no se vuelva a repetir. Pero terminó, y se repitió una y otra y otra vez, hasta que los labios ya no dieron más de sí y suplicaron clemencia.

Se quedaron unos segundos apoyados el uno en la cabeza del otro, con la respiración entrecortada y ganas de más. De mucho más. Kai respiró hondo tratando de contenerse y sin previo aviso salió del coche, abrió el maletero y sacó una cesta de picnic del interior.

- Mademoiselle, la cena está servida –sonrió jocosamente y colocó la cesta entre los dos.

Sam miraba atentamente, sin dar crédito a todo lo que Kai había preparado. El chico por su lado sacaba cosas de la cesta para enseñarle a Sam las diferentes opciones que tenían para sobrellevar su cita en aquel paraíso terrenal.

El resto de la noche fue rodada entre risas, anécdotas y caricias que se entrelazaban en un bucle sin final. El joven había preparado una succulenta cena para acompañar con alguna que otra botella de vino, así como champagne para brindar. Entre unas cosas y otras, el alcohol terminó por convertirse en el protagonista de la noche; sin embargo Kai trataba de mantenerlo a raya puesto que tenía que conducir de vuelta a casa y la carretera no se trataba precisamente de un camino de rosas. Sam, por su parte, no tuvo reparo en terminar con todas las existencias que su cita había llevado, y cuando quiso darse cuenta el mundo tenía más

dimensiones de las que recordaba.

- Creo que esa última copa no me ha sentado bien –las palabras salían atropelladas y algo pastosas de la boca de Sam, que se dejaba caer sobre Kai en busca de un punto de apoyo.

- ¿Estás segura de que no han sido las veintitantas anteriores?

- ¿Qué? –se irguió a duras penas-. No, no me suena.

- Vamos, te llevaré a casa –su tono sonaba tierno mientras se acercaba a abrocharle el cinturón de seguridad para asegurarse de que no saltase del coche durante la vuelta.

- ¿He estropeado nuestra cita?

- No digas tonterías, anda.

- He estropeado nuestra cita.

- No has estropeado nada. Llevamos aquí horas y lo hemos pasado mejor que nunca; simplemente ha llegado la hora de irse a casa.

La joven se acomodó en el asiento acariciándose los hombros. La temperatura estaba empezando a bajar debido a la hora que era, y Sam llevaba una chaqueta demasiado fina como para soportarlo en su estado. Se quitó la americana y la posó sobre ella con ternura, asegurándose de que quedase completamente tapada para que no cogiese frío.

- ¿Te quedarás a dormir? –preguntó apenas en un susurro ya con los ojos entrecerrados.

- Por supuesto que sí.

Janette se puso en marcha con un pequeño chasquido de motor, y el chico sacudió la cabeza sin terminar de creerse que la noche hubiese salido tal y como lo había planeado. Por fin Sam empezaba a verle como realmente era detrás de toda esa fachada para la que vivía; y eso era todo lo que importaba. Algo le decía que a partir de aquel momento las cosas empezarían a cambiar, y rezó para no cagarla esta vez; “no con ella”, se dijo antes de partir.

El camino fue sosegado. Decidió no ir demasiado rápido para que las curvas y el traqueteo no pasaran factura al estado en que se encontraba Sam. En aquella situación no podía haber nada peor que los movimientos bruscos; y por desgracia él había aprendido aquello por las malas.

Paró frente al portal en el que había empezado aquella fantástica noche, y decidió no despertar a Sam que yacía plácidamente en la misma posición en la que la había dejado. Rebuscó en su bolso con cuidado hasta encontrar las llaves de casa y se las quedó en la mano para poder maniobrar con facilidad; tras eso cogió a Sam en brazos y se dispuso a subirla a casa.

Nada más salir del ascensor escuchó un cuchicheo proveniente de algún lugar cercano, pero apenas pudo distinguir la fuente de sonido. Sam dormía apacible sobre su hombro, y él cargaba a duras penas con ella a la par que llevaba su bolso y las llaves en la mano.

Introdujo la llave en la cerradura y penetró en la oscuridad del salón tratando de guiarse por los vagos recuerdos que tenía de casa de Sam, ya que no tenía manos para encender ninguna luz; además, Sam había hecho mención al hecho de que alguno de sus amigos se estaba quedando a dormir en el sofá, y no quería ser el responsable de despertar a nadie a aquellas horas de la madrugada.

Consiguió llegar a la habitación tras algún que otro tropezón con objetos que nunca llegó a identificar, y una vez dentro cerró la puerta como bien pudo y dejó caer a Sam sobre la cama. La desvistió con cuidado de no despertarla, aunque estaba seguro de que ni un terremoto conseguiría hacer que Sam saliese del coma profundo en el que había entrado; y una vez acomodada, se quitó la camisa y la corbata y se tumbó junto a ella, quedando cuerpo a cuerpo contra su espalda y pasando el brazo por su cintura para abrazarla con fuerza. En cierto modo tenía miedo de que a la mañana siguiente ya no estuviera allí; tenía miedo de quedarse dormido y al despertar darse cuenta de que todo aquello no había sido más que un hermoso sueño. Pero hay ciertas cosas contra las que es imposible luchar, y aquel día ya había tenido demasiado recorrido hasta para él.

El sonido de un golpe proveniente del salón hizo que Sam se despertase sobresaltada. Miró alrededor y notó como la vida le taladraba los sentidos sin piedad. No estaba muy segura de cómo había llegado hasta allí, pero tener a Kai dormido a su lado era una gran pista de ello. Sonrió al ver al joven apacible junto a ella, y se levantó de la cama tratando de hacer el menor ruido posible. Se enrolló la sábana alrededor del cuerpo para cubrirse y salió en busca del culpable de aquel estruendo.

- ¿Qué narices está pasando... -miró alrededor y se encontró con el gesto compungido de Jack, que miraba hacia la puerta fijamente; y fue entonces cuando descubrió a qué se debía todo ese jaleo-. ¿iMamá!?

Más en: <https://dediosesymonstruos.wordpress.com/>

Capítulo 9

La voz de Jack se podía escuchar desde el otro lado de la puerta, y no parecía demasiado contento con lo que fuera que Sam le estuviera diciendo. Eleos intentó escuchar lo que se cocía en la habitación, pero el ruido del extractor apenas le dejaba escuchar sus propios pensamientos.

La puerta del dormitorio se abrió de golpe y Sam salió despampanante, como de costumbre. Llevaba unos pantalones negros ajustados de talle alto, unos botines a juego con un tacón bastante prominente, un top que tapaba más bien poco y una chaqueta de cuero para cerrar el conjunto.

- Esta conversación no ha terminado, señorita –la voz de Jack provenía de algún lugar detrás de ella y no pudo evitar sonreír de forma jocosa ante los comentarios sobreprotectores del joven.

Sus nervios aumentaban de forma exponencial con cada paso que Sam daba hacia la puerta de casa, y un escalofrío le recorrió la espina dorsal al escuchar el pomo de la puerta girar.

- Pasadlo bien esta noche –Sam le guiñó un ojo y notó como las orejas se le calentaban de repente, y sin más dilaciones salió de casa con un sonoro golpe de puerta.

Se quedó unos segundos mirando hacia la nada incapaz de reaccionar, pues aquello significaba que por fin estaban solos. Por un lado necesitaba quitarse de encima aquel espantoso secreto que llevaba acarreado durante casi dos semanas, pero era inevitable estar algo inquieto por la situación que se le venía encima. Notó como una gota de sudor frío le recorría la sien y se deslizaba con paso firme hasta su mejilla, donde el suave tacto de piel ajena paró su recorrido. Se sobresaltó al sentir el roce de sus pieles, y continuó picando verdura tratando de disimular su repentina rigidez.

- ¿Estás bien? –preguntó una voz a escasos centímetros de él-. Pareces angustiado; si hasta estás sudando.

- Sí... solo pensaba sobre Sam y el chico con el que ha quedado esta noche –carraspeó-. No me inspira demasiada confianza.

- ¿Te lo puedes creer? –se sentó en la barra junto a Eleos con gesto indignado-. Ese imbécil no ha hecho más que meter a Sam en problemas, y ella sigue pensando que le puede cambiar. Como si la gente tuviese la capacidad de cambiar.

- Yo creo que la gente tiene la capacidad de cambiar.

- Sí, pero tú eres demasiado bueno, Eleos –pasó el dedo por la salsa que había preparado el joven y se la llevó a la boca-. Está deliciosa.

- La próxima vez te corto el dedo –le apuntó con el cuchillo tratando de mantener el semblante serio pero no pudo evitar sonreír ante la cara de cachorro degollado con la que Jack le respondió-. Eso no funciona conmigo.

- Si tú lo dices... -introdujo el dedo en la salsa y saltó rápidamente de la encimera para correr de la cocina, y una vez a salvo de la ira de Eleos, probó la salsa una vez más-. Como iba diciendo; deliciosa.

Eleos le apuntó con el cuchillo con el entrecejo fruncido.

- Te voy a cortar en pequeños pedacitos y vas a servir de comida para Cactus –señaló hacia la cama de Cactus, que torció la cabeza al escuchar su nombre.

Jack se sentó frente a su compañero y jugueteó con los dedos sobre la mesa. Estaba algo nervioso y no sabía muy bien por qué, pero tenía la imperiosa necesidad de estar en continuo movimiento, de liberar toda la energía que su escuálido cuerpo acumulaba a lo largo del día de manera aún incompresible para él, y de molestar; tenía demasiadas ganas de molestar.

- Como cambian las cosas –dejó caer como si nada.

Eleos levantó la cabeza sin dejar de preparar la cena dándose por aludido pues se encontraban solos en la habitación.

- ¿Qué quieres decir?

- Bueno... hace nada era yo el que estaba al otro lado de esta barra siendo productivo mientras que tú hacías absolutamente nada. Y mírate ahora, todo un hombre de provecho.

Se sonrió encogiéndose de hombros y miró a Jack de refilón, pero continuó con su labor.

- Lo cierto es que estaba haciendo algo. Estaba aprendiendo.

- Has aprendido rápido; chico listo.

- Es lo que tiene ser el siguiente escalón evolutivo de tu raza; somos una versión mejorada. Más fuertes, más rápidos y parece ser que también

más inteligentes.

- Ouch –soltó Jack llevándose la mano al pecho como si le acabasen de clavar una puñalada-. Es usted una fuente de sorpresas, Eleos. No sabía que podías llegar a ser tan ruin.

- Te aseguro que hay muchas cosas de mí que no sabes, Jack –le miró fijamente ante la sorpresa de su interlocutor, que reverenció la victoria de Eleos en aquella pelea de gallos-. La cena está lista.

Jack se levantó de un salto del asiento produciendo unos extraños gritos y corrió hacia Eleos, que no sabía muy bien lo que estaba pasando. Le cogió del brazo y le arrastró fuera de la cocina, hasta la habitación de Sam.

- Quédate aquí y yo me encargo de colocar las cosas en la mesa. Es lo menos que puedo hacer –Eleos estaba dispuesto a rechistar ya que todo aquello le parecía una tontería y no lo veía necesario-. No salgas hasta que yo te avise –y sin dar tiempo a réplica, le cerró la puerta en las narices.

Respiró hondo y se sentó en el borde de la cama. Notaba como su corazón se aceleraba por momentos hasta el punto de escuchar sus propios latidos; y fue entonces cuando se preguntó si todo aquel nerviosismo le correspondía solo a él, o su don estaba teniendo algo que ver en todo aquello. De ser así eso solo podría significar una cosa.

- ¡Estamos listos! –gritó Jack desde el otro lado de la puerta.

Se levantó con el pulso tembloroso y abrió la puerta poco a poco. Las luces estaban apagadas, y una tenue luz bailaba al son de tres velas que iluminaban la mesa. Jack se encontraba de pie junto a la cena y señalaba su obra con orgullo.

- He pensado que ya que has trabajado tanto en hacer la cena, lo menos que podía hacer era darle el ambiente que se merecía –Eleos miraba anonado el aspecto de la mesa, que estaba colocada de forma geométricamente perfecta, y que tenía incluso mejor aspecto a la luz de las velas-. ¿Es demasiado?

- No, no. Es perfecto –le miró dejando escapar una sonrisa y se sentó frente a la mesa.

Jack cogió una botella de vino y se dispuso a abrirla, pero parecía no tener mucha idea sobre cómo funcionaba el mecanismo del abrebotellas y no hacía más que darle vueltas alrededor en busca de una respuesta del

universo.

- ¿Necesitas ayuda?

- No, todo controlado –espetó Jack presionando el tapón de corcho hasta que este se coló dentro de la botella. Miró a través del agujero algo avergonzado, ante la atenta mirada de Eleos que se reía en voz baja-. ¿Ves? Al menos ahora podemos beberlo.

- Todo son ventajas –sonrió y le tendió la copa a Jack.

El joven llenó las copas generosamente y se sentó junto a Eleos alzándola con la intención de brindar.

- ¿Por qué brindamos? –dijo Jack.

- Te cedo el brindis.

- De acuerdo –acercó la copa hasta rozarlas-. Por nosotros.

- Por nosotros.

Dieron un pequeño trago y las dejaron sobre la mesa. Jack empezó a inspeccionar la comida y se dio cuenta de que todo tenía un aspecto realmente succulento. Había una gran ensalada coronando el centro de la mesa que tenía gran variedad de frutas y verduras; a su lado se encontraba un filete con un aspecto delicioso el cual estaba recostado sobre una gruesa capa de patatas; al otro lado había un bol de nachos junto a la espectacular salsa que había probado hacía escasos momentos; y un gran cuenco de fresas bañadas en naranja aportaban el toque final a todo aquello.

- ¿Dónde has aprendido a cocinar todo esto? Quiero decir, Sam y yo no es que seamos unos eruditos en la cocina; así que supongo que esto venía de fábrica.

- Como ya sabes tuvimos que irnos con lo puesto hacia Edén, así que una vez allí tuvimos que adaptarnos al medio y sobrevivir como mejor pudimos –hizo una pausa y oteó la comida-. ¿Ves eso de ahí?

- ¿El filete?

- Lo cierto es que es carne de membrillo.

- Espera, ¿qué? –Jack miraba anonadado la carne de membrillo un tanto incrédulo-. Tienes que estar de broma. Parece un filete de ternera.

- Ese es el objetivo; engañar a la mente –se encogió de hombros-. En Edén solo disponíamos de lo que cultivábamos. Todo lo que teníamos para sobrevivir eran frutas, verduras y cereales, ya que ni siquiera nosotros somos capaces de crear vida, y en nuestro planeta los animales brillan por su ausencia.

- Guau –le apretó el hombro con cariño-. Eso es increíble. Parece que después de todo hay realmente cosas que no sé de ti.

- No tienes ni idea –Eleos cogió la copa y la levantó proponiendo un nuevo brindis al joven que no dudó en corresponderle-. Por descubrirnos.

- Por descubrirnos –asintió complacido y ambos dieron un sorbo a la copa.

El resto de la cena fluyó como el cauce de un río. Hablaron de todo sin centrarse en nada, recordando sus infancias y poniendo en común historias que para su sorpresa encajaban a pesar de los siglos de diferencia entre ellas. A fin de cuentas la vida no era más que eso; momentos que por mucho que el mundo cambiase se repetirían en un bucle sin fin, uniendo todos los tiempos en uno solo.

Una vez terminada la cena, Jack insistió en recoger toda la mesa y así lo hizo. Dejó únicamente la botella de vino a medio beber y las velas para no perturbar la atmósfera que tan cautivado le tenía.

- No puedo dejar de pensar en tu hermana, ¿sabes? –dijo de pronto dejándose caer en el sofá-. Es frustrante que por más información que recabemos, todo termine siendo un callejón sin salida.

- Sí, yo tampoco puedo evitar darle vueltas al tema una y otra vez, tratando de buscar algo que se nos escape; pero soy incapaz de hallar una respuesta –su semblante se tornó sombrío, y Jack se sintió terriblemente mal por haber sacado a relucir el tema-. Pero no tengo demasiadas ganas de hablar de ello ahora; esta noche necesito desconectar.

- Bueno, eso tiene fácil arreglo.

- Ah, ¿sí? –apoyó el codo sobre el respaldo y reposó su cabeza sobre la estructura, quedando de cara a Jack con una sonrisa algo forzada-. ¿Y cuál es?

- Hablar del Rey.

- ¿El Rey?

- Ehm... sí, el Rey.

- Me temo que no conozco al tal Rey del que hablamos.

Jack saltó del sofá tratando de hacerse el ofendido y se quedó parado frente a Eleos con mirada incrédula.

- ¡Por el amor de Dios! –recitó-. Que conste que esta vez te lo voy a perdonar porque eres nuevo por estos lares, pero de hoy en adelante vivirás por y para adorarle casi tanto como yo.

- Sería mucho más fácil si me dijeras de quién estás hablando –una risita tonta se le escapó al ver la actitud de Jack, que se movía de una forma un tanto extraña.

- Por supuesto, estoy hablando del único, del increíble, del inigualable... –agitó las manos en el aire como si tocase percusión-. Elvis Presley.

- Oh, claro, mi querido amigo Elvis Presley. ¿Cómo no había caído antes? Me encantan todas sus... –sus movimientos eran exagerados y trataban de burlarse de Jack, que le miraba socarrón-. Obras.

- De acuerdo, voy a hacer como si no hubiese escuchado nada de esto por el bien de nuestra amistad –hizo una pausa para prepararse para su discurso-. Elvis ha sido el mayor músico de la historia de la humanidad, marcando un hito en la industria y convirtiéndose así en un icono para la sociedad actual. Y bueno –se encogió de hombros-, en mi ídolo.

Eleos asentía sin comprender una sola palabra de todo lo que Jack le estaba diciendo. Era cierto que se estaba adaptando bien a aquella nueva época, pero todos esos conceptos tan modernos se le quedaban un poco grandes.

- La mejor forma de comprender todo esto –le tendió la mano y Eleos la cogió de buena gana-, es bailándolo –tiró de él para levantarlo del sofá.

- Un momento, un momento –Eleos se quedó rígido en el sitio-. Yo no sé... bailar.

- Simplemente, déjate llevar –dijo acercándose a él hasta cogerle por la cintura.

Empezó enseñándole los pasos básicos en tres tiempos, y poco a poco fue subiendo el nivel y la velocidad del baile, ya que el joven lo estaba pillando con bastante soltura. Ambos sonreían divertidos disfrutando del momento y dejándose llevar por la magia de las velas. Pero ni siquiera aquella magia era a prueba de traspies, y el ritmo del baile había llegado a tal punto que cuando menos lo esperaban se vieron tropezando sobre el

sofá y cayendo irremediablemente el uno sobre el otro.

Nada más caer un ataque de risa les paralizó, y ninguno de los dos era capaz de moverse del sitio. Eleos había caído sobre el sofá y Jack yacía sobre él incapaz de levantarse. La risa pasó de jocosa a nerviosa, y poco a poco fue desapareciendo mientras sus rostros se acercaban cada vez más el uno al otro hasta quedar nariz contra nariz. Podían respirarse el uno al otro, y sus ojos se entrelazaban deseosos de grabar aquella imagen en sus retinas para que fuera lo último que viesan antes de cerrarse para siempre.

Jack notaba como cada músculo de su cuerpo temblaba, y fue incapaz de permanecer más en aquella situación. Se levantó de un salto y sin mediar palabra desapareció encerrándose en el cuarto de baño ante la estupefacción de Eleos.

Se sentó en la taza del váter aún con la respiración entrecortada, temblando y con el corazón a punto de explotar. No entendía nada de lo que acababa de suceder, y no estaba muy seguro de querer comprenderlo. Eleos era su amigo. Sí, le gustaba pasar tiempo con él, estaba a gusto teniéndole cerca y en cierto modo, se sentía más feliz desde que había llegado a sus vidas; pero eso no significaba nada. Hasta ese momento ni siquiera se había planteado el hecho de que pudiese sentirse atraído por un chico.

La mirada de la inocencia le observaba desde el lavadero, dando latigazos con la cola y maullando con timidez.

- Necesito estar solo, Cactus.

Un maullido fue toda la respuesta que obtuvo.

- No sé lo que me pasa, ¿vale? –se abrió de brazos exasperado-. Ni siquiera sé lo que acaba de pasar ahí afuera.

Cactus torció el gesto sin comprender.

- ¿Que qué acaba de pasar? –se respondió sin esperar respuesta, pues no la iba a obtener del mismo modo-. Pues ha pasado que estaba con mi amigo pasando un buen rato y hemos estado a punto de besarnos –gesticuló incrédulo señalando hacia la puerta-. Eso ha pasado.

El minino saltó del lavadero y se sentó frente a Jack, respondiendo con un maullido algo más sonoro que los anteriores.

- ¿Que si me gusta? Por supuesto que –tragó saliva-, no. –recapitó unos segundos-. No lo sé. ¿Cómo iba a saberlo? Ni siquiera había pensado en

ello hasta ahora.

El animal comenzó a lamerse la pata ajeno a la conversación de Jack.

- No, tampoco sé lo que voy a hacer, ¿vale? –le acusó con el dedo-. Te escucho hacer muchas preguntas, pero dar muy pocas soluciones.

Unos golpecitos en la puerta interrumpieron su monólogo y le hicieron saltar del asiento.

- ¿Jack? –esperó unos segundos-. ¿Estás bien?

Se acercó hacia la puerta y se quedó a escasos centímetros, tratando de quedar lo más cerca posible de su amigo pero saltándose la parte de tener que mirarle directamente a los ojos. No sabía si sería capaz de afrontarlo en aquel momento.

- Sí.

- Quiero decir, tengo la sensación de que estás hablando con el gato y no sé hasta qué punto... -trataba de medir sus palabras para no hacer sentir peor al joven.

- No, tranquilo, si Cactus ni siquiera está –el maullido de Cactus interrumpió su argumento-. Que te jodan –susurró aniquilando al felino con la mirada mientras le hacía un gesto sumamente procaz.

- Estaré aquí fuera si necesitas cualquier cosa, ¿de acuerdo?

Se hizo un silencio entre ambos que pareció infinito.

- Salgo en seguida –fue todo lo que dijo Jack.

Los pasos de Eleos se alejaron de la puerta y el joven respiró tranquilo. Si la situación ya era peliaguda en sí misma, su comportamiento infantil no estaba ayudando a solventar para nada el asunto. Así que se armó de valor, respiró profundamente y salió de su zona de confort.

Se encontró con Eleos parado en medio del salón. Su gesto parecía cabizbajo, apesadumbrado, como si algo terrible acabase de suceder y no hubiera forma alguna de remediarlo.

- ¿Estás bien? –preguntó sin levantar la cabeza.

- Sí, nada de lo que preocuparse –el tono de Jack sonaba risueño, como si nada hubiese pasado-. Algo debe haberme sentado mal y bueno, he

tenido que salir corriendo.

- Jack... -levantó la cabeza en busca de sus ojos, pero todo lo que encontró fue una actitud esquiva-. Lo entiendo, de verdad que sí. No es necesario que me des ningún tipo de explicación. Hay cosas que simplemente no están destinadas a ser, y no tiene nada de malo -hizo una pausa tratando de normalizar las palabras que realmente dolían como puñales en la espalda-. Todo está bien, de verdad.

- No, no lo está -las palabras salieron de forma automática-. No lo está -buscó su mirada con los ojos empañados en lágrimas.

Se encontraba en una encrucijada que no estaba preparado para afrontar, pero escuchar a Eleos pronunciar aquellas palabras le había removido algo por dentro, y le había dejado bastante claro que nada estaba bien, que quizás aquello estaba destinado a ser más de lo que cualquiera de los dos hubiese podido imaginar jamás. Y entonces, aún embutido en aquella espiral de preguntas sin respuesta, notó cómo sus brazos se ajustaban a la forma de su cuerpo; y se sintió a salvo.

Permanecieron callados un buen rato, regocijándose en el cuerpo del otro y compartiendo aquel momento que marcaría el comienzo de una historia sin precedentes; al menos para ellos.

- Creo que debería dormir esta noche en casa -las palabras salían, pero ninguno de los dos daba el paso para separarse. Jack seguía con la cabeza apoyada en el hombro de Eleos, con los ojos cerrados, dejándose querer como nunca antes nadie lo había hecho-. Dudo que esta noche la cama de Sam tenga hueco para mí.

- No digas tonterías; podemos compartir el sofá -no concebía la idea de dejarle ir aquella noche, no después de todo, no en ese estado.

- Sé que soy poca cosa, pero dudo mucho que podamos acoplarnos los dos en un espacio tan reducido -ambos rieron al unísono, y notaron como sus cuerpos bailaban al son del otro.

- Creo que tengo una idea -Eleos le soltó con cuidado y le cogió de la mano con ternura; y juntos se dirigieron hacia el sofá.

El joven se dejó caer extendido mientras que Jack le miraba sin comprender muy bien dónde encajaba él en todo aquello, pero pronto lo comprendió.

- Vamos, ven aquí -dijo Eleos tirando con delicadeza de su mano.

- No pienso pasar toda la noche encima de ti, Eleos -se encogió de hombros sin saber qué excusa poner para evitar la situación-. Podría

hacerte daño.

- No estoy preguntando, Jack –y con un rápido movimiento de muñeca le hizo caer sobre él.

Ambos rieron, pero no dijeron nada más. Sobraban las palabras y les faltaba vida para pasarla así, tumbados el uno sobre el otro dejando pasar el tiempo sin preocupaciones, sin miedos, sin explicaciones, sin la necesidad de definir qué significaba todo aquello; simplemente siendo, simplemente juntos.

Las horas pasaron como volando, y las velas se consumieron de envidia ante la belleza que desprendía aquel momento. La luz ya no era necesaria, ya que sentir el tacto de sus cuerpos parecía más que suficiente. Eleos se había dormido hacía rato, pero él no quería desperdiciar ni un segundo de aquel momento, y trataba de mantenerse despierto a toda costa.

El sonido de la llave encajando en la cerradura le hizo tensar cada músculo de su cuerpo, pero prefirió ser pillado en aquella situación a tener que terminarla por voluntad propia. Unos pasos pesados atravesaron el salón de un lado a otro acompañados de algún que otro traspies, y Jack tuvo bastante claro que Sam no había vuelto sola a casa; pero no le importó, ahora no. Prefirió permanecer con la cabeza sobre su pecho, escuchando el latido de su corazón y dejándose llevar por algo que hacía ya mucho tiempo que no sentía; bienestar. Y rebosante de aquella maravillosa sustancia, sintió que había llegado el momento de viajar; y viajó al mundo de los sueños donde él le estaba esperando para delinear su historia.

El chirrido del montacargas le sacó de su propio paraíso, pero le trajo a uno aún mejor; aquel en el que aún seguía yaciendo sobre Eleos. Sin embargo, aquel sonido vino acompañado de un suave traqueteo y el cuchicheo de dos voces que le resultaban familiares.

- Oh, mierda –dijo saltando del sofá, lo que produjo que Eleos se despertase sobresaltado.

- ¿Qué sucede? –preguntó llevándose la mano al pecho ojiplático y con el corazón en un puño.

El tintineo de un manajo de llaves le confirmó sus peores temores, y en un movimiento fugaz tiró de Eleos y lo estampó contra el suelo, produciendo un sonoro golpe. La puerta se abrió sin previo aviso y la cabeza de Elena se asomó dentro de la casa.

- ¡Elena! –dijo Jack poniendo los brazos en jarra-. Que... sorpresa.

Elena buscó la fuente de la voz en la habitación y se encontró con Jack apostado junto al sofá, con la cara algo descompuesta y una sonrisa terriblemente forzada.

- Jack, no sabía que estabas en casa –entró en el salón arrastrando una maleta de ruedas, lo que dejaba bastante claro que no se trataba de una visita casual-. ¿Te hemos despertado?

- Para nada –negó de forma exagerada y tosió con fuerza tratando de despertar a Sam-. Estaba haciendo... cosas.

- Va-le...

La puerta de la habitación de Sam se abrió y la joven salió con una manta enrollada alrededor del cuerpo con los ojos aún entornados. Miraba alrededor algo confusa, tratando de comprender a qué se debía tanto jaleo.

- ¿Qué narices está pasando... -no terminó la frase antes de encontrarse con la figura de su madre, que la miraba sonriente desde la puerta-. ¿¡Mamá!?

- ¡Sorpresa! –corrió hacia su hija y la abrazó con efusividad-. No sabes las ganas que tenía de verte, cariño. Te hemos echado muchísimo de menos.

- ¿Hemos? –apuntó Sam tratando de asomar la cabeza por el hombro de su madre para confirmar sus peores temores. Su abuela se encontraba apostada bajo el marco de la puerta, mirando con ternura el reencuentro entre madre e hija-. Abuela...

- ¿Esa son las ganas que tenías de ver a tu anciana abuela? –reprochó cruzando el umbral arrastrando una maleta idéntica a la que su madre traía-. Algún día me moriré, y te arrepentirás de todos los desplantes que le has hecho a la persona que más te ha querido jamás –sentenció.

Sam se escabulló de los brazos de su madre a duras penas y se apresuró a abrazar a su abuela. El abrazo fue efímero, pues por muchas ganas que tuviera de ver a las mujeres de su vida, no habían llegado en el momento más indicado y no sabía por dónde saldría toda aquella situación.

Eleos, por su parte, hizo el amago de levantarse y Jack no dudó en propinarle una pequeña patada en las costillas para mantenerle en el suelo. Sin embargo, aquello hizo que el joven soltase un quejido ahogado que fue audible en toda la habitación.

Sam se puso pálida de repente, mientras que Nova y Elena intercaban miradas entre todos los presentes en la sala en busca de una explicación a lo que estaba sucediendo. Visto que nadie tenía nada que decir al respecto, Elena se acercó con paso ligero hasta donde se encontraba Jack y fue entonces cuando le vio.

- ¿Eleos? –su cara expresaba incredulidad, pues hacía años que no veía el rostro de su hermano y aquello no parecía más que una ilusión causada por el deseo de reencontrarse con él.

El joven abrió los ojos al escuchar su voz y en ese mismo instante la reconoció. Habían pasado los años por ella, pero la belleza de aquel rostro era difícil de olvidar.

- ¿Elpis? –se levantó a duras penas del suelo y se acercó temeroso hacia Elena; pero no llegó muy lejos antes de que una segunda voz llamase su atención.

- ¿Eleos? –la voz de Nova sonaba quebrada, frágil, casi imperceptible.

El joven sintió como un escalofrío le recorría la espalda, y dudó unos segundos antes de apartar la vista de su hermana para encontrarse con el rostro que durante tanto tiempo había añorado.

- ¿Madre?

Más en: <https://dediosesymonstruos.wordpress.com/>

Capítulo 10

El silencio reinaba en la habitación y solo fue perturbado por el crujir del trueno, que partió el cielo en dos iluminando toda la estancia.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Sam, que se hundió aún más entre los brazos de Kai. El joven la apretó con fuerza contra su torso desnudo y le dio un suave beso en la cabeza. No estaba muy seguro de lo que estaba pasando, pero nada más verla entrar en la habitación supo que algo no iba bien.

- ¿Qué está pasando, Sam? –trató de soltar la pregunta con naturalidad, para no presionarla demasiado.

- No quiero hablar de eso.

- Está bien.

- ¿Podemos quedarnos así para siempre? –su voz se perdía en apenas un susurro y Kai la acarició con ternura.

- Si es lo que quieres, lo haré encantado –hizo una leve pausa-. Aunque a decir verdad preferiría tener la posibilidad de mirar esos ojos tan bonitos que la vida te ha dado.

Se removió entre sus brazos risueña y notó como la sangre se le subía a las mejillas. Sacó la cabeza con cuidado y se quedó mirando aquellos ojos negros que tanto le gustaban. No estaba muy segura de por qué, pero había algo en ellos que le resultaba hipnótico a la par que perturbador.

- ¿Qué voy a hacer contigo? –dijo Kai acercando la nariz hasta rozar la suya con cariño.

- Podrías empezar por besarme.

Cerró los ojos al sentirle tan cerca y por un momento olvidó todo lo que se estaba cocinando en la habitación contigua. Era parte de su magia, y quizás por eso necesitaba tenerle tan cerca, porque le aportaba una capacidad de abstracción que nunca antes había sentido.

Sus labios estaban a punto de rozarse cuando la puerta se abrió de golpe y Jack entró en la habitación sin necesidad de pedir permiso. Los jóvenes se sobresaltaron y Sam saltó de la cama aún con la manta enrollada sobre ella.

- ¡Por el amor de Dios, Jack! –sonaba exasperada-. Tienes que dejar de

hacer eso.

- Lo siento, pero creo que tenemos que irnos, Kai –se le notaba nervioso e incómodo, y Sam rápidamente comprendió que aquella intrusión no había sido idea suya.

Kai miró a Sam sin saber muy bien qué hacer, y ella asintió sin decir nada. El joven se vistió rápidamente ante la atenta mirada de los amigos, que evitaron mirarse a la cara para no echarse a llorar por culpa de la tensión acumulada. Tenían tantas cosas que contarse que eran incapaces de permanecer el uno al lado del otro sin formular palabra, pero no era el momento ni el lugar.

Apenas le dio tiempo a terminar de colocarse la chaqueta antes de que Sam se abalanzase entre sus brazos. Permanecieron así unos segundos, y el abrazo dio lugar al beso. Uno corto, pero intenso. Uno que decía más de lo que cualquier palabra podría decir en aquel momento.

- Puedes contar conmigo –dijo sujetándole la cara entre las manos-. Lo sabes, ¿no?

- Ahora sí –respondió Sam antes de besarle una última vez.

Jack miraba al suelo simulando dejarles algo de privacidad, pero lo cierto era que ver a su mejor amiga con aquel ser le ponía enfermo y prefería no ser testigo visual de ello. No tragaba a Kai, el sentimiento era mutuo, y era incapaz de comprender qué veía Sam en él.

- Nos tenemos que ir –sentenció Jack aún sin levantar la cabeza.

Kai tensó la mandíbula al escuchar aquella voz que tanto le repelía, y a duras penas se separó de Sam entre besos y salió de la habitación siguiendo a Jack.

Sam se quedó hierática en el sitio, sin concebir cuál era el siguiente paso. Ya no tenía una excusa para permanecer dentro de aquella habitación, y fuera le esperaba una situación para la que no estaba realmente preparada. El sonido de la puerta de casa al cerrarse le hizo volver a la realidad por un instante. Miró alrededor, vio su reflejo aún con la manta enrollada y fue entonces cuando pensó que vestirse sería una buena idea.

Unos suaves golpecitos advirtieron de que su tiempo de reflexión había terminado. Era hora de afrontar la realidad, de hacer de tripas corazón y obtener respuesta a todas las preguntas que se amotinaban en su cabeza sin tregua. Cogió lo primero que encontró por la habitación, y se lo enfundó rápidamente.

- ¿Puedo pasar? –preguntó la voz de su madre entreabriendo la puerta con cuidado. Sabía que la situación era un tanto delicada y quería llevarla con el mayor tacto posible.

- Claro –respondió Sam tratando de disimular sus repentinas ganas de llorar.

Elena cruzó la puerta y la cerró tras de sí para poder tener un poco de privacidad con su hija. Sam se encontraba frente al espejo, haciendo ver que se peinaba para no tener que enfrentarse cara a cara con ella. Para su desgracia, Elena conocía a su hija mejor que nadie, y sabía todas sus artimañas para eludir conversaciones.

- ¿Quieres hablar de ello? –preguntó apoyada en la puerta, sin querer acercarse demasiado para no atosigarla.

El gesto de Sam pasó de la indiferencia a la incredulidad en apenas un pestañeo.

- ¿De verdad me acabas de preguntar eso? –se giró sin dar crédito a la pregunta de su madre-. ¿Quieres tú hablar de ello, Elpis? –un gesto sarcástico acompañó sus palabras, que salieron disparadas hacia su madre sin piedad alguna.

Su madre sonrió apenada, respiró profundamente y se sentó en el borde de la cama.

- Siéntate –dijo dando unas palmaditas junto a ella.

Se acercó reticente, sin saber muy bien si debía hacer caso a la causante de la gran mentira en la que había convertido su vida.

- Soy tu madre, Sam.

- ¿De verdad?

- Soy tu madre, Sam –su tono sonaba firme, severo-. Y esta es la última vez que dudas sobre eso. Ahora deja de comportarte como una cría y siéntate.

La joven se sentó a una distancia prudencial de su madre, sin tener idea de cómo comenzar la conversación. Los ojos se le empezaban a empañar en lágrimas y ni siquiera había abierto la boca.

- Eleos me ha informado de todo lo que os ha contado y teniendo en cuenta los últimos acontecimientos, supongo que debes estar hecha un lío –carraspeó-. Así que es el momento de resolver todas las dudas que tengas y de hablar sobre ello largo y tendido –se quedó en el sitio a la

espera de que Sam comenzase con su interrogatorio, que ya suponía no iba a ser nada sencillo de responder.

- De acuerdo, primera pregunta –Sam miró a su madre con semblante serio-. ¿Por qué me mentiste?

- Estás empezando por el final, Sam –su madre trató de evadir el tema, pero Sam no parecía muy dispuesta a ello.

- ¿iPor qué me mentiste!?

- Creo que deberíamos ir poco a poco, tratar de aclarar las dudas más superficiales de la historia y luego ya...

- ¿POR QUÉ ME MENTISTE?

- ¡Para protegerte, Sam! ¿iEs que acaso no lo ves!?

Elena negó exasperada, había perdido los papeles y la conversación no había hecho más que empezar. Respiró profundamente una vez más y trató de recomponerse antes de continuar.

- Este mundo está podrido, Sam. No tienes más que encender el televisor para darte cuenta de que este planeta está lleno de monstruos sin escrúpulos –hizo una pausa ante la atónita mirada de Sam-. Y si descubrieran la verdad sobre nosotros, no tardarían un segundo en tratar de aniquilarnos.

- ¿Entonces por qué venir hasta aquí? Podías haberte quedado en tu querido Edén si los terrestres te damos tanto asco –las palabras salían como veneno de entre sus labios, pero su gesto era compungido, y no podía evitar que las lágrimas anegasen cada vez más sus ojos -. ¿Cómo puedes hablar así de Jack? ¿De mí?

- Te dije que estabas empezando por el final –apuntó Elena-. Pero tú no eres una terrestre, Sam. Y tampoco lo fue tu padre.

Los ojos de Sam se abrieron como platos aún anegados en agua salada y se adentró en la mirada de su madre en busca de la verdad. En cierto modo todo aquello tenía sentido, pero hasta el momento no se le había ocurrido pensar que ella tampoco fuese de aquel mundo.

- ¿Qué quieres decir? –la perplejidad se dejaba entrever bajo la cortina de lágrimas que ocupaba su rostro.

- ¿De verdad no te has preguntado por qué Eleos y yo arriesgamos nuestras vidas para huir de Edén? –no dio tiempo a respuesta antes de continuar-. ¿De verdad no te has preguntado por qué se arriesgó una

segunda vez para venir en mi busca? –se encogió de hombros y recapacitó unos segundos en busca de las palabras adecuadas-. Ha sido todo por ti, Sam.

- ¿Te fuiste de Edén por mi culpa?

- Me fui de Edén porque fui bendecida con el don de la vida; y no iba a permitir que algo tan puro creciese en una mustia prisión.

Elena se acercó con delicadeza hasta quedar pegada a su hija y le pasó el brazo por el hombro, acariciándola con ternura.

- Teníamos la oportunidad de empezar de cero, de escapar de la vida que nos había sido impuesta y vivir como uno más en este, nuestro planeta. Todo lo que quería para ti es que fueras feliz –su tono sonaba dulce, suave, como si acariciase sus tímpanos para entrar en su ser con mayor facilidad.

El sonido de la lluvia acompañaba los pensamientos de Sam, que trataban de hilar toda la información recién obtenida con el objetivo de sustituir las mentiras que le habían sido contadas desde que tenía uso de razón.

Por una parte comprendía a su madre, y estaba segura de que lo había hecho con la mejor de las intenciones; pero por otro lado no podía evitar sentirse engañada. Durante más de veinte años había estado viviendo una vida que no era la suya; una existencia que realmente no le pertenecía; y lo peor de todo es que llevaba años sintiéndose diferente sin comprender muy bien por qué cuando la respuesta había estado todo ese tiempo en sus propias narices.

- Entonces, mi padre...

- Tuve que inventar esa parte de la historia para darle consistencia. Lo siento.

- Y, ¿quién es?

- No lo sé –hizo una pausa-. En Edén las cosas funcionan de forma muy diferente, Sam. No tenemos los medios que hay en este planeta y bueno, supongo que entiendes cómo funcionan estas cosas incluso mejor que yo.

Y ahí estaba, la historia de su vida. Hacía ya muchos años que su madre le había contado la historia de cómo su padre les abandonó incluso antes de que ella naciera porque eran demasiado jóvenes y no estaba preparado para asumir semejante cargo. Sam ya había tenido que lidiar con la pérdida de una figura paterna en su vida; pero lo que nadie le dijo entonces es que algún día conocería la existencia de otro padre, otro al

que volvería a perder incluso antes de conocerle.

- Siento que tengas que enterarte así de todo esto, de verdad que sí –le dio un beso en la cabeza con ternura-. La peor parte es no haber sido capaz de mantener la vida que te merecías.

Sam tragó saliva y se secó las lágrimas con la manga de la sudadera.

- Mamá, te he apoyado en cada una de las decisiones que has tomado a lo largo de tu vida, y lo sabes –tragó saliva-. Pero esta vez creo que tomaste una decisión que no te correspondía. Me has permitido elegir mi estilo de vida, mi alimentación, mis creencias religiosas... ¿y todo para qué? ¿Para hacerlo en base a una mentira? –se encogió de hombros tratando de quitar hierro al asunto-. No estoy diciendo que no entienda que todo esto lo has hecho para protegerme; pero ya no tengo edad de que me protejas. Y gracias a todo esto, gracias a Eleos, voy a tener la oportunidad de vivir la vida que me corresponde.

Los ojos de Elena se cristalizaron; pero no se trataban de lágrimas de tristeza por las palabras de su hija, al contrario; se trataba de orgullo y satisfacción al comprender que Sam ya no era una niña a la que proteger, sino toda una mujer dispuesta a comerse el mundo sin importar los obstáculos que se encontrase por el camino.

- Por favor, no llores –dijo Sam acariciando su mejilla-. Sabes que te quiero incondicionalmente, y agradezco que hayas sido franca conmigo. Entiendo que esta situación no debe estar siendo nada fácil para ti tampoco y lo último que quiero es que nos peleemos más –negó avergonzada por su comportamiento-. Siento mucho haberte hablado así, pero sabes que a veces me cuesta controlarme y exploto sin remedio.

- No lloro porque me sienta mal por tus palabras –se secó las lágrimas y sonrió-. Lloro porque no podría estar más orgullosa de la mujer en la que te has convertido; y porque tienes toda la razón.

- Oh, para –dijo dándole un golpecito en el hombro-. Me vas a sacar los colores, y creo que ninguna de las dos queremos eso.

- Puede que yo sí.

- Vaya bruja estás hecha –sacó la lengua jocosamente y no pudieron evitar soltar una risotada-. Creo que tengo una pregunta más.

- Ahora es el momento –apremió Elena algo intrigada.

- ¿Cuántos años tienes?

Elena abrió la boca de par en par ante la mirada de Sam, que no pudo evitar echarse a reír al ver la reacción de su madre.

- ¿De verdad piensas que es una pregunta adecuada para una persona que ha estado cenando con Platón?

- Dios mío –Sam simuló poner cara de asco-. Jubílate ya, abuelita.

Las manos de Elena se abalanzaron sobre el cuerpo de Sam en busca de puntos débiles en los que hacerle cosquillas, y la joven se desparramó por la cama entre risas y convulsiones, tratando de quitarse a su madre de encima.

La puerta de la habitación se abrió y Nova apareció con una sonrisa complaciente en el rostro, disfrutando de la escena entre madre e hija.

- ¿De verdad nadie tiene preguntas para mí?

Se quedaron mirándola desde la cama sin saber muy bien qué decir. Por supuesto que Sam tenía muchas preguntas para ella, pero ahora que la situación se había calmado no estaba segura de que fuese el momento de realizarlas.

- No estarías escuchando detrás de la puerta, ¿verdad madre? –preguntó Elena incrédula.

- ¿Por quién me has tomado? –preguntó Nova indignada-. Por supuesto que sí. Y ahora, si no es demasiada molestia, me gustaría que nos acompañaseis para que pueda contar mi historia delante de una buena taza de té, como tiene que ser.

Sam saltó de la cama en un ágil movimiento y se dirigió hacia el salón con paso firme esquivando a su abuela, que seguía parada bajo el dintel de la puerta, mientras que Elena negaba divertida desde la cama.

- Pero mira que sabes cómo tocarme la fibra sensible, eh –reprimió la muchacha saliendo de la habitación.

El salón estaba inundado por un delicioso aroma a hierbas que provenían de una tetera situada en la mesa frente al sofá. Eleos se encontraba algo taciturno en uno de los extremos ya con una taza de té entre las manos. Sam se sentó junto a él y le apretó el hombro con cariño.

- ¿Estás bien?

- Sí... –no parecía muy convenido de sus palabras, y Sam frunció el ceño-.

Quiero decir, esta era nuestra misión, ¿no?

- Supongo que sí –se inclinó levemente para echarse una taza de té ante la atenta mirada de Eleos, que por primera vez miraba a Sam como lo que había sido todo este tiempo; su sobrina.

- Y como recompensa, me habéis encontrado también a mí. De nada –Nova se colocó frente al sofá para tener delante a su familia mientras narraba aquella historia que tan buenos recuerdos le traía-. Y ahora si me disculpáis, me gustaría tener mi momento de gloria y relatar mi historia.

Elena se sentó junto a Sam justo a tiempo para escuchar el comienzo de aquella historia que su madre tantas veces le había contado en la intimidad de su hogar, pero de la que nunca se cansaba. Los tres la miraban atentamente desde el sofá, abriendo bien sus sentidos para no perderse ni el más mínimo detalle.

- Todo comenzó con la segunda venida a la Tierra. Yo fui una de las principales impulsoras de que ese viaje se llevara a cabo, pues no concebía un segundo más de mi existencia lejos de mi verdadero hogar y... -Nova sonreía nostálgica al recordar aquella historia, pero no pudo llegar mucho más lejos pues un rugido proveniente del cielo eclipsó su voz.

La anciana se giró rápidamente hacia la ventana en busca del culpable de dicho estruendo. Al otro lado todo lo que se podía ver era el gris opaco del cielo y una espesa cortina de agua precipitándose sin piedad.

Unos fuertes golpes impactaron sin previo aviso en la puerta, haciendo que todos se estremecieran y saltasen del sofá como si de un resorte se tratase. Se quedaron unos segundos en silencio hasta que se pudo percibir la voz de Jack al otro lado de la puerta.

Sam hizo el amago de ir a abrir, pero no fue lo suficientemente rápida, y para cuando quiso darse cuenta Eleos estaba girando ya el pomo de la puerta. Jack entró en la casa completamente empapado y con la respiración entrecortada, y se abrazó automáticamente a Eleos hundiendo la cabeza en su pecho en busca de protección.

- ¿Qué te ha pasado, Jack? –preguntó Sam acercándose con el corazón acelerado.

Jack se separó lentamente de Eleos, que le mantuvo junto a él con miedo a dejarle marchar de nuevo. Tragó aire con fuerza y se dispuso a hablar.

- Estaba volviendo a casa cuando de pronto empezó a llover. Al principio no le di mayor importancia y simplemente aceleré el paso –respiró hondo y miró a Sam aterrorizado-, pero creo que está empezando otra vez, Sam.

Se miraron alternativamente en busca de una explicación por parte de alguno de los jóvenes, pero no fue necesario. El cielo se partió en dos y la tierra comenzó a temblar bajo sus pies. Las luces explotaron sobre sus cabezas y no les quedó más remedio que cubrirse con las manos para tratar de zafarse de los cristales. La habitación quedó totalmente a oscuras, y de repente, como si todo aquello no hubiese sido más que una ilusión, paró de llover.

Se acercaron temerosos hacia las ventanas. Por alguna extraña razón, nadie dijo una sola palabra, pues todos tenían claro cuál era el siguiente paso en aquella cadena de sucesos. Y como no podía ser de otro modo; allí estaban.

No eran más que rayos de luz en el cielo, tres estelas blanquecinas cayendo sin tregua en un mundo que no era el suyo. Eran incapaces de apartar la vista de semejante espectáculo de la naturaleza. Sabían perfectamente lo que estaban viendo, y estaban seguros de que aquello no correspondía a aquel lugar.

El mundo se paralizó por un momento, como si el suceso fuese tan digno de ver que el universo quisiera que durase para siempre. Se sentían bendecidos, afortunados por estar viviendo aquello. El miedo se había marchado, ya no existía, ni siquiera recordaban lo que estaban haciendo parados frente a aquellos ventanales. Algo les impulsaba a centrar toda su atención en no perderse ni un segundo de lo que parecía ser el comienzo de sus nuevas vidas.

Un fogonazo les devolvió al mundo real, y la lluvia empezó a caer de nuevo, pero esta vez de forma moderada. Se miraron sin comprender lo que acababa de pasar, rezando para que todo aquello no hubiese sido más que una ilusión; pero nada más lejos de la realidad.

- Elena, tenemos que llamarle –dijo Nova tragando saliva de forma sonora-. Nos han encontrado.

Más en: <https://dediosesymonstruos.wordpress.com/>

Capítulo 11

La primera explosión cogió a todo el mundo por sorpresa. Por alguna extraña razón, esperaban que la caída no fuese más que un sordo viaje a través del firmamento que llegaría a su fin inadvertido, sutil, sin violencia; siendo digno de la belleza que el espectáculo en sí mismo poseía.

Pero nada más lejos de la realidad.

Dos explosiones más siguieron a la primera, haciendo retumbar los cimientos del mundo como si este estuviese al borde del cataclismo. Y quizás así fuera.

Las miradas de Sam y Jack buscaban consuelo en las del resto, en aquellas que debían estar acostumbradas a todo aquello. Pero Elena, Nova y Eleos no parecían sentirse mucho más seguros que ellos. Sus miradas transmitían desconcierto, y eso no hacía más que tensar a los jóvenes que acababan de hacer su entrada en un mundo que hasta hace poco ni siquiera conocían.

Nova se alejó de la ventana con paso ligero y se dirigió hacia la puerta del piso. Fue entonces cuando Sam miró más allá, al otro lado de los ventanales que le mostraban el fin del mundo que hasta ahora había sido su hogar. Tres intensas columnas de humo ascendían sin descanso, convirtiendo la lluvia en ceniza y empapando la ciudad de una terrible e inopinada oscuridad.

Tres fuertes golpes sacaron a la joven de aquella pesadilla y sin pestañear salió al rellano para ver lo que estaba sucediendo. La puerta del señor Saltzman estaba siendo vilmente aporreada por su abuela, que ante la atenta mirada del resto esperaba impaciente una respuesta a su llamada.

- Abuela, ¿qué estás haciendo?

Sam la agarró del brazo para devolverla a casa antes de que su vetusto vecino llamase a la policía por la intrusión. A fin de cuentas, no sería la primera vez que una situación parecida se daba y no estaba dispuesta a incrementar el nivel de drama que la situación ya ofrecía por sí misma.

- ¿Quién anda ahí? –respondió una voz quebrada al otro lado de la puerta.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Sam y Jack, que por suerte o por desgracia conocían muy bien al dueño de aquella voz.

- Abre la puerta –ordenó Nova zafándose de las garras de su nieta y acercándose a la mirilla de la puerta con semblante inquisitorio-. Tenemos

que hablar.

- ¡Largaos de aquí ahora mismo o llamaré a la policía! –espetó la voz al otro lado.

- Vámonos antes de que nos metamos en otro lío, abuela.

- Jano, esta será la última vez que te pida amablemente que abras la puerta –recitó la anciana con mirando fijamente a su interlocutor-. Y ambos sabemos que no quieres enfadarme.

El silencio se hizo en el rellano ante la atónita mirada de todos los presentes. Por un momento algunos dudaron al escuchar el nombre que había proferido Nova al que hasta ahora había sido el señor Saltzman; pero para su sorpresa, la voz al otro lado no respondió a la acusación de la señora y una serie de cerrojos empezaron a sonar al otro lado.

La puerta se abrió como por arte de magia, y la abuela de Sam la cruzó sin titubear ni un instante. La joven miró alrededor en busca de una explicación, pero nadie sabía muy bien qué decir ante lo sucedido. Elena fue la primera en seguir la pista de Nova hacia el interior de la oscura morada, seguida por Eleos y terminando por Jack, que cogió a su amiga de la mano para invitarla a no quedarse sola en el rellano. Incluso Cactus se unió al grupo y se adentró sin pensarlo dos veces enredada entre los pies de Sam.

El pasillo tenía forma de media luna y estaba iluminado con una tenue luz proveniente del techo, lo que le daba un aspecto misterioso. Las paredes estaban decoradas con bastas puertas de madera maciza que parecían ir a ningún sitio, pues tenían aspecto de estar totalmente selladas.

Supieron que el final estaba cerca cuando la penumbra comenzó a diluirse en una blanquecina luz que les cegaba más y más a cada paso que daban. Una cortina de terciopelo roja se encontraba anudada a uno de los lados de la entrada, y tuvieron que apartarse para dejarla a un lado por miedo a tocar más de lo que hasta ahora tenían permitido. Es más, Sam tenía la sensación que el hecho de estar allí, en aquella casa, ya era cruzar una línea que nunca imaginó que se pudiera llegar a traspasar. Estaba en territorio prohibido, en un templo que había permanecido inalterable durante años y para el cual no terminaba de sentirse digna.

Al otro lado de la puerta se encontraba Nova manteniendo una acalorada discusión con el que hasta ahora había sido el vecino cascarrabias de al lado. Pero lo que Sam esperaba encontrarse sentado en aquel sofá fue muy distinto de lo que realmente había. Un joven de cabello rubio y poco más de veinte años se encontraba sentado en una butaca escuchando atentamente el discurso de su abuela. Su rostro parecía cincelado por los

dioses, y su semblante era sereno, casi inmutable.

- Sentíos como en casa –una dulce voz proveniente de la espalda de Sam le hizo dar un pequeño saltito y agarrarse a Jack con fuerza. El joven sonrió complacido por haber cumplido su propósito-. Lo siento, no pretendía asustarte.

Abrió los brazos de par en par y se abalanzó sobre Sam como si la conociese de toda la vida. La joven no supo muy bien cómo reaccionar y decidió dejarse hacer. Ahora mismo todo en lo que podía pensar era en el hecho de que el muchacho que la estaba estrujando entre sus brazos era exactamente igual que aquel que estaba sentado en el butacón escuchando a su abuela, con la única diferencia de que llevaba un polo color negro que se contraponía al blanco nuclear que vestía su igual.

La soltó y miró sonriente a todo el grupo que parecía no entender nada de lo que estaba sucediendo.

- ¿Jano? –preguntó Elena acercándose temerosa, como si de un fantasma se tratase.

- El mismo –el joven parecía complacido de haber sido reconocido-. Tú debes ser Elena –se acercó, cogió su mano y la besó con dulzura-. Es un placer.

Se paseó entre los integrantes del grupo y se colocó al otro lado asintiendo sonriente.

- Al fin nos conocemos, chicos. Jack, Eleos, Sam... -suspiró aliviado-. Es todo un placer.

Un nuevo silencio reinó entre el grupo que aún trataba de comprender qué estaba sucediendo, mientras que Nova y el muchacho del butacón observaban con atención la escena a la espera de que alguno de ellos realizase la pregunta del millón.

- Pero, ¿tú no estabas...? –comenzó Jack, demostrando una vez más su incapacidad para mantener a raya su curiosidad.

- ¿Muerto? –preguntó el joven levantándose del butacón con soltura. Sus movimientos eran gráciles como si la gravedad bailara al son de sus pasos en lugar de suponer un peso sobre sus hombros-. Lo cierto es que sí.

- Y no al mismo tiempo –respondió el otro joven.

Jack torció la cabeza en un gesto de incompreensión, escrutando la mirada de ambos jóvenes en busca de una respuesta capaz de satisfacer sus dudas. Estaba a punto de abrir la boca para realizar una nueva pregunta

cuando su mente se vio interrumpida de pronto.

- Somos Jano –dijeron al unísono como si de un movimiento estratégicamente coreografiado se tratase-. Somos la misma persona, Jack.

Por muy convincentes que sonasen sus palabras, aquello no generaba más que nuevas dudas en todos los oyentes que miraban en completo silencio a la espera de alguna pista que les ayudase a comprender todo aquello.

- Como bien sabéis –recitaron una vez más a la par-, el tiempo y el espacio existen desde el comienzo de los tiempos. Nosotros estábamos aquí incluso antes de tener un cuerpo carnal con el que ser representados.

- ¿Cómo es eso siquiera posible? –preguntó Sam adelantándose a la indiscreción de Jack.

- ¿De dónde crees que vienen nuestros dones, Sam?

- Es algo que me vengo preguntando desde que conozco a Eleos, si te soy sincera.

- Entonces estás de suerte, porque hoy es el día en que todas esas preguntas van a recibir respuesta –el joven de negro invitó a todo el mundo a sentarse alrededor de una chimenea que se encontraba situada en el centro del salón-. Por favor, tomad asiento.

Sam, Elena y Jack se aventuraron a acercarse al sofá para sentarse, pero Eleos se quedó plantado en el sitio con semblante serio.

- Esperad un momento –inquirió-. No creo que dada la situación que tenemos ahí fuera sea momento para ponerse a contar historias –tragó saliva de forma sonora al percatarse de que todos los ojos se habían parado en él-. Siento aguaros la fiesta, pero de verdad que creo que tenemos cosas más importantes que hacer ahora mismo.

El chico del butacón se acercó sonriente hasta Eleos y le posó el brazo sobre el hombro.

- Eleos, ¿verdad? –el joven asintió-. Verás, desde que habéis cruzado el umbral de la puerta, fuera no ha pasado ni un segundo de vida terrestre –se encogió de hombros-. Así que si eres tan amable de tomar asiento junto al resto de invitados y de escuchar lo que tenemos que decir, te estaré eternamente agradecido –le dio una palmadita en la espalda y se dirigió hacia el butacón en el que le habían encontrado-. Y créeme cuando

te digo que entiendo de eternidades.

Una risita generalizada distendió el ambiente ante la broma de Jano y todos tomaron asiento algo más relajados. Sam se sentó entre su madre y Jack, mientras que Eleos no dudó en sentarse al lado de este último. Nova tomó asiento en el butacón que se encontraba frente a Jano, mientras que el Jano de negro se sentó con ternura sobre las rodillas de su igual.

- Vale, ¿empiezo yo o empiezas tú? –preguntó dando saltitos sobre la rodilla del joven.

- ¿Por qué elegir cuando podemos hacerlo los dos?

- Tienes razón.

- Volviendo al punto en el que habíamos dejado todo esto –comenzaron a hablar de nuevo al unísono-. Nosotros nacimos de las mismísimas entrañas del caos, siendo así los encargados de moldear el universo para darle forma y consistencia. Una vez cumplido nuestro trabajo, quedamos relegados al olvido. Pero hubo alguien que recordó la importancia de moldear el tiempo y el espacio para mantener el orden natural de las cosas, y fue entonces cuando nacimos –hicieron una pausa para dar algo de dramatismo a la historia, y no pudieron evitar sonreír al ver las caras de interés de sus oyentes-. Dos almas conviviendo en un mismo cuerpo.

- Sin embargo eso no explica cómo es posible que estés vivo cuando yo misma te vi morir con mis propios ojos –espetó Elena.

- Lo cierto es que sí –continuaron-. El universo no puede ser concebido sin el tiempo y el espacio, así que cuando nuestro Jano decidió quitarse la vida, su alma, su don, volvió a mí –se encogieron de hombros a la vez-. Y una vez más desdoblé mis almas en distintos cuerpos.

- Así que eres algo así como inmortal –afirmó Jack.

- No exactamente –respondieron.

- Pero te quedas bastante cerca.

- Bastante, sí.

- Increíble –Jack parecía fascinado con la historia que le acababan de contar, y miraba a los muchachos embelesado ante la magnificencia que desprendían. Sin lugar a dudas era lo más cerca que estaría jamás de una deidad, por mucho que ellos se dedicasen a negar lo que a su parecer resultaba innegable.

Eleos trataba de mantenerse sereno, pero era inevitable beber de la fascinación tan marcada que estaba sintiendo y no pudo evitar sentir un leve atisbo de celo. Carraspeó de forma sonora y se levantó de golpe, interponiéndose de forma casual entre Jack y Jano.

- Pues una vez aclarado todo esto, creo que ha llegado el momento de partir en busca de los caídos –miró a Elena y Nova en busca de apoyo, tratando de evitar la mirada del resto para que no notasen lo tenso de su semblante.

- Estoy de acuerdo –Nova se levantó del butacón en un ágil movimiento y se dirigió hacia la puerta sin preámbulos.

- Está bien –dijo Sam levantándose del sofá-. ¿Y por dónde empezamos?

- ¿Tú? –la voz de Elena sonaba jocosa-. Por sentarte en el sofá y quedarte aquí con Jack. Jano cuidará de vosotros –miró a Jano en busca de una confirmación a sus palabras, la cual se vio traducida en un leve gesto de cabeza-.

- Pero... -las palabras salían atropelladas, pues era muy consciente de que aquello no tenía mucha más discusión posible.

- No hay peros que valgan, Sam. Esta vez no –la besó en la frente con dulzura-. Volveremos pronto.

Jack se levantó del sofá en un rápido movimiento y se acercó a Eleos, que se encontraba parado junto a Nova con semblante pensativo.

- ¿No hay despedida por nuestra parte? –buscó su mirada, pero era demasiado esquiva como para encontrarla.

- No hay necesidad de despedirse –sonaba seco-. Como ha dicho Elpis, volveremos pronto.

- Eh –le agarró la barbilla con cuidado y desvió su cabeza hasta cruzar sus miradas-. Estamos bien, ¿verdad?

Eleos se adentró en lo más profundo de Jack y no tardó en encontrar aquello que había brotado en sus ojos la noche anterior. Fue entonces cuando se dio cuenta de lo absurdo que resultaba su comportamiento. Estaba reaccionando de forma desmesurada ante una tontería, pagando con él toda la tensión que había estado acumulando desde que se había reencontrado con su familia. Se sentía terriblemente mal y le parecía incomprensible, dado que aquello era para lo que había bajado hasta allí; sin embargo, ahora que lo había encontrado, una parte de él se sentía aún

más fuera de lugar que el día que despertó en aquel nuevo mundo.

- Por supuesto que sí –tiró de él en un rápido movimiento y le abrazó con ternura ante la atenta mirada de todos los presentes, que se enternecieron ante la imagen-. No me eches demasiado de menos –bromeó dejándole escapar de entre sus brazos, y se giró rápidamente para no tener que decir adiós una vez más a aquellos ojos.

Jack notó como la temperatura subía de repente, y dos marcados focos de calor se posaban en sus mejillas sonrojándolas levemente. Por suerte para él, Eleos nunca sería consciente de lo que había provocado en él en ese preciso instante, pues sin mediar palabra y sin mirar atrás, desapareció por el pasillo, seguido de Elena y Nova, y se fundió con la penumbra.

Se sentó junto a Sam y notó como posaba la mano sobre su pierna. Respondió al gesto posando su mano sobre la de ella y la apretó con fuerza.

- Creo que tenemos una conversación pendiente –susurró Sam.

- Definitivamente tenemos una conversación pendiente –respondió en el mismo tono Jack.

Levantaron la mirada y se encontraron con el escrutinio de los dos Jano, que trataban de descifrar el contenido de sus susurros con poca suerte.

- ¿Qué estáis tramando? –susurraron al unísono.

- Oh –Sam rio tratando de quitar hierro al asunto, pues a pesar de que se trataba de una tontería, acababa de conocer a aquellos pintorescos muchachos y no se sentía preparada para concederles algo tan preciado como era su confianza-. Me preguntaba si sería posible poner las noticias para ver si dicen algo de las explosiones o de los caídos.

El Jano de negro se levantó de las rodillas de su igual y se acercó hasta el televisor que se encontraba situado sobre la chimenea, y en un rápido movimiento le tendió el mando a Sam que lo cogió con recelo.

- Recuerda, estás en tu casa –sonrió de oreja a oreja-.

La joven encendió el televisor y comenzó a cambiar de canal en busca de una noticia que declarase que el fin del mundo se encontraba cerca, que la humanidad estaba al borde del exterminio o al menos que la ciudad estaba siendo arrasada por peculiares personas caídas del cielo con poderes sobrenaturales. Pero nada. La ventana seguía mostrando cómo las columnas de humo seguían haciéndose con la ciudad, sin embargo en la televisión no hacían más que aparecer noticias sobre las nuevas

tendencia alimenticias o vídeos virales de animales en Internet.

- No tiene ningún sentido –dijo cambiando de canal sin descanso en busca de alguno que comentase lo sucedido-. Es como si nada de esto estuviera pasando.

- O como si no pudieran verlo –apuntó Jack.

- No, ninguna de las dos propuestas es correcta –Jano miraba pensativo desde la butaca a través de la ventana en busca de la verdad-. Definitivamente esto está pasando; y por desgracia, todos los terrestres pueden verlo.

- ¿Entonces por qué nada de esto está saliendo en ningún sitio? –preguntó Sam sin comprender.

El muchacho de blanco se acariciaba la barbilla empezando a unir los hilos que tejían aquella gran red de preguntas sin respuesta. Y entonces dio con la solución a todo aquello y dejó escapar una risa frustrada.

- ¿Qué sucede, amor? –preguntó Jano a su semejante.

- Creo que ya he encontrado el por qué –hizo una pausa-. O más bien, el quién de la cuestión.

Se quedaron callados expectantes, deseosos de que les revelase el nombre del culpable de aquel ocultamiento sin precedentes, pero tardaba tanto que Sam no dudó en apremiar a Jack con un codazo en las costillas para que hiciese de las suyas. Y el joven comprendió rápidamente la señal.

- ¿Y de quién se trata? -indagó.

Jano se giró hacia ellos con una sonrisa torcida y mirada perturbadora. Estaba seguro de que sus siguientes palabras dejarían sin habla a los jóvenes, y necesitaba beber de aquel momento; de disfrutar del instante en que todos estaban a la espera de sus siguientes palabras. Lo cierto es que llevaba demasiado tiempo teniendo como única compañía a Jano, y por una vez necesitaba sentir que alguien más le necesitaba. Pero el momento había llegado, y el semblante de sus oyentes empezaba a tornar en un gesto de ira contenida por la espera; así que no esperó más y sin más dilación se dejó llevar.

- ¿Habéis oído hablar alguna vez de Dioniso?

Más en: <https://dediosesymonstruos.wordpress.com/>